



ENSEÑANZAS JERÁRQUICAS

COMPILACIÓN

Título XLII: MAGIA





PRESENTACIÓN

COMENTARIOS DEL COMPILADOR

Nota aclaratoria: Los textos que se presentan a continuación se han mantenido sin corrección ortográfica ni gramatical para conservar el trabajo original del traductor.

Este trabajo de compilación que aquí se presenta se ha ido organizado a lo largo de varios años y se presentó en Febrero del año 2.013. Desde entonces, se ha procedido a incorporar nuevos textos que antes no constaban en la obra. En conjunto ha sido una tarea muy laboriosa, pero creo que a la vista del resultado bien merece la pena el esfuerzo realizado. La idea que siempre ha movido esta labor ha sido la utilidad que puede tener en los aspirantes y discípulos que, durante los próximos años, estén interesados en enseñanzas provenientes de la Jerarquía de Maestros.

Este trabajo está sobre todo estructurado alrededor de las enseñanzas de la Maestra H. P. Blavatsky y de los Maestros indios Ekkirala Krishnamacharya y K. Parvathi Kumar y otros, aunque esos otros son mucho más esporádicos y concretos.

Las enseñanzas son extracciones de los libros de los autores, haciendo siempre referencia al título del libro y/o el número o números de páginas. El trabajo se ha organizado a lo largo de 70 temas diferentes, en los que se han ido volcando todas las enseñanzas consideradas de valor y que se han encontrado en los libros de referencia.

En ocasiones, se ha preferido escribir sólo las iniciales o parte del título de la obra de referencia, por ejemplo se verá que la Doctrina Secreta se señala como D.S e Isis Sin Velo, simplemente como Isis. Así las enseñanzas y las citas de esa obra aparecen como D.S., seguidas del número del volumen y las páginas extractadas. Por ejemplo si vemos (D.S., V, 200-210), significará que la enseñanza fue tomada de la Doctrina Secreta, tomo V, desde la página 200 hasta la 210).

Existen varios textos extractados que se han repetido en dos o más temas, debido a que esas enseñanzas tienen que ver con esos mismos temas, por lo que los textos se han situado en todas aquellas temáticas que se han visto como de referencia para los escritos escogidos.

En muchos casos se verá también que hay numerosos textos de los que en parte se han resaltado en negrita, por tal de distinguirse del resto, ya que se ha encontrado que los mismos son de una más destacada significación.

Las partes extractadas lo han sido, naturalmente, en base al propio criterio del compilador, pero debido a que el estudiante tendrá la información necesaria sobre su fuente, o el libro y



página del cual se han recogido, siempre podrá acceder a buscar más información directamente en el libro en cuestión.

Se debe tener en cuenta también que todos los extractos de los libros de los Maestros K. Parvathi Kumar y Ekkirala Krishnamacharya, lo son de las primeras ediciones de Editorial Dhanishtha de Barcelona (España), salvo si se indica lo contrario. La Doctrina Secreta utilizada es la de la edición de 1.988 de Editorial Sirio, de Málaga (España) y en cuanto a Isis sin Velo se trata de la edición de 1.985 de Ediciones Teorema, de Barcelona (España).

También hay que tener en cuenta que, muchas veces, los vocablos y la construcción de las frases empleados tanto en Isis sin Velo como en la Doctrina Secreta, pueden distar mucho de los empleados hoy en día, pues hay que recordar que estas dos grandes obras de H.P. Blavatsky fueron escritas en el siglo XIX.

Sólo espero que esta compilación sea útil a todos los aspirantes, discípulos y buscadores de la verdad que deseen consultarlo. Este es y ha sido mi único propósito al realizar este trabajo que humildemente pongo a su disposición y a los venerables pies de “Aquellos” que nos instruyen y que con su ejemplo iluminan nuestro propio camino.

Gracias.

Sabadell (Barcelona) – España. Septiembre de 2.014.

Un estudiante.



Título XLII: MAGIA

Magia. La gran “Ciencia”. Según Deveria y otros orientalistas, “las naciones más antiguas, más cultas e ilustradas consideraban la Magia como una ciencia sagrada inseparable de la religión”. Los egipcios, por ejemplo, constituían uno de los pueblos más sinceramente religiosos, como lo eran y son aun hoy día los indos. “La Magia consiste en el culto de los dioses, y se adquiere mediante este culto”, dice Platón. ¿Cómo, pues, una nación que, gracias al irrecusable testimonio de inscripciones y papiros, está probado que había creído firmemente en la Magia durante millares de años, podía haber sido inducida en error por espacio de tanto tiempo? ¿Es probable que generaciones tras generaciones de una jerarquía ilustrada y piadosa, muchas de las cuales llevaron una vida de propio martirio, santidad y ascetismo, pudiesen haber continuado engañándose a sí mismas y engañando al pueblo (o siquiera a este último tan sólo), por el gusto de perpetuar la creencia en los “milagros?” Dícese que los fanáticos son capaces de cualquier cosa para inculcar la creencia en su dios o en sus ídolos. Pero a esto contestaremos que en tal caso los brahmanes y los *rekhet-amens* o hierofantes egipcios no hubieran popularizado la creencia *en el poder del hombre mediante las prácticas mágicas, para disponer de los servicios de los dioses*; dioses en realidad no son otra cosa que las potencias ocultas de la Naturaleza, personificadas por los mismos sacerdotes instruidos, en las cuales ellos veneraban tan sólo atributos del Principio Uno desconocido y sin nombre. Como expresa muy atinadamente Proclo el platónico: “Cuando los antiguos sacerdotes consideraron que existía cierta alianza y simpatía mutua entre las cosas naturales y entre las cosas manifiestas y los poderes ocultos, y descubrieron que todas las cosas subsisten en todo, *fundaron de esta mutua simpatía y similitud una ciencia sagrada...* y aplicaron para fines ocultos tanto la naturaleza celestial como la terrestre, gracias a las cuales y por efecto de cierta similitud, dedujeron la existencia de virtudes divinas en esta mansión inferior”. La Magia es la ciencia de comunicarse con Potencias supremas y supra-mundanas y dirigirlas, así como de ejercer imperio sobre las de las esferas inferiores; es un conocimiento práctico de los misterios ocultos de la Naturaleza, conocidos únicamente de unos pocos, por razón de ser tan difíciles de aprender sin incurrir en pecados contra la Naturaleza. Los místicos antiguos y los de la Edad media dividían la Magia en tres clases: *Teurgia, Goecia y Magia natural*. “Desde hace mucho tiempo, la Teurgia ha sido apropiada como la esfera particular de los teósofos y metafísicos”, dice Kenneth Mackenzie. La Goecia o magia *negra*, y la Magia natural (o *blanca*) se ha elevado saludable con sus alas a la encumbrada posición de un estudio exacto y



progresivo". Los comentarios añadidos por nuestro llorado y sabio hermano son dignos de atención. "Los deseos materiales, realistas de los tiempos modernos han contribuido a desacreditar la Magia y ponerla en ridículo. La fe (en uno mismo) es un elemento esencial en la Magia, y existía mucho tiempo antes que otras ideas que presumen su preexistencia. Se ha dicho que se requiere un sabio para hacer un loco, y las ideas de un hombre deben ser exaltadas casi hasta la locura, esto es, las aptitudes de su cerebro han de acrecentarse hasta un nivel mucho más alto que el bajo y miserable estado de la civilización moderna, antes de que pueda él convertirse en un verdadero mago; porque el ir en busca de esta ciencia implica cierto grado de aislamiento y *abnegación*. Un aislamiento muy grande, por cierto, cuya realización constituye por sí sola un fenómeno maravilloso, un milagro. Por otra parte, la Magia no es ninguna cosa *sobrenatural*. Según expone Jámblico, "ellos, por medio de la teurgia sacerdotal, declaran que pueden remontarse a *Esencias más elevadas y universales* y hasta aquellas que están por encima del destino, esto es, hasta Dios y el Demiurgo, sin hacer uso de la materia ni asumir otra cosa alguna, excepto la observación de un tiempo razonable". Ya empiezan algunos a reconocer la existencia de poderes e influencias sutiles en la Naturaleza, de los cuales hasta ahora nada sabían. Pero, como hace justamente notar el doctor Carter Blake, "el siglo décimonono no es el que ha observado la génesis de los nuevos métodos de pensamiento ni la consumación de los antiguos"; a lo cual añade Mr. Bonwich que "si los antiguos sabían muy poco de nuestro modo de investigación en los secretos de la Naturaleza, nosotros sabemos menos aun del que ellos empleaban". -[Magia: Sabiduría; la ciencia y arte de utilizar conscientemente poderes invisibles (espirituales) para producir efectos visibles. La voluntad, el amor y la imaginación son poderes mágicos que todos poseen, y aquel que sabe la manera de desarrollarlos y servirse de ellos de un modo consciente y eficaz, es un mago. El que los emplea para fines buenos, practica la magia blanca; el que los usa para fines egoístas o malos, es un mago negro. Paracelso emplea la palabra Magia para designar el más elevado poder del espíritu humano para gobernar todas las influencias exteriores con el objeto de hacer bien. La acción de servirse de poderes invisibles para fines reprobables, la denomina él *necromancia*, porque los elementarios de los muertos son frecuentemente utilizados como medio para transmitir malas influencias. La hechicería no es Magia; se halla con ésta en la misma relación que las tinieblas con la luz. La hechicería trata de las fuerzas del alma animal; la Magia trata del poder supremo del Espíritu. (F. Hartmann).] (Glosario Teosófico de H.P.B.)



Magia blanca o "benéfica".- La Magia así llamada es la Magia *divina*, libre de egoísmo, de anhelo de poder, de ambición, de lucro, y que tiende únicamente a hacer bien al mundo en general y al prójimo en particular. El más leve intento encaminado a utilizar los propios poderes anormales para la satisfacción personal hace de dichos poderes hechicería o magia negra. (Glosario Teosófico de H.P.B.).

Magia ceremonial.- La Magia, según los ritos cabalísticos, obraba, como afirmaban los rosacruces y otros místicos, invocando Poderes espiritualmente más elevados que el hombre, y ejerciendo imperio sobre los elementales que son muy inferiores a él en la escala de la existencia. (Glosario de la *Clave de la Teosofía*). (Glosario Teosófico de H.P.B.).

Magia negra (Ocultismo).- Hechicería; necromancia, o evocación de los muertos, y otros abusos egoístas o interesados de poderes anormales. Este abuso puede ser hecho sin intención; pero así y todo, siempre es "magia *negra*", cuando y dondequiera se produzca fenomenalmente algo por el mero objeto de una satisfacción personal. -Véase: *Magia*. (Glosario Teosófico de H.P.B.).

Magismo.- La filosofía o doctrina de los antiguos sacerdotes (magos) persas. (Glosario Teosófico de H.P.B.).

Mago o Mágico.- De *Mag* o *Maha*. Esta palabra es la raíz de la cual deriva el término "mágico". El *Maha-âtmâ* (Grande Alma o Espíritu) de la India tenía sus sacerdotes en los tiempos anteriores a los *Vedas*. Los magos eran sacerdotes del dios del fuego; los encontramos entre los asirios y los babilonios, lo mismo que entre los persas adoradores del fuego. Los tres Magos, denominados también Reyes, de quienes se dice que hicieron presentes de oro, incienso y mirra al infante Jesús, eran adoradores del fuego, como los demás, y astrólogos, puesto que vieron la estrella del recién nacido. El sumo sacerdote de los parsis, en Surat, es designado con el nombre de *Mobed*. Otros hacen derivar dicho nombre de *Megh*; *Meh-ab* significa alguna cosa grande y noble. Los discípulos de Zoroastro eran llamados *meghestom*, según dice Kleuker. (Glosario Teosófico de H.P.B.).



El término *Mago* o *Mágico*, en otro tiempo un título honorífico y de distinción, ha decaído por completo de su verdadero significado. Siendo antiguamente sinónimo de todo cuanto era honorable y digno de respeto, del que estaba en posesión de la ciencia y sabiduría, ha degenerado en un epíteto para designar un impostor, farsante y juglar; un charlatán, en una palabra, o uno que "ha vendido su alma al diablo", que hace mal uso de su saber y lo emplea para fines reprobables y peligrosos, según las enseñanzas del clero y una masa de necios supersticiosos que creen que el mago es un brujo y un "encantador". Dicha palabra deriva de *Magh*, *Mah*, en sánscrito *Maha* (grande), y significa un hombre muy versado en la ciencia esotérica. Pero los cristianos, según parece, olvidan que Moisés era también un mago, y Daniel, "Príncipe de los magos, astrólogos, caldeos y adivinos". (*Daniel*, V, 11). -(*Isis sin velo*, I, XXXIV). (Glosario Teosófico de H.P.B.).

Palabra.- Como dice P. Christian muy acertadamente y de acuerdo con las enseñanzas esotéricas, **pronunciar una palabra es evocar un pensamiento y hacerlo presente; la potencia magnética del lenguaje humano es el principio de toda manifestación en el mundo oculto... Las cosas, para cada uno de nosotros, son lo que la palabra hace de ellas al nombrarlas.** Las palabras de un hombre son benéficas o maléficas según las influencias ocultas de sus elementos, esto es, las *letras* que las componen y los *números* correlativos a las mismas. (*Histoire de la Magie*, obra citada en la *Doctr. Secr.*, I, 121). –La Palabra es el poder generador de la creación. (*Doctr. Secr.*, II, 584). –Véase: *Logos*, *Mantra*, *Nombre*, *Vâch*, etc. (Glosario Teosófico de H.P.B.).

Palabra perdida.- Debiera decirse "palabras perdidas" y secretos perdidos, en general, porque aquello que se ha llamado "Palabra" perdida, no es palabra en manera alguna, como en el caso del Nombre inefable. (Véase esta palabra). El Grado del Arco Real de la masonería ha estado en "busca de ella" desde que se fundó. Pero los "muertos", especialmente los *matados*, no hablan; y aun cuando "el Hijo de la Viuda" volviese a la vida "materializada", difícilmente podría revelar lo que jamás existió en la forma en que *ahora* se enseña. El *Shemhamphorash* (el nombre separado, mediante cuyo poder Jeshu Ben Pandira, según dicen sus detractores, obró sus milagros después de haberlo robado del Templo), sea derivado o no de la "substancia existente por sí misma" del *Tetragrammaton*, jamás puede substituir el *Logos*



perdido de la magia divina. [Siglos después de nuestra era, los iniciados de los templos interiores y los *mathams* (comunidades monásticas) elegían un consejo superior presidido por un todopoderoso *Brahmâtmâ*, jefe supremo de todos estos *mahâtmâs*, único guardián de la mística fórmula y el único que podía explicar la significación de la sagrada palabra AUM y la de todos los ritos y símbolos religiosos. Pero existía y existe aun hoy día una Palabra que supera mucho al misterioso monosílabo y que hace casi igual a Brahma a aquel que está en posesión de su clave. **Los *Brahmâtmâs* son los únicos que poseen esta clave, y sabemos que en el Sur de la India hay actualmente dos grandes Iniciados que la poseen, y sólo pueden transmitirla en la hora de la muerte, porque es la "Palabra perdida"**. Ningún tormento, ningún poder humano podrían obligar a ningún brahmán que la conozca, a revelar un secreto que tan bien guardado está en el Tibet. (*Doctr. Secr.*, III, 411-412). Con mucha razón decía el vidente Swedenborg: "Busca la Palabra perdida entre los Hierofantes de la Tartaria, de la China y del Tibet".] (Glosario Teosófico de H.P.B.).

Alquimia.- En árabe *Ul-Khemi*, es, como lo indica el nombre, la química de la Naturaleza. *Ul-Khemi* o *Al-Kîmîa*, sea como fuere, es sólo una voz arabizada tomada del griego *chemeia*, de *chumos* (zumo), jugo extraído de una planta. Dice el Dr. Wynn Wescott: "el uso primitivo del actual término *alquimia* se encuentra en las obras de Julio Firmicus Maternus, que vivió en los tiempos de Constantino el Grande. La Biblioteca Imperial de París contiene el más antiguo tratado de alquimia existente conocido en Europa; fue escrito en lengua griega por Zósimo el Panopolita, unos 400 años después de J.C. El tratado que le sigue en actualidad es debido a Eneas Gazeus, 480 años después de J.C." La Alquimia trata de las fuerzas más sutiles de la Naturaleza y de las diversas condiciones en que aquellas obran. Pretendiendo bajo el velo del lenguaje, más o menos artificial, comunicar a los no iniciados la porción del *Mysterium Magnum* que puede ponerse con seguridad en manos de un mundo egoísta, el alquimista sienta como primer principio la existencia de cierto Disolvente Universal, por cuyo medio todos los cuerpos compuestos se resuelven en la substancia homogénea de la cual fueron producidos, substancia a la que da el nombre de "oro puro" o *summa materia*. Este disolvente, llamado también *menstrum universale*, tiene la virtud de expeler del cuerpo humano todo germen de enfermedad, de renovar la juventud y prolongar la vida. Tal es el *Lapis philosophorum* o Piedra filosofal. La Alquimia penetró por vez primera en Europa por conducto de Geber, el gran sabio y filósofo árabe, en el siglo octavo de nuestra era; pero fue conocida y practicada muchos siglos antes en la China y en Egipto. Numerosos papiros sobre Alquimia y otras pruebas que demuestran que era el estudio favorito de los reyes y sacerdotes,



han sido exhumados y conservados con el nombre genérico de tratados herméticos. (Véase: *Tábula Smaragdina*). La Alquimia se estudia bajo tres aspectos diversos susceptibles de muy distintas interpretaciones, y son: el Cósmico, el Humano y el Terrestre. Estos tres métodos estaban representados por las tres propiedades alquímicas: azufre, mercurio y sal. Varios escritores han afirmado que hay tres, siete, diez y doce procedimientos respectivamente; pero todos concuerdan en que no hay sino un solo objeto en Alquimia, que es el transmutar en oro puro los metales groseros. Con todo, respecto a lo que en realidad es aquel oro, muy poca gente lo sabe con exactitud. No cabe duda de que existe en la Naturaleza una transmutación de los metales más viles en el más noble, o sea el oro. Pero éste es tan solo un aspecto de la Alquimia, el terrestre o puramente material, pues lógicamente comprendemos que el mismo procedimiento se ejecuta en las entrañas de la tierra. Sin embargo, aparte de esta interpretación, existe en la Alquimia un significado simbólico, puramente psíquico y espiritual. En tanto que el alquimista cabalista va en pos de la realización del primero, el alquimista ocultista, desdeñando el oro de las minas, presta toda su atención y concentra todos sus esfuerzos únicamente en la transmutación del *cuaternario* inferior en la divina *trinidad* superior del hombre, que cuando al fin se fusionan, forman un solo. Los planos espiritual, mental, psíquico y físico de la existencia humana se comparan en Alquimia a los cuatro elementos: fuego, aire, agua y tierra, y cada uno de ellos es susceptible de una triple constitución, a saber: fija, variable y volátil. Poco o nada sabe el mundo acerca del origen de esta rama arcaica de la filosofía; pero sin ningún género de duda es anterior a la construcción de todo Zodíaco conocido, y como se relaciona con las fuerzas personificadas de la Naturaleza, probablemente es también anterior a todas las mitologías del mundo. Tampoco cabe la menor duda de que el verdadero secreto de la transmutación (en el plano físico) fue conocido en la antigüedad, y se perdió antes de la aurora del llamado período histórico. La química moderna debe a la Alquimia sus mejores descubrimientos fundamentales, pero haciendo caso omiso del innegable axioma de esta última, de que no existe más que *un solo* elemento en el universo, la química clasificó los metales entre los elementos, y hasta ahora no ha empezado a darse cuenta de su craso error. Hasta algunos enciclopedistas se ven ahora obligados a confesar que si la mayor parte de los relatos de transmutaciones son engaño o ilusión, "sin embargo, algunos de ellos van acompañados de cierto testimonio *que los hace probables*... Por medio de la batería galvánica se ha descubierto que aun los álcalis tienen una base metálica. La posibilidad de obtener un metal de otras sustancias que contengan los ingredientes que lo componen y *de transmutar un metal en otro*... debe, por consiguiente, dejarse sin resolver. Tampoco deben ser considerados como impostores todos los alquimistas. Muchos de ellos han trabajado teniendo la convicción de lograr su objeto, con incansable paciencia y pureza de corazón,



cosa que los verdaderos alquimistas recomiendan encarecidamente como principal requisito para el buen éxito de sus operaciones". (*Enciclopedia Popular*).

[Es la Alquimia la ciencia por la cual pueden las cosas no sólo ser descompuestas y recompuestas (como se sabe en química), sino por la que también su naturaleza esencial puede ser cambiada y elevada a más alto grado, o ser transmutada cada una en otra. La química trata sólo de la materia muerta, mientras que la Alquimia emplea la vida como factor. Toda cosa es de triple naturaleza, de la que su forma material y objetiva es su manifestación inferior. Así es que, por ejemplo, hay oro *espiritual*, inmaterial; oro *astral* etéreo, fluído e invisible, y oro *terrestre*, sólido, material y visible. Los dos primeros son, digámoslo así, el espíritu y el alma del último, y empleando los poderes espirituales del alma, podemos producir cambios en aquellos, a fin de que se hagan visibles en el estado objetivo. Ciertas manifestaciones exteriores pueden ayudar a los poderes del alma en su operación; pero, sin tener los segundos, las manipulaciones serán del todo inútiles. Los procedimientos alquímicos pueden, por lo tanto, ser utilizados con éxito únicamente por aquel que es alquimista de nacimiento o por educación. Siendo toda cosa de triple naturaleza, hay un triple aspecto en la Alquimia. En su aspecto superior, enseña la regeneración del hombre espiritual, la purificación de la mente y de la voluntad, el ennoblecimiento de todas las facultades anímicas. En su aspecto más bajo, trata de las sustancias físicas, y abandonando el reino del alma viviente y descendiendo a la materia muerta, termina en la ciencia de la química de nuestros días. La verdadera Alquimia es un ejercicio mágico del poder de la libre voluntad espiritual del hombre, y por esta razón no puede ser practicada sino por aquel que ha renacido en espíritu. - F. Hartmann] (Glosario Teosófico de H.P.B.).

Para comprender los fundamentos de las naturales leyes a que obedecen los fenómenos cuya descripción nos proponemos, es preciso recapitular las reglas básicas de la filosofía esotérica, conviene a saber:

1ª Los fenómenos llamados milagros no son tales milagros, sino efectos de una ley eterna, inmutable y continuamente activa (Los fenómenos en apariencia milagrosos obedecen a fuerzas que operan en contraposición a las investigadas por los científicos. El doctor Carpenter, como muchos otros eruditos pero no sabios, presume que todas las fuerzas de la naturaleza están ya debidamente establecidas, sin advertir que los ocultistas *conocen* algunas que todavía *desconoce* la ciencia).

2ª La naturaleza es trina. En su elemento invisible es arquetipo, energía y vitalidad del objetivo y visible. Ambos son mudables y perecederos en



subordinación al tercero y espiritual elemento que es la única, inmutable y eterna realidad, fuente, origen y raíz de toda energía.

3ª El hombre es trino. Su elemento objetivo es el *cuerpo* físico; su elemento invisible es el *alma*; su elemento superior es el *espíritu* inmortal que ilumina y cobija a los dos elementos subordinados. Cuando el *alma* se identifica con el *espíritu*, alcanza el hombre la inmortalidad.

4ª La magia es la *ciencia* de actuar espiritualmente en el cuerpo físico de conformidad con los principios reguladores de la actividad del espíritu sobre sí mismo y sobre la materia.

5. La magia es también el *arte* de practicar los principios reguladores de la actividad del espíritu. La siniestra aplicación de esta práctica es *hechicería*. La recta aplicación de esta práctica es *sabiduría*.

6ª El mediumnismo es la antítesis del adepto. El médium es pasivo instrumento de influencias ajenas. El adepto se domina a sí mismo y subyuga a las potestades inferiores.

7ª El adepto puede saber ciertamente todo cuanto hasta ahora ha ocurrido en el mundo, porque todo suceso queda registrado en los anales de la luz astral.

8ª Las cualidades espirituales difieren en los hombres según la raza, tanto como las cualidades físicas de color, estatura, fisonomía, etc. En algunos países prevalece el don de profecía; en otros, la mediumnidad; en algunos, la hechicería (El conocimiento del arte fenoménico se transmite en estos pueblos de generación en generación).

9ª Por medio de los conocimientos mágicos es posible que el alma (Como sin mayor advertencia comprenderá el lector, la palabra alma significa en este caso el conjunto de los principios constitutivos del hombre, *excepto el cuerpo físico*. – N. del T.) **se separe del *cuerpo físico*.** Sin embargo, esta separación es *involuntaria* e *inconsciente* en los médiums y *voluntaria* y *consciente* en los adeptos (En el caso de los médiums, queda el cuerpo físico más o menos cataléptico. En el caso de los adeptos, el cuerpo aparece en estado normal con los sentidos físicos a punto de percepción, pero como si el individuo estuviese *abstraído* en el estudio o meditación)

10º La piedra angular de la magia es el profundo conocimiento práctico del magnetismo y la electricidad con todas sus propiedades, correlaciones y efectos en el reino animal y en el humano.

Hasta aquí las reglas de filosofía esotérica, que necesitan los consiguientes comentarios.



Cuando el hombre se desprende interinamente de su cuerpo físico para actuar en el astral, se substrahe también a las condicionalidades de tiempo y espacio. El taumaturgo profundamente versado en ciencias ocultas puede hacer invisible su cuerpo físico o asumir proteicamente la forma objetiva que le plazca, mediante la hipnótica alucinación ejercida en los sentidos de los circunstantes (Esta alucinación es tan completa, que las víctimas de ella apostarían la vida tomando por realidad lo que tan sólo es una imagen mental reflejada en la conciencia del sujeto por la irresistible voluntad del hipnotizador).

Pero si el vehículo astral no encuentra obstáculos en su movimiento, el cuerpo físico está sujeto a los medios ordinarios de locomoción, aunque es posible levitarlo en determinadas condiciones magnéticas (Por esta razón repudiamos todo cuanto se refiere de los médiums que vuelan en cuerpo y alma por los aires, pues este fenómeno es incompatible con las leyes naturales, así notorias como ocultas). En ciertos casos y circunstancias cabe transportar la materia física inorganizada por medio de la desintegración de sus moléculas hasta el estado de dialización, para reintegrarla después de atravesar las paredes y demás obstáculos densos; pero este procedimiento de desintegración dializada no es aplicable a los organismos vivos.

Creían los discípulos de Swedenborg, de acuerdo con la ciencia oculta, que la separación de alma y cuerpo es caso frecuente, y que en la vida cotidiana encontramos a menudo cuerpos vivos pero sin alma, pues los principios superiores al cuerpo físico pueden desprenderse de éste a causa de violentas emociones, como el miedo cerval, la pena honda, la desesperación, la exacerbada sensualidad, los ataques de epilepsia y otras condiciones morbosas. Entonces puede infundirse en aquel desalmado cuerpo la entidad astral de un hechicero, de un elementario o de un elemental ((Este último caso es sumamente raro); y si bien los adeptos o magos blancos tienen el mismo poder, jamás se infundirán en un cuerpo impuro, a no ser que hayan de cumplir una misión extraordinariamente trascendental.

En los casos de locura, o bien queda expuesta el alma a la influencia de las entidades circundantes por no poder valerse de su vehículo físico, o bien se aleja definitivamente de él, y entonces lo ocupa alguna entidad vampírica próxima a desintegrarse, que así halla medio de prolongar algún tanto su existencia con los placeres sensuales que aquella forma corporal le proporciona.

Por lo que se refiere a la regla décima, conviene advertir que muchos minerales poseen propiedades ocultas tan sorprendentes como las de la llamada piedra imán; y si los naturalistas desconocen dichas propiedades, ha de conocerlas forzosamente el mago para operar con éxito. Todavía tienen algunas plantas propiedades ocultas más maravillosas que los minerales, y el secreto de la eficacia de ciertas hierbas en los hechizos y



encantamientos, sólo se ha perdido para la ciencia europea (De todas estas hierbas únicamente conocen los botánicos las propiedades del opio y del hachís, aunque los biólogos toman sus efectos psíquicos por pasajeros desórdenes mentales). Las mujeres de Tesalia y del Epiro, femeninos hierofantes de los ritos sabacienses, no sepultaron sus secretos bajo las ruinas de los santuarios, pues quienes conocen las cualidades del soma también conocen las de otras plantas.

Magia es sinónimo de sabiduría espiritual y la naturaleza es la aliada, discípula y esclava del mago, que por serlo ha logrado la perfección y con su voluntad subyuga el vital principio que anima todas las cosas. De esta suerte puede el adepto estimular en animales y plantas la acción de las fuerzas biológicas hasta más allá de los límites que ordinariamente llamamos naturales, sin por ello contrariar a la naturaleza, sino favorecerla con la intensificación del principio vital.

El adepto es capaz de alterar la condicionalidad sensoria y emotiva del cuerpo astral de quien no sea adepto; puede valerse a su albedrío de las entidades elementales o espíritus de la Naturaleza; pero de ningún modo le cabe dominar el espíritu de hombre alguno ni encarnado ni desencarnado, porque todo espíritu es chispa divina no sujeta a externas influencias.

Hay dos modalidades de clarividencia: psíquica y espiritual. La clarividencia de los modernos sujetos hipnotizados difiere de la de las antiguas pitonisas tan sólo en los medios de producir el estado lúcido y de la mayor o menor agudeza de los sentidos astrales; pero ni unas ni otros llegan de mucho a la perfecta y omnisciente clarividencia espiritual, sino que sólo pueden vislumbrar la verdad a través del velo de la naturaleza física.

El principio mental llamado *favâtna* por los yoguis indos es el mediador entre los elementos espirituales y materiales del hombre, pues por una parte domina y por otra está sujeto al cerebro físico. La claridad y exactitud de las percepciones espirituales de la mente dependen, mientras está ligada al cuerpo material, de su grado de relación con el principio superior, y cuando esta relación le permite actuar independientemente de los principios inferiores y unida al superior, entonces percibe la verdad sin mezcla de error alguno. Este es el estado que los indos llaman *samâdhi*, o sea la más elevada condición espiritual asequible para el hombre en la tierra (Los faquires retienen cuanto pueden el aliento durante sus ejercicios religiosos, a fin de alcanzar esta condición espiritual. A esta práctica la llaman *dam-sâdhna*).

Los vocablos sánscritos *prânayâma*, *pratyâhâra* y *dhârânâ* expresan otros tantos estados psíquicos (El sánscrito antiguo y los modernos idiomas de la India tienen vocablos adecuadamente expresivos de los estados psíquicos, lo cual demuestra que los filósofos indos han dilucidado estos problemas metafísicos como no sospecharon jamás los psicólogos de Occidente, cuyos idiomas no cuentan con términos a propósito para expresar dichos estados).



En el de *dhârânâ* queda el cuerpo físico completamente cataléptico y es subjetiva y clarividente la percepción del alma libre; pero como no deja de funcionar el principio senciente del cerebro físico, las percepciones mentales estarán entremezcladas con las percepciones objetivas del mecanismo cerebral, y por ello se le representarán la *memoria* y la *fantasía* en vez de la visión perfecta. Pero el adepto sabe cómo suspender el funcionalismo mecánico del cerebro y así son sus visiones claras, puras, verdaderas e inalterables. Al paso que el vidente, incapaz de anular las vibraciones astrales, sólo percibe imágenes más o menos incompletas por medio del cerebro, el clarividente sujeta a su voluntad todas sus potencias psíquicas y facultades físicas, y no puede tomar las sombras por realidades porque su percepción es directamente espiritual, sin que el yo superior o subjetivo esté eclipsado por el Yo inferior u objetivo. Tal es la genuina clarividencia espiritual que, según dice Platón, eleva al alma más allá de los dioses menores hasta identificarla con el simple, puro, inmutable e inmaterial Nous. Tal es el estado que Plotino y Apolonio llamaron de *unión con Dios*, los antiguos yoguis *isvara* (Análogicamente, la palabra *isvara* significa *señor*; pero en sentido místico denota la unión o comunión con la Divinidad de que hablan los filósofos griegos. En sánscrito, *isvara-parasada* quiere decir literalmente *gracia divina* en contraposición de *karma* que significa *eficacia de las obras*, y de *shraddha* que equivale a *fe*, según entienden las dos *mîmânsas* o escuelas teológicas más famosas de la India: la *Purva*, cuyo fundador fue el filósofo Djeminy, y la *Uttara* o *Vedanta* establecida por Richna Dvipayna Vyasa, compilador de los *Vedas*. (Véanse Jones, Colebrooke y otros orientalistas) y los modernos *samâdhi*. Sin embargo, la clarividencia espiritual es tan distinta de la videncia psíquica como una estrella de una luciérnaga (Tan sublime estado es el de clarividencia espiritual, que el vidente Plotino sólo pudo alcanzarlo seis veces en los setenta y seis años de su vida, según declaró a su amigo Porfirio).

Amonio Sacas, el Teodidactos (enseñado por Dios), dice que la *memoria* (Olimpiodoro entiende que Amonio significaba con ello la *fantasía*), es la única potencia que directamente se opone al don de profecía y previsión. Olimpiodoro dice por su parte:

La fantasía es un impedimento para nuestra percepción mental, y de aquí que si interviene cuando estamos movidos de inspiración divina, cesa la energía entusiástica, pues el entusiasmo es incompatible con el éxtasis. Si se nos preguntara si el alma es capaz de energizarse sin la fantasía, responderíamos que si lo es, según demuestra su percepción de los universales independientemente de la fantasía, que sin embargo acompaña al alma y acrecienta su actividad como la tempestad acelera el movimiento de la nave (Olimpiodoro: *El Fedro de Platón*).

Además, el médium no puede subyugar voluntariamente sus cuerpos mental y físico, sino que necesita para ello la ajena intervención de una entidad desencarnada, de un hipnotizador terreno o bien de algún medio que



artificialmente le ponga en trance, mientras que a los adeptos y fakires les basta para ello un breve rato de reconcentración y ensimismamiento.

Entre los medios artificiales (*Obras de Plinio*, XXX, 2, 14) de que se valían los antiguos para determinar el estado de trance, citaremos las columnas de bronce del templo de Salomón; las campanillas y granadas de oro de Aarón y sumos pontífices hebreos; las sonoras campanas que pendían alrededor de la estatua de Júpiter Capitolino (Suetonio: *Vida de Augusto*); las tazas de bronce que se empleaban en los Misterios durante el *Kora* (Plutarco), y las copas de bronce pendientes en círculo de un doble aro de doscientas granadas que servían de chapaletas en el hueco de las columnas. **Las sacerdotisas que en el norte de la antigua Germania actuaban bajo la dirección de los hierofantes, sólo podían profetizar entre el tumulto de las olas del mar o mirando de hito en hito la rápida corriente de un río. Las sacerdotisas de Dodona se situaban al mismo efecto bajo el roble de Zeus** (Divinidad suprema de los pelasgos, que después fue Júpiter olímpico) **y quedaban hipnotizadas al murmullo de las hojas del árbol o del arroyuelo que regaba sus raíces** (*Servius ad. Aeon*, 71).

Pero el adepto no necesita valerse de estos artificiosos medios, pues le basta con la simple acción de su *potencia volitiva*. Según el *Atharva-Veda*, la actualización de la potencia volitiva es la forma superior de la oración que entonces obtiene inmediata respuesta. Del grado de intensidad del anhelo depende su realización, y ésta, a su vez, de la pureza interior. (Isis IV, 343-350).

. . . En dichos volúmenes (de la Doctrina Secreta) se hará una breve recapitulación de todos los Adeptos principales conocidos en la historia; y se dará noticia de **cómo los Misterios decayeron, después de lo cual, comenzó a desaparecer y a borrarse de la memoria de los hombres, al fin de modo definitivo, la naturaleza verdadera de la Iniciación y de la Ciencia Sagrada. Desde aquel tiempo sus enseñanzas se hicieron ocultas, y la Magia fue conocida muy frecuentemente bajo un nombre venerable, pero a menudo expuesto a interpretaciones erróneas, de Filosofía Hermética. Así como el verdadero Ocultismo había prevalecido entre los místicos durante los siglos que precedieron a nuestra era, así la Magia, o más bien la Hechicería con sus artes ocultas, siguió al comienzo del Cristianismo.**

Grandes y celosos fueron los esfuerzos llevados a cabo por el fanatismo durante aquellos primeros siglos, para borrar hasta la menor huella de la obra mental e intelectual de los paganos; pero todo ha sido en balde, aunque el mismo espíritu del oscuro genio del fanatismo y de la intolerancia, haya adulterado sistemáticamente desde entonces, todas las brillantes páginas escritas en los



períodos anteriores al Cristianismo. La historia misma, en sus inseguros anales, ha conservado bastante de lo que ha sobrevivido de aquellos períodos, para arrojar una luz imparcial sobre el conjunto. (D.S. I, 46-47).

Los fundamentos de la magia fueron y son el perfecto conocimiento de las propiedades ocultas de las cosas visibles e invisibles de la naturaleza y de sus múltiples atracciones, repulsiones y enlaces, cuya causa es el principio *espiritual* que todo lo penetra y anima, de suerte que dicho conocimiento permite establecer las condiciones necesarias para la manifestación de este principio. Todo esto encierra el profundo y completo conocimiento de las leyes naturales. (Isis I, 402-403).

Dice Eliphas Levi: “**Un iniciado que posea completa *lucidez* puede dirigir y comunicar a voluntad las vibraciones magnéticas en la masa de la luz astral...** En el momento de la concepción se transforma en luz humana, de que se reviste el alma como de primer envoltorio y, combinada con los más sutiles fluidos, forma el cuerpo etéreo o fantasma sidereal, que ya no se desprende por completo del cuerpo de carne hasta el momento de la muerte”. El gran secreto del adepto mágico consiste en proyectar este cuerpo etéreo a cualquier distancia y condensar en él oleadas del mismo fluido que lo constituye, a fin de hacerlo visible y tangible.

La magia teurgia, es la más acabada expresión de la psicología oculta. (Isis, I, 449).

Dice Psello (Pausanias): “La magia era la parte superior de la ciencia sacerdotal y tenía por objeto investigar la naturaleza, potencia y cualidades de todas las cosas sublunares; de los elementos y sus compuestos; de los animales; de las plantas y sus frutos; de las piedras y hierbas, inquiría la esencia y potencia de todas las cosas. **Los efectos de esta ciencia se resolvían en esculpir estatuas magnetizadas que tocaban los enfermos para recobrar la salud, y en fabricar figuras y talismanes que lo mismo servían para provocar la enfermedad que para curarla.** También por medio de la magia se hace aparecer frecuentemente fuego celestial que enciende las lámparas y hace sonreír a las estatuas”. (Isis I, 452).



Pero muy poderosas razones dificultan además el estudio práctico de la magia en Europa y América (aunque consientan en lo teórico), por la general la incapacidad de la raza blanca para la comprensión experimental de la más difícil ciencia.

No importa que el hombre de raza blanca intente este estudio en su propio país o en los de Oriente. Fracasarán igualmente, porque con toda probabilidad, de cada millón de europeos y americanos tan sólo *uno* tiene las *aptitudes* físicas, psíquicas y espirituales que demanda el estudio práctico de la magia; y entre diez millones ni uno sólo reuniría las *condiciones* requeridas para su ejercicio.

El hombre civilizado carece de la prodigiosa resistencia física y mental de los orientales, ni tampoco tiene su apacible temperamento y benigna idiosincrasia. El indo, el árabe, el tibetano, han heredado la intuitiva percepción de que la voluntad humana *puede* dominar las ocultas fuerzas de la Naturaleza, y tienen por otra parte mucho más agudos que las gentes de occidente los sentidos del cuerpo y del espíritu. **El diferente espesor del cráneo de un europeo, comparado con el de un indo meridional, no supone superioridad psicológica, sino que es un accidente climatológico debido a la mayor intensidad de los rayos solares.**

Además el individuo civilizado tropezará con tremendas dificultades en el curso de su *adiestramiento*, si vale la palabra, porque todos están contaminados de la secular superstición dogmática y del tan desarraigable como injusto sentimiento de superioridad respecto de a quienes los ingleses llaman despectivamente “negros”. Difícilmente se someterá el blanco europeo o americano a la instrucción práctica severa y prolongada que sin mayor esfuerzo reciben un copto, un brahmán o un lama.

Para merecer el título de neófito es preciso entregarse en cuerpo y alma al estudio de las ciencias místicas, entre las cuales es la magia imperativa y celosa amante que no tolera rival. Contra lo común en las demás ciencias, de nada sirve en la magia el conocimiento teórico de las fórmulas si no hay capacidad mental para comprenderlas ni potencia espiritual para aplicarlas. El espíritu ha de mantener sujeta la combatividad de la mal llamada razón educada, hasta que los hechos hayan triunfado de la insulsa sofistería. (Isis IV, 412).

Los *Brâhmanas* están silábicamente dispuestos de modo que se corresponden con los números; y según ha demostrado Haug, cada forma fonética es el arquetipo de otra visible en la tierra, de buenos o malos efectos. **El lenguaje**



sagrado puede salvar la vida, pero también dar la muerte, y sus virtudes son tan sólo conocidas del adepto (*dikshita*) iniciado en los misterios religiosos, que ya nació del todo a la vida espiritual. El *Vâch* o espíritu de los *mantras* es una energía fonética cuyas vibraciones levantan otras análogas, de mayor y más oculta energía. Cada una de estas potestades fonéticas está personificada por su correspondiente entidad en el mundo de los espíritus, y según se ponga en actuación, responderán a ella los espíritus benignos (dioses) o los espíritus malignos (*rakshasas*). Con arreglo a las creencias hinduistas y budistas, una maldición, una bendición, un voto, un deseo, un mal pensamiento pueden asumir forma visible y manifestarse objetivamente a la vista de su autor o de aquel a quien vayan dirigidos. Toda culpa se encarna, por decirlo así, para convertirse en entidad acosadora de su perpetrador. (Isis IV, 92).

Creían los discípulos de Swedenborg, de acuerdo con la ciencia oculta, que la separación del alma y cuerpo es cosa frecuente, y que en la vida cotidiana encontramos a menudo cuerpos vivos pero sin alma, pues los principios superiores al cuerpo físico pueden desprenderse de este a causa de violentas emociones, como el miedo cerval, la pena honda, la desesperación y la exacerbada sensualidad, los ataques de epilepsia y otras condiciones morbosas. Entonces puede infundirse en aquel desalmado cuerpo la entidad astral de un hechicero, de un elementario o de un elemental (aunque este caso sea muy raro); y si bien los adeptos o magos blancos tienen el mismo poder, jamás se infundirán en un cuerpo impuro, a no ser que hayan de cumplir una misión extraordinariamente trascendental.

En los casos de locura, o bien queda expuesta el alma a la influencia de las entidades circunvalentes por no poder valerse de su vehículo físico, o bien se aleja definitivamente de él, y entonces lo ocupa alguna entidad vampírica próxima a desintegrarse, que así halla medio de prolongar algún tanto su existencia con los placeres sensuales que aquella forma corporal le proporciona. (Isis IV, 345-346).

..., conviene advertir que muchos minerales poseen cualidades ocultas tan sorprendentes como las de la llamada piedra imán; y si los naturalistas desconocen dichas propiedades, ha de conocerlas forzosamente el mago para operar con éxito. Todavía tienen algunas plantas propiedades ocultas más maravillosas que los minerales, y el secreto de la eficacia de ciertas hierbas en los hechizos y encantamientos, sólo se ha perdido para la ciencia europea. **Las mujeres de Tesalia y del Epiro femeninos hierofantes de los ritos**



sabacienses, no sepultaron sus secretos bajo las ruinas de los santuarios, pues quienes conocen las cualidades del soma también conocen las de otras plantas.

Magia es sinónimo de sabiduría espiritual y la naturaleza es la aliada, discípula y esclava del mago, que por serlo ha logrado la perfección y con su voluntad subyuga el vital principio que anima todas las cosas. De esta suerte puede el adepto estimular en animales y plantas la acción de las fuerzas biológicas hasta más allá de los límites que ordinariamente llamamos naturales, sin por ello contrariar a la naturaleza, sino favorecerla con la intensificación del principio vital.

El adepto es capaz de alterar la condicionalidad sensoria y emotiva del cuerpo astral de quien son sea adepto; puede valerse de su albedrío de las entidades elementales o espíritus de la Naturaleza; pero de ningún modo le cabe dominar el espíritu de hombre alguno ni encarnado ni desencarnado, porque todo espíritu es chispa divina no sujeta a externas influencias.

Hay dos modalidades de clarividencia: psíquica y espiritual. La clarividencia de los modernos sujetos hipnotizados difiere de las antiguas pitonisas tan sólo en los medios de producir el estado lúcido y de la mayor o menor agudeza de los sentidos astrales; pero ni unas ni otros llegan de mucho a la perfecta y omnisciente clarividencia espiritual, sino que sólo pueden vislumbrar la verdad a través del velo de la naturaleza física. (Isis IV, 346-347).

... el adepto sabe como suspender el funcionalismo mecánico del cerebro y así son sus visiones claras, puras, verdaderas e inalterables. Al paso que el vidente, incapaz de anular las vibraciones astrales, sólo percibe imágenes más o menos incompletas por medio del cerebro, el clarividente sujeta a su voluntad todas sus potencias psíquicas y facultades físicas, y no puede tomar las sombras por realidades porque su percepción es directamente espiritual, sin que el Yo superior o subjetivo esté eclipsado por el yo inferior u objetivo. Tal es la genuina clarividencia espiritual que según dice Platón, eleva al alma más allá de los dioses menores hasta identificarla con el simple, puro inmutable e inmaterial *Nous*. Tal es el estado que Plotino y Apolonio llamaron de unión con Dios, los antiguos *yoguis* *Isvara* y los modernos *samâdhi*. Sin embargo, la clarividencia espiritual es tan distinta de la videncia psíquica como una estrella a una luciérnaga. (Isis IV, 348).



Sólo hay un camino para llegar a la meta y de él nos hablan algunos autores herméticos, entre ellos el alquimista árabe *Abipili*, quien dice: *“Te advierto, ¡oh tú! quienquiera que seas e intentes sondear los arcanos de la naturaleza, que si no hallas **dentro de ti** lo que buscas, tampoco lo hallarás fuera de ti. Si desconoces las excelencias de tu propia casa ¿por qué tratas de indagar la excelencia de otras cosas? ¡Oh hombre! Conócete a ti mismo. En ti yace oculto el tesoro de los tesoros”*. (Isis IV, 385).

Sabemos que desde remotísimas épocas la temible y pavorosa ciencia llamada *theopoea* enseñó a infundir temporánea vida inteligente en las imágenes de los dioses, cuya inerte materia vivificaba la poderosa voluntad del hierofante. El fuego robado del cielo por Prometeo cayó en la tierra durante la lucha para abarcar las regiones inferiores del firmamento y condensarse en las oleadas del éter cósmico. Era el potencial *akâsha* de los ritos hinduistas. Al respirar aire puro, se esponja en este fuego celeste todo nuestro organismo, que de él está saturado desde el instante de nuestro nacimiento, aunque sólo cabe utilizarlo por influjo de la VOLUNTAD y del ESPÍRITU.

Por espontáneo impulso, este fuego o principio vital obedece ciegamente las leyes de la Naturaleza, y según las circunstancias, engendra salud y exuberancia de vida o determina la muerte y disgregación. Pero cuando está dirigido por la voluntad del adepto, la obedece para restablecer el equilibrio del organismo, y sus corrientes llenan el espacio y operan los milagros psíquico-físicos perfectamente conocidos de los hipnotizadores. Infundido el principio *akásico* en la materia inorgánica, le da apariencias de vida, y por lo tanto de movimiento; pero como le falta inteligencia personal, el operador puede transmitirle su propio cuerpo astral (*scin-lecca*) o bien prevalerse de su influencia en los espíritus de la Naturaleza para que uno de ellos se infunda en la imagen de mármol, madera o metal. También puede valerse de espíritus elementarios por la identificación que entre estas entidades y las elementales establece la afinidad psíquica; pero estos seres inferiores solo son capaces de dar apariencias de vida y movimientos a los objetos inanimados y no de infundir en ellos su esencia pasional cuando es de índole armónica y elevada el propósito del operador, quien entonces envía su influencia como rayo de luz divina, a través de las entidades interventoras. La condición necesaria para ello, según ley de la naturaleza espiritual, es la sinceridad del motivo, la pureza de la atmósfera magnética circundante y la pureza personal del operador. De este modo, un “milagro” pagano puede ser mucho más santo que otro cristiano. (Isis II, 428-429).



Los antiguos, y sobre todo los magos y astrólogos caldeos, se distinguieron siempre por su ardiente anhelo de inquirir la verdad en las diversas ramas de la ciencia, pues se esforzaban en penetrar los secretos de la naturaleza, por los mismos métodos de observación y experimentación a que recurren los modernos investigadores; y si estos se resisten a creer que aquellos ahondaron mucho más en los misterios del universo, no por ello es justo negar que poseyeran vastos conocimientos, ni tampoco acusarles de superstición, pues lejos de haber pruebas de estas imputaciones, cada nuevo descubrimiento arqueológico es un testimonio a su favor. Nadie les ha superado aún en conocimientos químicos, y a este propósito dice Wendell en su famosa conferencia acerca de *Las Artes perdidas*, que “la química llegó en tiempos antiguos a una altura *no alcanzada ni siquiera bordeada por nosotros*”. Conocieron el vidrio maleable que, suspendido de un extremo, se iba distendiendo por su propio peso, hasta adelgazarse en forma de cinta flexible que podía arrollarse a la muñeca, y cuyo secreto de fabricación fuera para nosotros tan difícil como volar hasta la luna. Está históricamente comprobado, que un extranjero llevó a Roma, en tiempo de Tiberio, una copa de cristal que al caer sobre el pavimento de mármol no se rompía, sino que tan sólo se abollaba y era fácil restituírle su primitiva forma a martillazos. Si los modernos dudan de ello es porque no saben hacerlo. En Samarcanda y en algunos monasterios del Tíbet, pueden verse hoy día copas y otros objetos de cristal maleable, con añadidura de haber allí quienes afirman que pueden fabricarlos, gracias a su conocimiento del tan ridiculizado *alkahest* o disolvente universal que, **según Paracelso y Van Helmont, es un agente natural “capaz de reducir todos los cuerpos sublunares, así homogéneos como heterogéneos, a su *ens primum* o substancia primaria, convirtiéndolos en un licor uniforme y potable, que aun mezclado con agua u otro zumo cualquiera no pierde su virtud, y si otra vez se mezcla consigo mismo se convierte en agua pura y elemental”**. ¿Qué inconveniente hay en admitir la posibilidad de todo esto? ¿Por qué ha de ser utópico este disolvente? ¿Acaso porque los químicos modernos no lo han descubierto? Sin mucho esfuerzo podemos concebir que todos los cuerpos dimanen de una substancia primaria que de acuerdo con la astronomía, geología y física, debió de ser fluida en su originario estado. ¿Por qué no puede el oro, cuya génesis desconocen los químicos modernos, haber sido primitivamente una *substancia básica del oro*, un fluido pesado que, como dice Van Helmont, “por su propia naturaleza y por la firme cohesión de sus partículas tomó el estado sólido”? No es, por lo tanto, despropósito creer que haya una *substancia* universal que reduzca todos los cuerpos a su *genérica substancia*. Van Helmont la califica de “la sal más poderosa y principal que en su grado máximo de simplicidad, pureza y sutilidad, no se altera al reaccionar sobre otras materias, y tiene suficiente energía para disolver el cuarzo, las piedras preciosas, el vidrio, la sílice, el azufre y los



metales, formando una sal roja de peso equivalente, al de las materias disueltas con tanta facilidad como el agua caliente disuelve la nieve”.

Este es el fluido que aún hoy se emplea para sumergir el vidrio común y darle maleabilidad.

Tenemos una prueba palpable de semejantes posibilidades. Un corresponsal extranjero de la Sociedad Teosófica, famoso médico que hace más de treinta años se dedica al estudio de las ciencias ocultas, ha obtenido el primario elemento del oro al que llama *legítimo aceite de oro*, que analizado por muchos químicos, se han visto precisados a confesar que no acertaban con el procedimiento de obtención. No debe extrañarnos que este médico se resista a publicar su nombre, pues el ridículo y las preocupaciones vulgares son a veces más peligrosas que la Inquisición antigua. **La tierra adámica es de linaje emparentado con el alkahest y uno de los más importantes secretos alquímicos, que ningún cabalista divulgará, pues como dice muy bien en lenguaje simbólico: “daría explicación de las águilas de los alquimistas y las águilas tienen las alas cortadas”. Es un secreto que Tomás Vaughan (Eugenio Filaleteo), tardó veinte años en aprender.**

A medida que la aurora de las ciencias físicas fue acrecentándose en luz diurna, las ciencias espirituales se sumergieron en cada vez más densas sombras, hasta el punto de negarlas muchos muy rotundamente. A los eminentes psicólogos de otras épocas se les tiene hoy por ignorantes y supersticiosos, cuando no por saltimbanquis y prestidigitadores, pues el sol de la ciencia brilla en nuestros días con tal esplendor, que parece axiomático que los antiguos nada sabían y estaban envueltos en las brumas de la superstición. Pero olvidan sus detractores que el sol de nuestro tiempo será obscura noche en comparación del luminar futuro, y que así como los científicos de nuestro siglo tildan de ignorantes a sus antepasados, tal vez sus descendientes digan de ellos que *nada sabían*.

La marcha del mundo es cíclica. Las razas futuras serán reproducción de otras hace siglos desaparecidas, mientras que la nuestra acaso reproduce la existente diez mil años atrás. Tiempo ha de llegar en que reciban su merecido cuantos hoy detractan públicamente a los herméticos, pero que en privado consultan sus polvorientos volúmenes para plagiar sus ideas. A este propósito exclama honradamente Pfaff: “¿Quién ha tenido tan claro concepto de la naturaleza como Paracelso? Fue el audaz fundador de la química médica y de innovadoras escuelas, victoriosas en la controversia, y uno de los pensadores que dieron más acertada orientación al estudio de la naturaleza de las cosas. Lo que en sus obras dice acerca de la piedra filosofal, de los pigmeos y gnomos, de los homúnculos, del elixir de larga vida y demás temas hoy aducidos por sus



detractores para regatearle méritos, no puede debilitar nuestro agradecimiento y admiración por sus obras y por su noble vida” (Ptaff – *Astrología*).

Muchos médicos, químicos y magnetizadores nutrieron su mente en las obras de Paracelso. De él tomó Hufeland su teoría de las enfermedades infecciosas, a pesar de que Sprengel le llama “el charlatán de la Edad Media”, si bien en cambio reivindica Hemman la teoría del insigne filósofo diputándole noblemente por el químico más ilustre de su época” Lo mismo dicen Molitor y el eminente psicólogo alemán Ennemoser (De Teofanía. Magia de Paracelso), de cuyos estudios sobre Paracelso se infiere que este hermético fue “el más admirable talento de su tiempo”. Pero las lumbreras modernas presumen de aventajarle en sabiduría, y han hundido en el “limbo de la magia” las ideas de los rosacruces acerca de los espíritus elementales, duendes y hadas como si fueran cuentos infantiles (Dice Kemshead en su *Química inorgánica*, que Paracelso menciona por vez primera el hidrógeno cuya existencia apenas se sospechaba. Pero ¿por qué no confesar al mismo tiempo con franqueza que Paracelso redescubrió el hidrógeno así como también las propiedades del imán y con ellas el magnetismo animal? Es fácil comprender que el obligado sigilo de los rosacruces alquimistas, impedía a Paracelso divulgar sus conocimientos. No fue tarea muy ardua para un químico versado en las obras de Paracelso demostrar que los alquimistas conocieron el oxígeno cuyo descubrimiento se atribuye a Priestley. (Isis I, 139-143).

Dicen los *Oráculos caldeos*: “El Dios del mundo es eterno, ilimitado, joven y viejo y de forma sinuosa”.

La frase “forma sinuosa” es símbolo de la vibración de la luz astral que los sacerdotes de la antigüedad conocían perfectamente, aunque no tuvieran del éter el mismo concepto que los modernos, pues por éter significaban la *Idea* eterna, compenetrada en el universo, es decir la *Voluntad* que actualizada en *energía* organiza la *materia*.

Dice Van Helmont: “**La voluntad es la potencia capital y superior de todas. La voluntad del Creador puso en movimiento todas las cosas. La voluntad es atributo de todas las entidades espirituales y se desenvuelve con tanta mayor actividad cuanto más libre está de la materia**”.

Y Paracelso, por sobrenombre “el divino”, añade: “la fe ha de ser la corroboradora de la imaginación pues por la fe se establece la voluntad... En todas las obras mágicas, es requisito indispensable la firmeza de voluntad... Las artes no tienen reglas fijas y ciertas, porque los hombres no saben imaginar ni creer en el resultado eficaz de lo que imaginan”. (Isis I, 149-150).



Los filósofos antiguos afirmaban que todas las cosas visibles e invisibles surgían a la existencia por manifestación de la Voluntad, a que Platón llamó *Idea divina*, y así como esta Idea da existencia objetiva a la materia con sólo enfocar su voluntad en un centro de fuerzas localizadas, así también el hombre, el microcosmos respecto del macrocosmos da forma objetiva a la materia en proporción del vigor de su voluntad.

...Como Dios, crea así crea el hombre. Dadle voluntad lo suficientemente vigorosa y subjetivará las formas mentales, que muchos llaman alucinaciones, aunque para quien las forja sean tan reales como los objetos tangibles. Si aumenta el vigor de la voluntad e inteligentemente la dirige, condensará las formas en objetos visibles. Este es el secreto de los secretos, y quien lo aprende, merece el título de *magos*. (Isis I, 156-157).

Difícilmente se olvidan una vez oídas las voces, si cabe darles este nombre, de las apariciones espectrales. La voz de los espíritus puros semeja el trémulo murmullo de una lejana arpa eólica. La voz de un espíritu en pena, y por lo tanto impuro, sino maligno, puede compararse a la voz humana que saliese del fondo de un tonel vacío.

Esta filosofía no es *nuestra*, sino la de muchísimas generaciones de magos que la fundaron en la experiencia. El testimonio de la antigüedad es irrecusable en este punto. **Las voces de los espíritus son inarticuladas. La voz de los espíritus consiste en una serie de sonidos de efecto semejante al de una columna de aire comprimido que, ascendiendo de abajo a arriba, se derramará en torno del oyente.** (Isis I, 165-166).

Era la magia una ciencia divina que más intensamente resplandecía en los ascetas *gimnósofos*, cuya austeridad de vida, pureza de costumbres y desprendimiento de las cosas mundanas aventajaba a la de los más ejemplares hierofantes egipcios y eran tenidos en mayor veneración que los magos caldeos. Vivían solitarios en yermo, mientras que los sacerdotes egipcios formaban comunidades y, no obstante las preocupaciones históricas contra magos y adivinos, poseían valiosos secretos médicos y sobresalían insuperablemente en el arte de curar, según se infiere de los numerosos tratados que todavía se conservan en los monasterios de la India. No nos detendremos a dilucidar si los *gimnósofos* fueron los primeros magos de la India o si recibieron este conocimiento en herencia de los



rishis, porque los científicos experimentales lo tendrían por estéril especulación. (Isis I, 195-196).

De conformidad con los neoplatónicos y los kabalistas, Giordano Bruno, sostenía que Jesús era mago, en el sentido que Porfirio, Cicerón y Filo Judeo dan a la palabra magia, o sea de *sabiduría divina*, capaz de investigar los secretos de la naturaleza. Según Filo Judeo, **los magos son hombres de santidad que, apartados de las cosas de este mundo, contemplan las virtudes divinas, comprenden claramente la naturaleza de los dioses y los espíritus e inician a otros hombres en los misterios** cuyo conocimiento les permite relacionarse continuamente en vida con los señores invisibles. (Isis I, 201).

Eliphas Leví, el mago moderno, concreta el concepto de la luz astral en la siguiente frase: **“Para adquirir facultades mágicas se necesitan dos cosas: redimir la voluntad de toda servidumbre y ejercitarse en regularla”**.

La voluntad soberana está simbolizada por la mujer que aplasta la cabeza de la serpiente y por el arcángel que mata bajo sus pies al dragón infernal. (Isis I, 260).

Dice Eliphas Leví: **“Todas las operaciones mágicas consisten en desprenderse de los anillos de la serpiente y ponerle el pie encima de la cabeza para dominarla a voluntad”**. En el mito evangélico dice la serpiente: “Te daré todos los reinos de la tierra si postrado me adoras”. A lo que responde el iniciado: No me postraré, antes bien tú caerás a mis pies. Nada puedes darme, y haré de ti lo que me plazca, Porque *yo soy tu señor y dueño*”. Este es el verdadero significado de la ambigua respuesta de Jesús al tentador... Así, pues, el diablo no es una entidad, sino una fuerza errática como su nombre indica; una corriente *ódica* o *magnética* formada por una cadena de voluntades malignas, productora del espíritu diabólico, llamado *legión* en el Evangelio, que animaba a la piara de cerdos precipitados en el mar. Este pasaje es una alegoría de cómo las fuerzas ciegas del error y el pecado arrastran precipitadamente a la naturaleza inferior”. (Isis I, 261).

Comprenderemos con mayor facilidad el oculto sentido de la alegoría de la creación del hombre, si tenemos en cuenta que los antiguos filósofos



consideraban universalmente la sal como uno de los más importantes principios constituyentes de la creación orgánica, y que los alquimistas la tenían por el menstroo mensual extraído del agua, aparte de que tanto la ciencia moderna como el concepto popular la diputan por elemento indispensable para el hombre y los animales. Paracelso llama a la sal “centro de agua en que han de morir los metales”; y Van Helmont dice que el *alkahest* es *summun et felicissimum omnium saliu* (la sal más superior y afortunada).

Cuando Jesús dijo a sus discípulos:

Vosotros sois la sal de la tierra. Y si la sal desvaneciere, ¿con qué será salada?... Vosotros sois la luz del mundo.

Con estas palabras significaba directa e inequívocamente la doble naturaleza del hombre físico y espiritual, demostrando por otra parte su conocimiento de la doctrina secreta cuyos vestigios se descubren en las más antiguas y populares tradiciones de ambos Testamentos, así como en las obras de los místicos y filósofos antiguos y medievales. (Isis I, 274-275).

Antiguamente era la magia una ciencia universal que tan solo profesaban los sacerdotes ilustrados; pero aunque el foco de esta ciencia estaba celosamente custodiada en el santuario, sus rayos iluminaban el mundo. Si así no fuera, ¿cómo explicar la sorprendente identidad de tradiciones, leyendas, costumbres, creencias y adagios populares, que lo mismo se encuentran entre los lapones y tártaros del norte, que en los pueblos meridionales de Europa, en las estepas rusas y en las pampas americanas?. A este propósito dice Taylor que la máxima pitagórica “*no remuevas fuego con espada*”, es popular entre gentes sin relación alguna étnica ni geográfica; pues según refiere Carpini, ya en 1.246 la observaban los tártaros que en modo alguno consentirían en remover el fuego con arma de filo, por temor de “cortar la cabeza del fuego”. Del mismo temor participan los kalmucos, y los abisinios preferirían meter los brazos desnudos hasta el codo entre brasas, antes que removerlas con hacha o cuchillo. Tyler dice que todos estos hechos son simples aunque curiosas coincidencias, y Max Muller opina, por el contrario, que entrañan en su fondo la doctrina pitagórica.

La máxima de Pitágoras, como las de muchos autores antiguos, tienen doble significado, pues además del literal encubren un precepto, según explica Jámblico en su “Vida de Pitágoras”. La máxima: “*no remuevas el fuego con espada*” es el noveno símbolo de los *Protéptricos* que exhorta a la prudencia y enseña cuan conveniente es no avivar con duras palabras al encolerizado. También corrobora Heráclito la verdad de este símbolo diciendo que “es difícil luchar contra la cólera,



pero todo debe hacerse para redimir el alma. Y ciertamente es así, porque muchos, por satisfacer su cólera, han transmutado la condición de su alma y preferido la muerte a la vida. En cambio, quien refrena la lengua y permanecer tranquilo, trueca en amistad la contienda, extingue el fuego de la cólera y da pruebas de buen juicio". (Isis I, 406-407).

...pero veamos ahora el hermético *Libro de los Números* escrito, según tradición caldea, por Hermes Trismegisto. Dice así: "En el principio del tiempo el gran Invisible tenía sus santas manos llenas de materia celeste que esparció por el infinito y, ¡oh pasmo!, se convirtió en esferas de fuego y en esferas de arcilla que, como el inquieto metal (azogue o mercurio), se disgregaron en esferas menores que empezaron a voltear incesantemente. Y algunas, que eran esferas de fuego, se convirtieron en esferas de arcilla y las de arcilla en esferas de fuego, porque las de fuego esperaban a que llegase el tiempo de convertirse en de arcilla y las otras las envidiaban en espera de convertirse en de puro y divino fuego".

Vemos en el pasaje de Hermes **la difusión de la materia, su agrupamiento en esferas de las que se disgregan otras menores, la rotación axial, la paulatina transición de la materia incandescente a materia terrosa y por fin la pérdida de calor con que se inicia el período de la muerte planetaria.** (Isis I, 413-414).

... más explícito es todavía Marco Antonio en su Soliloquio: "La naturaleza se complace en mudar todas las cosas y revestirlas de nuevas formas. La materia es para ella como cera con que moldea toda clase de figuras, y si hace un pájaro lo convierte después en cuadrúpedo, o de una flor hace una rana, de suerte que se deleita en sus operaciones mágicas, como los hombres en las obras de su propia imaginación" (Isis I, 417).

...Pero la verdad esotérica más correcta que yace bajo estos mitos populares, es que **Hermes**, como lo demuestra Abenephuis, **cuidaba de los egipcios bajo la forma del *ibis religiosa***, y les enseñaba las artes y ciencias ocultas. Esto quiere decir sencillamente que el *ibis religiosa* tenía, y tiene, propiedades "mágicas" en común con muchas otras aves, sobre todo el *albatros*, y el *cisne blanco*, el Cisne de la Eternidad o Tiempo, el *Kâlahamsa*. (D.S. II, 105).



... Concluyamos recordando al lector que, sin la menor sombra de superstición, puede uno creer en la naturaleza dual de todo objeto sobre la Tierra, en la Naturaleza espiritual y material, visible e invisible; y que la ciencia lo pruebe virtualmente, al mismo tiempo que niega su propia demostración. Pues, si como Sir William Grove dice, la electricidad que manejamos es tan sólo el *resultado* de la materia común afectada por algo invisible, el “poder generador *último*” de toda Fuerza, la “influencia única omnipresente”, es natural entonces que creamos como los antiguos, a saber: que cada Elemento es *dual* en su naturaleza. “El Fuego Etéreo es la emanación del Kabir mismo; el Aéreo es tan sólo la unión (correlación) del primero con el Fuego Terrestre, y su dirección y aplicación sobre nuestro plano terrestre pertenece a un Kabir de menor dignidad”, quizás a un Elemental, como lo llamaría un ocultista; y lo mismo puede decirse de todo Elemento Cósmico.

Nadie negará que el ser humano posee varias fuerzas, magnética, simpática, antipática, nerviosa, dinámica, oculta, mecánica, mental; en una palabra, toda clase de fuerza; y que las fuerzas físicas son todas biológicas en su esencia, puesto que se entremezclan y se funden con frecuencia con aquellas fuerzas que hemos llamado intelectuales y morales, siendo las primeras los vehículos, por decirlo así, los upâdhis, de las segundas. Nadie que no niegue el alma en el hombre, dudará en decir que la presencia y mezcla de aquellas, son la esencia misma de nuestro ser; que ellas constituyen, de hecho, el Ego en el hombre. Esas potencias tienen sus fenómenos fisiológicos, físicos, mecánicos, así como nerviosos, extáticos, clariauditivos y clarividentes, que son considerados y reconocidos ahora como perfectamente naturales, aun por la Ciencia misma. ¿Por qué habría de ser el hombre la única excepción en la Naturaleza, y por qué no pueden tener hasta los mismos Elementos sus Vehículos, sus Vâhanas, en lo que llamamos las fuerzas Físicas? Y sobre todo ¿por qué ha de llamarse “superstición” a tales creencias, así como a las religiones del pasado?. (D.S. II, 289-290).

Nosotros decimos y sostenemos que el **SONIDO**, por ejemplo, **es un poder oculto tremendo; una fuerza estupenda, cuya potencialidad más pequeña, cuando se dirige con conocimiento de lo Oculto**, no podría ser contrarrestada por la electricidad que engendraran un millón de Niágaras. Podría producirse un sonido de tal naturaleza, que elevase en el aire la pirámide de Cheops, o que hiciese revivir y comunicase nuevo vigor y energía a un moribundo, y hasta a un hombre que hubiese exhalado su último aliento.



Porque el sonido engendra, o más bien, congrega a los elementos que producen un *ozono*, cuya fabricación traspasa las facultades de la Química, si bien está dentro de la esfera de la Alquimia. Puede él hasta *resucitar* a un hombre o un animal cuyo “cuerpo vital” astral no haya sido separado de modo reparable de su cuerpo físico, por la ruptura del cordón ódico o magnético. Por haber sido *salvada de la muerte tres veces* por virtud de este poder, a la escritora bien puede concedérsele que conozca personalmente algo del mismo. (D.S. II, 436-437).

De aquí la enseñanza de los escoliadores católicos romanos, a saber: Que Hermón, el monte de la tierra de Mizpeth –que significa “anatema”, “destrucción”- es lo mismo que monte Armón. Como prueba de esto, cita muchas veces a Josefo afirmando que, aun en su tiempo, se descubrían en él diariamente enormes huesos de gigantes. Pero era la tierra de Balaam, el profeta a quien el “Señor amaba”. **Y tan mezclados están los hechos y personajes en el cerebro de los mencionados escoliadores, que cuando el *Zohar* explica que “las aves” que inspiraron a Balaam significan “Serpientes”, esto es, los Hombres Sabios y Adeptos en cuya Escuela había aprendido los misterios de la profecía, aprovechan de nuevo la ocasión para mostrar al Monte Hermón, habitado por los “dragones alados del Mal, cuyo jefe es Samael” -¡el Satán judío! Según dice Spencer:**

A estos espíritus impuros encadenados en el Monte Hermón del Desierto, fue enviado el chivo de Israel, el cual tomó el nombre de uno de ellos (Azaz (y) él).

No es así, decimos nosotros. **El *Zohar* tiene la explicación siguiente acerca de la práctica de la magia, la cual es llamada en hebreo Nehhaschim o las “Obras de las Serpientes”. Dice:**

Es llamada Nehhaschim, porque los magos (Kabalistas prácticos) trabajan *rodeados por la luz de la Serpiente Primordial*, que perciben en el cielo como una zona luminosa compuesta de miríadas de péqueñas estrellas.

Esto significa sencillamente la Luz Astral, llamada así por los Martinistas, por Eliphas Lévi, y ahora por todos los Ocultistas modernos. (D.S. III, 680-681).

Entre los indos era y aún es la magia más esotérica, si cabe que entre los sacerdotes egipcios. Tan por sagrada la tenían, que sólo la practicaban en casos de necesidad pública, y por ello las gentes no estaban muy seguras de que existiese. *Era mucho más que una materia de religión; pues se la*



consideraba (y todavía se la considera) divina. Los hierofantes egipcios, a pesar de supura y severa moralidad, no podían compararse con los ascéticos gimnósofos, en cuanto a santidad de vida y taumatúrgicas facultades en ellas desarrolladas por su sobrenatural renuncia a todo lo terreno. Quienes cercanamente los conocían, los reverenciaban en mucho mayor grado que a los magos de Caldea. “Se negaban la más mínima comodidad de vida y moraban en la eremítica soledad de las selvas”, mientras que sus hermanos egipcios al menos vivían en comunidad. No obstante el estigma con que se señala a magos y adivinos, la historia ha reconocido que poseían muy valiosos secretos de medicina y eran insuperablemente hábiles en su ejercicio. Se conservan numerosos libros de mahatmas indos, que dan prueba de su saber. A los eruditos escrupulosos, les parecerá simple especulación afirmar que los gimnósofos fueron los verdaderos fundadores de la magia en India, o que recibieron sus prácticas, en herencia, de los primitivos rishis (los siete sabios primievales). D.S. V, 30).

. . . Bernardo Díaz de Castilla, oficial de Hernán Cortés, da alguna idea del exquisito refinamiento, de la vida inteligente y potente civilización, así como de las artes mágicas, del pueblo que los españoles sometieron. Sus pirámides son como las egipcias, construidas según las mismas secretas reglas de proporción, denotando que la civilización y sistema religioso de los aztecas se deriva, en más de un aspecto, de la misma fuente que el de los egipcios y de sus antecesores los indos. En los tres pueblos se cultivaron en sumo grado los arcanos de la magia, o filosofía natural. Porque natural, y no sobrenatural, era todo lo concerniente a ella; y así lo consideraron muy acertadamente los antiguos, según demuestra lo que Luciano afirma de Demócrito, el “filósofo burlón”, diciendo:

No creía (en milagros); pero se aplicó a descubrir el procedimiento por el cual los taumaturgos los operan; en una palabra, su filosofía lo llevó a deducir que la magia se limitaba a imitar y aplicar las leyes operantes en la naturaleza.

¿Quién podrá calificar, pues, de superstición a la magia de los antiguos?

Sobre este particular tiene mucha importancia la opinión de Demócrito; pues fueron sus maestros los magos que Jerjes dejó en Abdera; y además, durante largo tiempo había aprendido magia de los sacerdotes egipcios.

Por espacio de noventa años, de los ciento nueve de su vida, hizo este gran filósofo experimentos comprobados por él, que fue anotando en un lugar, pues según Petronio *trataba de la naturaleza*. Y aunque no creía y rechazaba abiertamente los milagros,



afirmaba que podían tener aún los más *portentosos*, eran efecto de las “*ocultas leyes de la naturaleza*”.

Añádase a esto que Grecia, “última cuna de las ciencias y las artes”, y la India, semillero de religiones, fueron, y ésta lo es todavía, muy aficionadas al estudio y práctica de la magia; y ¿quién podrá aventurarse a considerarla indigna de estudio ni a negarle honores de ciencia?. (D.S. V, 33-34).

... Los simbologistas modernos sólo son agudos al ver emblemas sexuales de adoración fálica aun en lo que nunca tuvo tal significado; mas **para el verdadero estudiante de ciencias ocultas, la magia blanca o divina no puede existir en la Naturaleza sin el contrapeso de la negra, como no hay días sin noches, ya sean de doce horas o de seis meses de duración. Para él todo en la Naturaleza tiene algo oculto, un aspecto luciente y otro tenebroso.** Las pirámides egipcias y los robles drúidicos, los dólmenes y los árboles sagrados, plantas y minerales, todo entrañaba significación profunda y sacras verdades de sabiduría, cuando el archidruida practicaba sus curas y hechizos mágicos, cuando el hierofante egipcio evocaba el “amable espectro” de Chemnu, la femenina y fantástica creación de los antiguos, presentados para poner a prueba mediante la angustia la fortaleza de ánimo del candidato a la iniciación simultáneamente con el último y angustioso grito de su terrenal naturaleza humana. Verdaderamente la magia ha perdido su nombre y con él su derecho a que se la reconozca; pero subsiste en la práctica, según prueban de su progenie las conocidas frases de “influencia magnética”, “magia de la palabra”, “fascinación irresistible”, “auditorios subyugados como por hechizo”, y otras de la misma estirpe que todos emplean, aunque ignorante de su verdadero significado. (D.S, V, 42-43).

... Nadie estudiará provechosamente las ciencias ocultas a menos que se entregue a ellas en cuerpo, corazón y alma. Algunas de sus verdades son demasiado terribles y peligrosas para las mentes mediocres. No es posible jugar impunemente con tan tremendas armas. Por lo tanto, según dice San Pablo, es “ilícito” hablar de ellas; aceptemos el aviso, y hablemos tan sólo de lo lícito. Por otra parte, en la nota expuesta se refiere únicamente a la magia psíquica o espiritual. **Las enseñanzas prácticas de la ciencia oculta son completamente distintas, y pocos tienen el necesario vigor mental para recibirlas. El éxtasis y diversas clases de auto-iluminación puede alcanzarlos uno mismo, sin necesidad de iniciador ni maestro; porque el éxtasis se llega mediante el interno imperio y dominio del Yo sobre el ego físico; mientras que para adquirir mando sobre las fuerzas de la naturaleza, se necesita larga práctica**



o ser “mago de nacimiento”. Así, pues, a los que carecen de ambas cualidades requeridas, se les aconseja insistentemente que se limiten al **desenvolvimiento espiritual**. Pero aun este es difícil; porque la primera e indispensable condición es la inquebrantable creencia en los poderes propios y en el Dios interno; pues de otro modo se convertiría uno en un médium irresponsable.

En toda la literatura mística del mundo antiguo descubrimos la misma idea, espiritualmente esotérica, de que el Dios personal está dentro y no fuera del adorador. Esta Deidad no es vana palabra ni ficción caprichosa, sino una Entidad inmortal, el Iniciador de los iniciados, ahora que ya no habitan entre nosotros los iniciadores celestes (los *shishta* de los ciclos precedentes). (DS, V, 89-90)

Dual es el poder de la magia; y nada más fácil, por consiguiente, que **degenere en hechicería; para lo que basta un mal pensamiento. Así, pues, mientras el ocultismo teórico es inocente, y puede ser beneficioso, la magia práctica, el fruto del árbol de la Vida y del Conocimiento** (Algunos simbologistas, fundándose en la correspondencia de los números y los símbolos con las personas y cosas, dicen que estos “secretos” se refieren a los misteriosa de la generación. Pero en esto hay todavía algo más. El símbolo del “árbol del Conocimiento del Bien y del Mal” tiene sin duda un elemento fálico y sexual, análogo al de la “mujer y la serpiente”; pero también tiene un significado espiritual y psíquico. Los símbolos pueden admitir varios significados) **o sea la “Ciencia del bien y del mal”, está erizada de riesgos y peligros.** Para estudiar el ocultismo teórico hay, sin duda, varias obras de provechosa lectura, además de libros tales como *Las Fuerzas sutiles de la naturaleza, etc., el Zoar, Sefer Jettzirah, Libro de Enoch, Kábala de Franck* y muchos tratados herméticos. Si bien raras en las lenguas vulgares de Europa, abundan estas obras en latín, por haber sido sus autores los filósofos medievales a quienes generalmente se les llama alquimistas o rosacruces. Sin embargo, aun la lectura de estos libros puede perjudicar al estudiante desguiado, que los abra sin clave adecuada ni capacidad propia para distinguir los senderos diestro y siniestro de la magia. En este caso aconsejaríamos al estudiante que no emprendiese solo la tarea, pues acarrearía sobre él y lo suyos inesperados males y aflicciones, sin conocer su procedencia ni la naturaleza de los poderes que, despertados por su mente, gravitarían sobre su vida.

Muchas son las obras a propósito para los estudiantes adelantados; mas tan sólo pueden ponerse a disposición de discípulos “juramentados” o chelas, que han contraído el solemne y vitalicio compromiso, que les da derecho a protección y ayuda. En cualquier otro caso, la lectura de semejantes



obras, por bien intencionadas que sean, no pueden por menos de extraviar al incauto y conducirlo imperceptiblemente a la Magia Negra o Brujería, sino a algo peor.

Los caracteres místicos, las letras y guarismos, especialmente estos últimos, son la parte más peligrosa de cuanto se halla en la *Gran Kábala*. Y decimos peligrosa, por la suma rapidez de sus efectos, independiente o no de la voluntad del experimentador, y aun sin su conocimiento. Algunos estudiantes pueden dudar de la exactitud de esta afirmación, por cuanto, después de manipular estos números, no pudieron advertir ninguna terrible manifestación física. Tales resultados hubieran sido los menos peligrosos; la causas morales producidas y los varios acontecimientos sobrevenidos y acumulados en imprevistas crisis, atestiguarían cuán cierto es lo dicho, si los estudiantes profanos tuviesen al menos la facultad de discernir.

La rama especial de ocultismo conocida con el nombre de “Ciencia de las correspondencias” numéricas o literales tiene por epígrafe o punto de partida aquellos dos mal interpretados versículos de los cabalistas cristianos, según los cuales, Dios:

Ordenó todas las cosas en números, peso y medida.

Y que:

Él la creó en el Espíritu Santo, y la vio, contó y midió.

El ocultismo oriental tiene otro punto de partida: “la Unidad absoluta X, en el número y la pluralidad”. Tanto los estudiantes occidentales como los orientales de la Sabiduría Secreta, reconocen esta verdad axiomática. Pero los últimos la confiesan más sinceramente. En vez de encubrir su ciencia, la muestran a toda faz; por más que velen cuidadosamente su corazón y su alma ante las miradas incomprensivas del vulgo profano, siempre propenso a abusar con fines egoístas de las más sagradas verdades. Pero la Unidad es la base real de las ciencias ocultas, así físicas como metafísicas. Esto lo indica hasta el erudito cabalista occidental Elipahs Levi, no obstante sus aficiones un tanto jesuíticas. Dice así:

La Unidad absoluta es la suprema y final razón de las cosas. Por lo tanto esa razón no puede ser ni una ni tres personas; es la Razón por excelencia.

El significado de esta Unidad en la pluralidad, en Dios o en la Naturaleza, sólo puede descubrirse por métodos trascendentales, por los números, así como por las relaciones entre un alma y el Alma. Tanto en la *Kábala* como en la *Biblia*, los nombres tales como Jehovah, Adán Kadmon, Eva, Caín, Abel y



Enoch están más íntimamente relacionados, por correspondencias geométricas y astronómicas, con la Fisiología (o el falicismo), que con la Teología o la religión. Por poco que las gentes se hallen preparadas aún para admitirla, se mostrará la verdad de este hecho. Aunque todos aquellos nombres son símbolos de cosas ocultas, tanto en la *Biblia* como en los *Vedas*, difieren mucho sus respectivos misterios. **Los arios y los judíos aceptaron el lema de Platón: “Dios geometriza”;** pero mientras los primeros aplicaron su Ciencia de las correspondencias a velar las más espirituales y sublimes verdades de la Naturaleza, los últimos emplearon su ingenio en encubrir sólo uno (para ellos el más divino) de los misterios de la Evolución, a saber, el del nacimiento y la generación, divinizando después los órganos de esta última.

Aparte de esto, **todas las cosmogonías sin excepción se basan, entrelazadas e íntimamente se relacionan con los números y figuras geométricas. Un iniciado dirá que estas figuras y guarismos dan valores numéricos, basados en los valores integrales del círculo, llamado por los alquimistas “la secreta morada de la siempre invisible Divinidad”;** del mismo modo que darán otros símbolos relacionados con otros misterios, sean antropográficos, antropológicos, cósmicos, o físicos **“Relacionando las ideas con los números, podemos operar con ideas de la misma manera que con números, estableciendo así las matemáticas de la verdad”;** esto escribe un ocultista que muestra su gran sabiduría al desear permanecer desconocido.

Cualquier cabalista que conozca el sistema numérico y geométrico de Pitágoras, puede demostrar que las ideas metafísicas de Platón están basadas sobre los más estrictos principios matemáticos. Dice el *Magicon*: “las verdaderas matemáticas son algo que palpita en todas las ciencias; y las matemáticas vulgares no son sino ilusoria fantasmagoría, cuya muy encomiada infalibilidad se apoya únicamente en condiciones y referencias materiales...”

Tan sólo la teoría cosmológica de los números que Pitágoras aprendió en la India y de los hierofantes egipcios, es capaz de conciliar las dos unidades: materia y espíritu; de modo que por una de ellas se demuestra matemáticamente la otra. Tan sólo la combinación esotérica de los sagrados misterios del universo puede resolver el gran problema, y explicar la teoría de la irradiación y el ciclo de las emanaciones. Los órdenes inferiores, antes que desenvuelven en los superiores, han de emanar otros órdenes espirituales, para ser reabsorbidos en el infinito cuando alcanzan el punto de conversión.

En estas verdaderas Matemáticas se funda el conocimiento del Kosmos y de todos los misterios; y a quien las conozca, le será fácil comprobar que tanto la cosmogonía védica como la bíblica tienen por raíz la ley de “Dios en la Naturaleza” y “la Naturaleza en Dios”. Por lo tanto, esta ley, como cualquier otra eternamente fija e inmutable, sólo puede hallar correcta expresión en aquellas



purísimas y trascendentales Matemáticas de Platón, y especialmente en las aplicaciones trascendentales de la Geometría. *Revelada* (no rehuimos ni retiramos la palabra) a los hombres en esta forma, geométricamente simbólica, ha ido desenvolviéndose la Verdad en símbolos adicionales de invención humana, añadidos adrede para que la comprendieran mejor las gentes que, llegadas demasiado tarde a su ciclo evolutivo para participar del primitivo conocimiento, no podían entenderlas de otra manera. Pero no es culpa de las gentes, sino del sacerdocio (ávido en todo tiempo de dominación y poderío), el que, degradando las ideas abstractas, se haya representado en figura humana a los divinos seres que presiden y son guardianes y protectores de nuestro manvantárico período del mundo. (D.S. V, 97-102).

. . . Sepa el lector que las herméticas “Tres Matres” y las “Tres Madres” del *Sefer Jetzirah*, son la misma cosa; que no son divinidades infernales, sino la luz, el calor y la electricidad; y entonces quizá los hombres instruidos dejarán de despreciarlas. Logrado esto, los iluminados rosacruces podrán tener prosélitos aun en las mismas Academias, que con ello estarán mejor dispuestas que hoy a reconocer las antiguas verdades de la filosofía natural arcaica, especialmente cuando sus eruditos miembros se convenzan de que en lenguaje hermético, las “Tres Madres” con el símbolo de todos los agentes que tienen lugar propio en el moderno sistema de la “correlación de fuerzas”. (Sinesio cita libros de piedra, que él encontró en el templo de Menfis, en uno de los cuales estaba esculpida esta sentencia: “Una *naturaleza* se deleita en otra; una naturaleza domina a la otra; una naturaleza gobierna a la otra; y el conjunto de ellas son *una*”.

La inherente turbulencia de la materia está compendiada en la sentencia de Hermes: “La acción es la vida de Phta”. Orfeo llama a la naturaleza “la madre que engendra múltiples cosas”, y también la madre ingeniosa, mañera y hábil en invenciones). (D.S. V, 103).

Dice Reuven:

Todo cuanto Jámblico expone como teología, lo encontramos como historia en nuestros papiros.

Esto es muy importante para los ocultistas que defienden la antigüedad y genuino origen de sus documentos. Porque ¿cómo negar entonces la autenticidad y veracidad de las obras clásicas de los autores que escribieron sobre la magia y sus misterios, con el más reverente espíritu de admiración? Oigamos a Píndaro:

Feliz quien baja iniciado a la tumba, porque conoce la finalidad de su vida y el reino dado por Júpiter (los campos Elíseos).

Y a Cicerón:



La iniciación no solamente nos enseña a ser felices en esta vida, sino también a morir con esperanza en algo mejor.

Platón, Pausanias, Estrabón, Diodoro y muchos otros muestran su convencimiento del gran don de la iniciación. Todos los adeptos completos o parcialmente iniciados, participaron del entusiasmo de Cicerón.

Pensando Plutarco en lo que aprendiera en la iniciación, se consoló de la pérdida de su esposa. En los misterios de Baco había adquirido la certidumbre de que el espíritu es incorruptible y que hay un más allá. Aristófanes fue todavía más lejos y dijo: **“Cuantos participan de los misterios, llevan una vida pura, tranquila y santa, y mueren buscando la luz de los campos eleusinos (devakán), mientras que los otros sólo pueden esperar tinieblas (ignorancia) eternas.**

... Y cuando se considera la importancia que el estado daba a los misterios y a su debida celebración, garantizada en cuantos tratados estipulaba, se echa de ver hasta qué punto le ocupaban y preocupaban.

Fueron objeto de la mayor solicitud pública y privada; y así había de suceder, puesto que, según dice Döllinger, los misterios eleusinos eran como la eflorescencia de la religión griega, como la purísima esencia de todos los conceptos.

No sólo se rehusaba admitir en ellos a los conspiradores, sino a quienes no los denunciaban; a los traidores, perjuros y disolutos, hasta el punto de que pudo decir Porfirio: “En el momento de la muerte ha de estar nuestra alma como está durante los misterios, es decir, limpia de mancha, pasión envidia, odio y cólera”.

Verdaderamente, como dice De Mirville:

La magia era tenida por ciencia divina, que conducía a participar de los atributos de la misma Divinidad.

Herodoto, Tales, Parménides, Empédocles, Orfeo y Pitágoras aprendieron de los hierofantes egipcios la sabiduría divina, con el anhelo de resolver los problemas del universo.

Dice Filón:

Los Misterios revelaban las ocultas operaciones de la Naturaleza. Los prodigios realizados por los sacerdotes de magia teúrgica son tan auténticos, y su evidencia, si de algo vale el testimonio humano, tan irresistible, que por no confesar que los taumaturgos paganos sobrepusieron en milagros a los cristianos, supone Brewster en los primeros mayor idoneidad en ciencia físicas y filosofía natural. La ciencia tropieza con un dilema muy enojoso.



La “magia”, dice Psello, “era la última parte de la ciencia sacerdotal”. Investigaba la naturaleza, poder y cualidades de todas las cosas sublunares: de los elementos y sus partes, de los animales, de las plantas con su variedad de frutos, de las hierbas y de las piedras. En suma, exploraba la esencia y poder de todas las cosas. De aquí que produjera sus efectos. Fabricaba *estatuas* (magnetizadas), que procuraban la salud, y toda clase de figuras y objetos (talismanes), que lo mismo podían ser instrumentos de salud que de enfermedad. A menudo aparecía, por obra de magia, fuego del cielo para encender espontáneamente las lámparas, y las estatuas reían entonces”.

La afirmación de Psello, de que la magia fabricaba “estatuas que proporcionaban salud”, está hoy probada de modo que no puede tenerse por sueño, ni vano engreimiento de alucinados teurgistas. Como dice Reuven, ha llegado a ser “histórico” lo que se encuentra en el *papiro mágico* de Harris. Tanto Chabas como De Rouge afirman que:

En la línea decimoctava de este muy mutilado documento se encuentran las fórmulas relativas a la quiescencia del dios (Chons), manifestada por un movimiento comunicado a su estatua.

El abuso de poder, el del conocimiento y la ambición personal, condujeron muy frecuentemente a la magia negra a los iniciados egoístas y poco escrupulosos, de igual modo que las mismas causas dieron el mismo resultado entre los papas y cardenales de la Iglesia romana. El predominio de la magia negra, no la influencia del cristianismo como erróneamente se ha supuesto, es lo que determinó por último la abolición de los misterios. (D.S. V, 355-358).

En cierta ocasión, el Maestro nos había dicho (a los miembros del ashrama):

Vuestros cuerpos son de tal naturaleza que ni la tierra los puede sepultar, ni el agua ahogar, ni el fuego quemar. Mantened siempre una conciencia de síntesis, la síntesis de vuestro yo, vuestro ser. Los cuerpos son vuestros servidores y aliados, aumentad mediante la conciencia de síntesis la vibración de tales cuerpos y los espíritus de la tierra, del agua, del fuego, y del aire os obedecerán como maestros y señores que sois de sus vidas elementales. (DIARIO SECRETO DE UN DISCÍPULO –Vicente Beltrán Anglada- página 200).

En la escuela neoplatónica de Alejandría, fundada por Amonio (y que se propone como prototipo a la Sociedad Teosófica), se enseñaba teúrgia y



magia, como las habían enseñado Pitágoras y otros antes de él; pues, según dice Proclo, de las doctrinas de Orfeo, natural de la India y emigrado a Grecia, se derivaron todos los misterios posteriores.

Pitágoras aprendió en los misterios órficos lo que Orfeo enseñaba bajo alegorías ocultas; y Platón tuvo perfecto conocimiento de todo ello gracias a los escritos de Orfeo y Pitágoras.

Los filaiteos se clasificaban en neófitos e iniciados; y el sistema ecléctico estaba basado en tres principios fundamentales de puro carácter vedantino, a saber: una Esencia suprema, única y universal; la eternidad e indivisibilidad del humano espíritu; **y la teúrgia, que es el empleo de los mantrams.** Según hemos visto, tenían los filaiteos enseñanzas secretas o esotéricas como las demás escuelas místicas; y del mismo modo que los iniciados en los misterios, juraban guardar sigilo acerca de los dogmas ocultos, con la única diferencia de que entre los iniciados en los misterios, eran más terribles las penas impuestas al perjurio. Esta prohibición subsiste todavía no sólo en la India, sino entre los cabalistas judíos de Asia.

Uno de los motivos de tal sigilo debieron de ser las verdaderamente graves dificultades y fatigas del discipulado, y los peligros propios de la iniciación. El candidato moderno, como su predecesor de la antigüedad, ha de vencer o morir; si, lo que todavía es peor, no pierde el juicio. Sin embargo, ningún peligro hay para el que verídico, sincero y sobre todo altruista, está preparado a afrontar las tentaciones, de antemano:

Quien plenamente reconocía el poder de su espíritu inmortal y ni por un instante dudaba de su omnipotente protección, no tenía que temer. Pero ¡ay! Del candidato a quien el más leve temor físico (enfermiza criatura material) le hacía perder la fe en su invulnerabilidad. Sentenciado quedaba el que no tenía entera confianza en su fuerza moral, para aceptar la carga de estos terribles secretos.

En las iniciaciones neoplatónicas no había tales peligros. El egoísta y el inepto fracasaban en su propósito, y el fracaso era su castigo. Era el capital objeto: “La unión de la parte con el *Todo*”. El Todo era Uno, con innumerables nombres; pues aunque los arios le llamaban *Dui*, “el brillante Señor de los cielos”; los caldeos y cabalistas, *Iao*; los samaritanos, *Iabe*; los escandinavos, *Tuisco* o *Tiu*; los bretones, *Duw*; los griegos, *Zeus*; y los romanos, *Júpiter*, es el Ser, el Hacedor único y supremo, la inderivada e inagotable fuente de toda emanación, el eterno manantial de la vida, el inextinguible foco de luz eterna del que cada uno de nosotros lleva un rayo en la tierra.

Estos misterios, así como las reglas y métodos para producir el éxtasis, habían llegado a los neoplatónicos desde la India por conducto de Pitágoras



y posteriormente por el de Apolonio de Tyana. La divina Vidyâ o Gnosis tenía su brillante foco en Aryavarta, a donde desde el principio de los tiempos habían afluído los ígneos chorros de la Divina Sabiduría, hasta llegar a ser el centro del cual irradiaban por el mundo las “lenguas de fuego”. El *samâdhi* no es más que el sublime éxtasis o estado en que, como dice Porfirio,

Se nos revelan las cosas las cosas divinas y los misterios de la Naturaleza; el efluvio del alma divina que se comunica sin reservas al humano espíritu, el que realiza de este modo su unión con la Divinidad, capacitando el que habita en el cuerpo, para participar de la vida que no está en el cuerpo.

Así se enseñaban con el título de magia, todas las ciencias físicas y metafísicas, naturales o aquellas que consideran sobrenaturales los que ignoran la omnipresencia y la universalidad de la Naturaleza. “La magia divina convierte al hombre en Dios; la magia humana crea un nuevo diablo”. (D.S. V, 434-436).

... el Dragón-Logos de siete cabezas o septenario, se muestra que en el transcurso del tiempo ha estallado, por decirlo así, en *cuatro* partes heptánomas de veintiocho porciones. Cada semana tiene un carácter oculto distinto en el mes lunar; cada día de los veintiocho tienen sus características especiales; pues cada una de las doce constelaciones, ya sea separadamente o en combinación con otros signos, tiene una influencia oculta para el bien o para el mal. Esto representa la suma de los conocimientos que los hombres pueden adquirir en la tierra; sin embargo, pocos son los que la adquieren, y todavía menos son los sabios que llegan a la raíz del conocimiento simbolizado por el gran Dragón-Raíz, el Logos Espiritual de estos signos visibles. Pero aquellos que la alcanzan reciben el nombre de Dragones, y son los “Arhats de las Cuatro Verdades o de las Veintiocho facultades” o atributos, y siempre han sido llamados así.

Los neoplatónicos alejandrinos aseguran que para convertirse en un Caldeo o Mago verdadero, hay que dominar la ciencia o conocimiento de los períodos de los siete Rectores del Mundo, en quienes reside toda la sabiduría. Y a Jámblico se le atribuye otra versión que, sin embargo, no altera el significado, pues dice: Los asirios no sólo conservaron los anales de las siete y veinte miríadas de años, como Hiparco dice que hicieron, sino que igualmente lo verificaron de todo el apocatástasis y períodos de los Siete Gobernadores del Mundo.

Las leyendas de todas las naciones y tribus, ya sean civilizadas o salvajes, hablan de la creencia, en un tiempo universal, de la gran sabiduría y astucia de las Serpientes. Son “encantadoras”. Hipnotizan al pájaro con sus ojos, y hasta el



hombre mismo no puede, a menudo, dominar su influencia fascinadora; por lo tanto, el símbolo es de los más apropiados. (D.S. II, 184-185).

... Famosas fueron las bibliotecas españolas y de gran celebridad gozaron los árabes por sus profundos conocimientos en alquimia y otras ciencias. Por su parte, el Vaticano archiva incalculable número de manuscritos antiguos que, durante cerca de mil quinientos años, fueron acopiando los pontífices por confiscación de los bienes de las víctimas sentenciadas (Tal vez repliquen los católicos diciendo que casi siempre se quemaban los libros de hechicería con sus abominables autores; pero si el Vaticano quisiera hablar nos diría lo contrario, pues conoce ciertos escondrijos cuya entrada está hábilmente disimulada entre el profuso decorado de las paredes de la biblioteca, hasta el punto de que muchos pontífices no sospecharon siquiera su existencia. Seguramente que estos papas no fueron Silvestre II ni Benedicto IX ni Juan XX ni los Gregorios VI y VII ni tampoco el famoso Borgia de toxicológica memoria. No fueron amigos de los hijos de Loyola quienes permanecieron ignorantes de la sabiduría oculta).

Los anales de la magia señalan en las misteriosas soledades del claustro los más hábiles hechiceros, como Alberto el Magno, obispo de Ratisbona, insuperable en ese arte, y su discípulo Tomás de Aquino, el franciscano Rogerio Bacon y el benedictino Trithemio, abad del monasterio de Spanheim y maestro, amigo y confidente de Cornelio Agrippa. Durante la época en que por toda Alemania florecieron las mancomunadas hermandades de teósofos, con el fin de adquirir conocimientos esotéricos, bastaba captarse el favor de ciertos monjes para adelantar en las más importantes ciencias ocultas.

Todo esto nos lo dice la historia y no puede negarse fácilmente. Hasta la época de la Reforma practicó el clero sin mucho rebozo las diversas modalidades de la magia, y aun también fue cabalista y ocultista el famoso Juan Reuchlin. Tanto el clero regular como el secular practicaron extensamente el sortilegio de que ahora abominan (según se lee en la obra de lord Coke: *Instituciones*, pág \$\$, el Stat. 10 Jac. Calificaba el sortilegio de felonía, y el Stat, 12, Car II lo exceptuaba de los indultos generales por considerarlo arte de brujería. Sin embargo, en la *Vida de San Gregorio de Tours* se lee que San Agustín no desapruaba el sortilegio como medio de descubrir lo futuro, con tal que no se le den fines mundanos, y él mismo confiesa haber practicado este procedimiento de adivinación. Por este motivo distinguía el clero dos linajes de sortilegio: el *sortes sanctorum*, cuya práctica se reservaba exclusivamente para sí, y el *sortes praenestinae*, a que siguieron el *sortes homericoe* y el *sortes virgilianoe*, que fueron diputadas por abominable *paganismo* y culto diabólico cuando los practicaban los laicos).

Refiere Gregorio de Tours que para practicar los sortilegios, ponía el sacerdote la *Biblia* sobre el altar, y suplicaba al Señor que se dignase descubrir su voluntad y revelar lo futuro por medio de un versículo del texto. Gilbert de Nogent, autor del siglo XII, dice que en su época era costumbre



recurrir al sortilegio de *sortes sanctorum* en la consagración de los obispos para conocer el porvenir del consagrado. En cambio, según otros escritores, el concilio de Agda, celebrado el año 506, condenó el sortilegio de *sortes sanctorum*, con lo que vemos quebrantado el infalible magisterio de la Iglesia; pues no se sabe si erró al prohibir una práctica ejercida nada menos que por San Agustín, o si el error estuvo en practicar públicamente el sortilegio en la consagración de los obispos, a no ser que en ambos casos, a pesar de lo contradictorio, recibiera el Vaticano la inspiración directa de Dios. (Isis, III, 29-31)

Las más antiguas escuelas caldeas reconocían la naturaleza trina de Mithra. su dios solar, y la tomaron de los acadios a cuya raza pertenecían, según afirma Rawlinson aunque otros autores les dan filiación turania. Pero los acadios, sea cual sea su origen (Hay variedad de opiniones sobre el particular, pues unos asiríólogos les atribuyen la invención de los caracteres cuneiformes, otros los llaman sumerianos, y no faltan quienes digan que su lengua de la cual no quedan vestigios, fue el kasdeo, caldeo, protocaldeo, kasdoscita, etc.), instruyeron a los babilonios en los Misterios, cuyo lenguaje sagrado les enseñaron. **Los acadios eran una tribu aria de la casta de los brahmanes que hablaban el sánscrito védico** (Conviene recordar a este propósito que hace ya muchos años expuso el coronel Van Kennedy su opinión de que Babilonia fue un tiempo el foco de la influencia brahmánica y el asiento del idioma sánscrito), **y empleaban en los Misterios el mismo idioma sagrado que hoy usan los fakires e iniciados indos en sus evocaciones mágicas (Según Jacolliot, el *Agruchada-Parikshai* revela algo de las formulas de iniciación, pero nada dice respecto de las de evocación, pues aseguran algunos brahmanes que jamás se escribieron estas fórmulas, sino que se transmiten al oído y en voz baja, como también acostumbran los masones —El Espiritismo en el mundo, 108-.**

Este es el idioma que, desde tiempo inmemorial y aún hoy en día, emplearon los iniciados de todos los países. (Dicen los lamas del Tibet que en este idioma aparecen los misteriosos caracteres en las hojas y corteza del sagrado árbol *kunbum*).

Dice sobre ello Jacolliot (*El espiritismo en el mundo*, 108):

Aseguran también los brahmanes, sin que nos haya sido posible comprobar la aserción, que las evocaciones mágicas se pronunciaban en un idioma secreto que estaba prohibido traducir a las lenguas vulgares. Pudimos tomar al vuelo algunas palabras, tales como *l'rhom*, *h'hom*, *sh'hrúm* y *sho'rhim*, que son, en efecto, muy raras y no descubren parentesco con ningún idioma conocido.

Quienes han visto a los faquires y lamas en el rezo de himnos y evocaciones, saben que no se les entiende ni siquiera la pronunciación de lo que dicen, sobre todo cuando se disponen a realizar algún fenómeno. Se



les ve mover los labios sin oír palabra, y aun en el interior de los templos tan sólo dejan escapar un cauteloso cuchicheo. (Isis III, 64-65).

La Cuarta raza, los Atlantes, incluían en sus artes y ciencias la manifestación fenomenal de los Cuatro Elementos, que asumió así un carácter científico, y que atribuían con razón a la intervención inteligente de los Dioses Cósmicos. **La magia de los sacerdotes antiguos consistía, en aquellos tiempos, en dirigirse a sus Dioses en el propio lenguaje de éstos.**

El lenguaje de los hombres de la Tierra no puede alcanzar a los Señores. A cada uno debe hablársele en el lenguaje de su elemento respectivo.

Así dice el *Libro de las Reglas*, es una sentencia que, como se verá, encierra un sentido profundo, añadiendo la siguiente explicación de la naturaleza de ese lenguaje del elemento.

Está compuesto de SONIDOS, no de palabras; de sonidos, números y figuras. El que sepa combinar los tres, atraerá la respuesta del Poder director (el Dios-Regente del Elemento específico requerido).

Así, pues, ese “lenguaje” es el de los encantos o mantras, como los llaman en la India, siendo el sonido el agente mágico más potente y eficaz, y la primera de las claves que abren la puerta de comunicación entre los Mortales e Inmortales... (D.S. II, 280-281).

. . Demuestra el documento (determinados papiros pertenecientes a las llamadas colecciones de Harris y Anastasi) que en aquella época (siglo XV antes de J.C.) de “milagros” estaban incluidas también las momias en el número de contribuyentes. Todo absolutamente debía pagar impuestos; y por insolvencia del *Khu*, de la momia, le castigaba “el sacerdote con exorcismos propendientes a privarle de su libertad de acción”. ¡Qué era pues el *Khu*? Sencillamente, el cuerpo astral, o el área simulación del cadáver o momia; es decir, lo que los chinos llaman *Hauen*, u los indos *Bhût*.

Si un orientalista occidental lee hoy este papiro, de seguro lo tira con desprecio, atribuyendo el texto a la crasa superstición de los antiguos. **¡Verdaderamente maravillosa e inexplicable sería la estupidez y credulidad de naciones, por otra parte muy cultas y civilizadas, si durante millares de años, y en sucesivas épocas, hubiesen mantenido semejante sistema de mutuos engaños!; esto es, un sistema por el cual los sacerdotes engañaban al**



pueblo, los hierofantes a los sacerdotes, y los fantasmas, “frutos de la alucinación”, a los hierofantes. La antigüedad en peso, de Menes a Cleopatra, de manu a Vikramaditya, de Orfeo al último augur romano, debió de ser histórica a lo que se nos dice, si es que todo ello no era puro fraude. Vida y muerte estaban sometidas a la influencia de “conjuros” sagrados; y así apenas hay papiro, siquiera que sea un contrato de compraventa, o el más sencillo documento relativo a las ordinarias transacciones, en que no se mezcle magia blanca o negra. ¡Se diría que lo hacían los sagrados escribas de las orillas del Nilo con el propósito, para ellos estéril, de engañar y poner en zozobra mental a una futura y blanca raza de incrédulos, que no había nacido todavía! De un modo u otro, los papiros rebosan magia, como asimismo las estelas. **Además sabemos que el papiro no era tan sólo “una hoja lisa y apergaminada, hecha con las superpuestas capas de la materia leñosa de un arbusto”; sino que este mismo arbusto y los ingredientes y útiles empleados para fabricar el papiro, se preparaban por medio de un procedimiento mágico, según las instrucciones recibidas de los dioses, que habían enseñado este arte, como todos los demás, a los hierofantes sacerdotes.** (D.S. V, 339-340).

. . . Los khus o cuerpos astrales, eran de dos clases: 1ª Los justificados, es decir, los absueltos por el tribunal de Osiris, que gozaban de una segunda vida: 2ª Los culpables y condenados, que “habían de morir por segunda vez”. Esta segunda muerte no los aniquilaba, sino que los condenaba a vagar de una parte a otra para tormento de los vivos. Su existencia tenía fases análogas a las de la terrena, con la íntima relación entre vivos y muertos que se advierte en los ritos funerarios, exorcismos, oraciones y conjuros mágicos. (D.S. V, 349-350).

. . . Por incorrectas que sean las traducciones que de varios papiros egipcios hizo el vizconde de Rougé, tienen la ventaja de **evidenciarnos que tanto la magia negra como la blanca, se practicaron durante todas las dinastías. El Libro de los Muertos, muy anterior al Génesis, y demás libros del Antiguo Testamento lo demuestran en cada línea, pues lleno está de oraciones y exorcismos contra la nigromancia.** Osiris es el vencedor de los demonios aéreos, y el que adora implora su auxilio contra Matat, “cuyos ojos despiden la invisible flecha”. Esta “invisible flecha”, que procede el ojo del brujo o hechicero (esté vivo o muerto), y que “circula a través del mundo”, es lo que vulgarmente se llama mal de ojo, cósmico en su origen y terrestre en sus efectos en el plano microcósmico. Los cristianos latinos no pueden tildar esto de superstición; lo



mismo cree su Iglesia, en cuyo ritual hay una plegaria contra las “flechas que circulan en la obscuridad”. (D.S. V, 347-348).

La ciencia esotérica es, ante todo, el conocimiento de nuestras relaciones con la magia divina (en el sentido espiritual y secreto, la palabra magia significa “gran vida”, o sea vida *espiritual* y divina. La raíz es *magh*; en sánscrito *mahat*; en parsí *maz*; en griego *megas*; y en latín, todo lo cual significa “grande”), **inseparable de nuestros divinos Yoes** (Con la palabra Yoes se designa algo más que nuestro espíritu superior). **Por lo tanto, antes de explicar y poner ejemplos de estas relaciones, tal vez sea conveniente dar al estudiante idea exacta del pleno significado de la tan tergiversada palabra “magia”.** Muchos son los que ardientemente ansían estudiar ocultismo, pero muy pocos los que tiene idea, ni siquiera aproximada, de la ciencia oculta. Ahora bien, escasos estudiantes europeos o americanos pueden allegar provecho de las obras sánscritas ni aun de sus traducciones, que en su mayor partes son velos para los no iniciados. Por lo tanto, me propongo ofrecer a su atención demostraciones extraídas de las obras neoplatónicas cuya traducción es inteligible; y a fin de esclarecer lo hasta aquí obscuro, bastará poner en ello determinada clave. De esta manera podrán servir admirablemente a nuestro propósito ambas gnosís, precristiana y pos-cristiana.

Millones de cristianos conocen el nombre de Simón el Mago y lo poco que de él se dice en los *Hechos de los Apóstoles*; pero escasean los que han oído hablar de los confusos, fantásticos y contradictorios pormenores, que de su vida recuerda la tradición. La historia de sus pretensiones y de su muerte se halla tan sólo en los tendenciosos y casi quiméricos relatos de los Padres de la Iglesia, como Ireneo, Epifanio y Justino, y especialmente en el anónimo *Philosophumena*. Sin embargo, Simón el Mago es un personaje histórico; y el sobrenombre se lo dieron unánimemente todos sus contemporáneos, incluso los caudillos de la Iglesia cristiana, en significación de las taumatúrgicas facultades de que estaba dotado, sin distinguir si era mago blanco o mago negro. Esta distinción la hicieron luego en uno u otro sentido los cronistas, según se inclinaban al paganismo o al cristianismo.

En el sistema de Simón el Mago y de su discípulo y sucesor Menandro, descubriremos lo que la palabra “magia” significaba a la sazón para los iniciados.

Simón, como todos los demás gnósticos, enseñaba que nuestro mundo había sido formado por ángeles *inferiores*, a los que daba el nombre de eones, de los cuales sólo menciona tres grados, porque, según antes dijimos, era y es inútil enseñar nada de los cuatro superiores; y en consecuencia empieza él en el plano de los globos A y G. Su sistema se aproxima a la verdad oculta tanto como otro



cualquiera; de suerte que podemos examinarlo, así como también los conceptos que él y su discípulo Menandro tenían de la “magia”, para ver que significaban con esta palabra. Según Simón, todo lo creado culminaba en el Fuego. Era éste para él, como lo es para nosotros, el principio universal, la infinita potencia emanada de la oculta Potencialidad. El Fuego era la primieval causa del manifestado mundo de la existencia y tenía un dual aspecto, manifestado y secreto.

El aspecto secreto del Fuego está oculto en su aspecto objetivo, que del primero dimana (*Philosophumena*, VI, 9)

Así escribe Simón; lo que equivale a decir que lo vivible está siempre presente en lo invisible, y lo invisible en lo visible. **Esto era sólo nueva forma de la idea expuesta por Platón acerca de lo inteligible (*noêton*) y lo sensible (*aisthêton*), así como de las enseñanzas de Aristóteles sobre la potencia (*dunamis*) y el acto (*energeia*).** Según Simón, era inteligencia todo aquello de que se podía pensar y todo aquello sobre que se podía actuar. El Fuego lo contenía *todo*. Y como todas las partes del Fuego estaban dotadas de inteligencia y razón, eran susceptibles de desarrollo por emanación y extensión. Esta es precisamente nuestra doctrina del Logos manifestado, y las partes primordialmente emanadas son nuestros dhyans chohanes, los “Hijos de la Llama y del Fuego”, o eones superiores. El “Fuego” es el símbolo del activo y viviente aspecto de la naturaleza divina. En él subyace la “infinita Potencialidad en la Potencialidad”, que Simón llamaba lo “que existió, existe y existirá”, o la estabilidad permanente y la inmutabilidad personificada. Así se concretaba en acto la idea divina emanada de la potencia mental.

De aquí que las series de emanaciones primordiales del pensamiento engendran el acto, cuya madre es el aspecto objetivo del Fuego, y cuyo padre es el aspecto oculto. Simón llamaba sicigias (unidades pares) a estas emanaciones, porque emanaban de dos en dos, una como eón activo y otra como eón pasivo. Así emanaron tres pares (seis eones en total, que con el Fuego eran siete), a los cuales dio Simón los nombres siguientes: “Mente y Pensamiento; Voz y Nombre; Razón y Reflexión”, siendo el primero de cada par masculino, y el segundo femenino. De estos seis eones primordiales emanaban los seis del mundo intermedio. Pero veamos lo que dice el mismo Simón:

Cada uno de estos seis primitivos seres, contenía enteramente la ínfima Potencia de su progenitor; pero tan sólo en potencia y no en acto. Aquella Potencia había de actualizarse de conformidad con una *imagen*, a fin de que se manifestase en toda su esencia, virtud, grandeza y efectos; porque solamente entonces podría la emanada Potencia ser igual a su progenitor, la eterna e infinita Potencia. Por el contrario, si tan sólo hubiese



permanecido potencialmente en las seis Potencias, sin lograr actualizarse de conformidad con una imagen, entonces la Potencia se hubiera perdido (atrofiado) sin concretarse en acto (*Philosophumena*, VI, 12).

Ahora bien; ¿dan estas palabras a entender otra cosa, sino que para ser los eones iguales en todo a la infinita Potencia, habrían de imitarla en su acción, y ser a su vez principios emanadores, como su progenitor, para engendrar nuevos seres y transmutarse también en potencias activas? El directo resultado de este poder es producir emanaciones, tener el don de *kriyâshakti*, cuyo efecto depende de nuestra propia acción. Por lo tanto, este poder es inherente al hombre como lo es a los eones primordiales y aun a las secundarias emanaciones, puesto que así ellos como el hombre proceden del único y primordial principio, de la Potencia infinita. Vemos, pues, en el sistema de Simón el Mago, que los seis primeros eones, sintetizados por el séptimo, la Potencia progenitora, se actualizan y emanan a su vez seis eones secundarios, sintetizados en sus respectivos progenitores. En el *Philosophumena*, compara Simón los eones al “Árbol de la Vida”. Y en la *Revelación* (*La Gran Revelación*, atribuida a Simón), dice:

Se ha escrito que hay dos ramificaciones de los eones universales que no tienen principio ni fin, como dimanantes ambas de la misma raíz, la invisible e incomprensible potencialidad cuyo nombre es Sigê (el Silencio). Una de estas series de eones procede de arriba. Es esta la gran Potencia, la Mente universal (la ideación Divina o Mahat de los indos). Es masculina y regula todas las cosas. La otra procede de abajo. Es el gran Pensamiento manifestado, el eón femenino, engendrador de todas las cosas. Estas dos clases de eones se corresponden (literalmente, que se oponen en pares o hileras) mutuamente, se conjuntan y manifiestan la distancia media (la esfera o plano intermedio), el incoercible aire, que no tiene principio ni fin (*Philosophumena*, VI, 18).

Este “aire” femenino es nuestro éter o luz astral de los cabalistas; y por lo tanto, corresponden al “segundo mundo” de Simón, nacido del Fuego o principio de todas las cosas. Nosotros le llamamos la *Vida Una*, la omnipresente, infinita, inteligente y la divina Llama. En el sistema de Simón, este segundo mundo estaba gobernado por una Potencia, a la par masculina y femenina, activa y pasiva, buena y mala. De este Ser-Progenitor se dice que, como la Potencia infinita y primordial, “existió, existe y existirá”, mientras dure el Kosmos manifestado. Al emanar *en acto*, semejante a su propio progenitor, no era dual o andrógino. El pensamiento emanado de él llegó a ser semejante a su imagen o antetipo; el segundo fue entonces a su vez el primero (en su peculiar plano o esfera). Como dice Simón:

El Padre era uno; porque conteniendo en sí mismo el pensamiento, estaba sólo. Sin embargo, no era el primero aunque fuese preexistente; sino que manifestándose a sí mismo de sí mismo, llegó a ser el segundo (o dual). No fue llamado Padre hasta que el pensamiento le dio este nombre. Por lo tanto, desenvolviéndose de sí mismo por sí



mismo, se manifestó a sí mismo su propio pensamiento, y así también el pensamiento manifestado no se actualizó, sino que vio al Padre oculto en él, esto es, a la potencia oculta en sí misma. Y la potencia (*dunamis*) y el pensamiento (*epinoia*) son masculino-femenino; pero al corresponderse recíprocamente (porque la potencia en modo alguno difiere del pensamiento), son uno solo. Así en las cosas de arriba está la potencia, y en las cosas de abajo el pensamiento. Ocurre, por lo tanto, que si bien es uno lo manifestado por ambos, aparece doble, pues el andrógino lleva en sí mismo el elemento femenino. Así la mente y el pensamiento son inseparables uno de otro por ser uno, aunque aparezcan en dualidad.

Simón llama nous y epinoia, cielo y tierra a la primera Syzygia de las seis potencias y de la séptima que sintetiza el par; el elemento masculino mira abajo desde arriba y toma al pensamiento por su esposa, para que la tierra reciba los frutos intelectuales venidos del cielo y consanguíneos de la tierra (Id., I, 13).

Análogamente es emanada la tercera serie de seis eones, con el séptimo, su progenitor, que es el tercer mundo de Simón. **En todos los sistemas gnósticos resplandece este mismo concepto: el gradual descenso en la materia por semejanza. Esta es ley que se remonta al primordial ocultismo, o magia. Para los gnósticos, como para nosotros, esta séptima potencia que a las seis sintetiza, es el espíritu que alienta sobre las tenebrosas aguas del indiferenciado espacio. Es el Nârâyana o Vishnu de los indos, el Espíritu Santo de los cristianos. Pero mientras que en este último el concepto está condicionado y empuerqueñecido por limitaciones que requieren fe y gracia, la filosofía oriental afirma que el Espíritu penetra a todos los átomos conscientes o inconscientes.**

Ireneo completa la información acerca del ulterior desenvolvimiento de estos seis eones. Según él, separado el pensamiento de su progenitor y deduciendo de su identidad de esencia de éste, lo que había de conocer, engendró en el mundo intermedio (Cada mundo, consta de dos planos, el superior y el inferior, masculino y femenino. El último acaba por reunir en sí ambos elementos, y se transmuta en andrógino) inferiores jerarquías de ángeles, potestades, dominaciones y huestes de toda clase, las cuales a su vez crearon, o mejor dicho, emanaron de su propia esencia nuestro mundo con sus hombres y demás seres, de quienes vigilantemente cuida.

De aquí se sigue que todo ser racional (llamado hombre en el planeta Tierra) es de la misma esencia y posee potencialmente todos los atributos de los eones superiores, de los primordiales Siete. A él le compete desenvolver en acto por "limitación de la imagen del altísimo que ante sí tiene", la potencia de que está dotado su primario progenitor. Aquí podemos citar muy a propósito el pasaje siguiente:



Así, pues, según Simón, este glorioso e imperecedero principio está oculto en todas las cosas, pero en potencia y no en acto. Este principio es lo que “existió”, existe y existirá”, es decir, lo que existió arriba en no engendrada potencia; lo que existe abajo en la corriente de las aguas, engendrado en una imagen; lo que existirá arriba junto a la gloriosa e infinita Potencia, cuando se identifique con esta imagen. Porque según dice Simón hay tres eones permanentes sin los cuales nada de lo engendrado en las aguas a semejanza del progenitor sería, como es, un eón celestial y perfecto, en modo alguno inferior en pensar a la inengendrada Potencia. Así dicen los simonianos: “Yo y tú somos uno; ante mí te borras tú; yo estoy después de ti”. Según Simón, estas frases significan la Potencia una, dividida entre arriba y abajo, que se engendra a sí misma y se nutre a sí misma, y a sí misma se busca y se halla. Es su propio padre, madre, hermano, esposa, hija e hijo. Es lo Único, porque es la Raíz de todos los seres y de todas las cosas (*Philosophumena*, VI, 17).

De modo que, de este triple Eón, sabemos que el primero es el increado Atman, el poder que “existió, existe y existirá”; el segundo, engendrado en las tenebrosas aguas del espacio (el caos, o sustancia indiferenciada, nuestro Buddhi), de la imagen del primero en ellas reflejada, moviéndose sobre ellas; el tercer mundo (Manas en el hombre) quedará dotado con todos los poderes de esa eterna y onnipresente imagen si con ella se identifica. Porque:

Todo lo que es eterno, puro e incorruptible está oculto en todas las cosas, pero potencial y no actualmente.

Y además:

Todas las cosas son esta imagen, con tal que la imagen inferior (el hombre) ascienda en espíritu y pensamiento a la originaria Fuente y Raíz.

La materia, en su concepto de sustancia, es increada y eterna. Por esto, ni Simón el Mago, ni los maestros gnósticos, ni los filósofos orientales, hablaron de su origen. La “materia eterna” recibe sus varias formas en el eón inferior por obra de los ángeles creadores, o Constructores, como nosotros los llamamos ¿Por qué, pues, no podría hacer lo mismo el hombre directo heredero del supremo eón, por el poder de su pensamiento, nacido del espíritu? Esto es lo que se llama *kriyâshakti*, o el poder de producir formas en el plano objetivo, por la fuerza de la idea y de la voluntad, de la materia invisible e indestructible.

Verdaderamente dice Jeremías citando la “palabra del Señor”:

Antes de que te formase en el vientre te conocía; y antes de que salieras de la matriz te santifiqué (profecía de Jeremías, 1-5).

Porque Jeremías se refiere en este pasaje al hombre cuando todavía era un eón u hombre divino, lo mismo que dice Simón el Mago y la filosofía oriental. Los tres



primeros capítulos del *Génesis* son tan esotéricos como cuanto expusimos en el escrito I. Porque, según dice Simón (*Philosophumena*, VI, 14), el paraíso terrenal es la matriz, y el Edén es la región circundante. **El río que procedente del Edén regaba el jardín, es el cordón umbilical, dividido en cuatro partes, o sean las corrientes que de él fluían, los cuatro canales que sirven para nutrir el feto, es decir, las dos arterias y las dos venas por donde circula la sangre y proporcionan el aire respirable; pues como el feto está enteramente envuelto en el amnios, se alimenta por medio del cordón umbilical y recibe el aire (según Simón) por medio de la aorta** (Al principio hay los vasos omfalo mesentéricos, dos arterias y dos venas, que desaparecen después como el “área vascular” de la vesícula umbilical, de que proceden. Respecto a los vasos umbilicales, el cordón arrolla en sí de derecha a izquierda una sola vena umbilical que lleva al feto la sangre oxigenado a la madre, y dos arterias umbilicales o hipogástricas que llevan a la placenta la sangre impura del feto. Los vasos ofician así inversamente a cómo sucede en la vida extra uterina. De esta suerte corrobora la ciencia los conocimientos del ocultismo antiguo, pues en época de Simón el Mago, ningún hombre, excepto los iniciados, sabían absolutamente nada de Fisiología ni de la circulación de la sangre).

Hemos dicho todo esto para dilucidar lo que vamos a exponer. Los discípulos de Simón el Mago eran numerosos y aprendieron la magia de su maestro. Empleaban “exorcismos” (como les llama el Nuevo testamento), hechizos y filtros; creían en sueños y visiones, que producían a voluntad; y finalmente, sometían a su obediencia a los espíritus inferiores. **A Simón el Mago le apellidaban “el gran poder de Dios”, o literalmente, “la potencia de la deidad llamada Grande”. Lo que en su tiempo se llamaba Magia es lo que ahora llamamos Teosofía o Sabiduría, Poder y Conocimiento divinos.**

Menandro, discípulo directo de Simón, fue también un mago insigne. Dice Ireneo, entre otros escritores:

El sucesor de Simón fue el samaritano Menandro, que llegó al pináculo de la ciencia mágica.

Tenemos, pues, que tanto del maestro como del discípulo se asegura que alcanzaron el mayor grado de poder en el arte de encantamientos, cuyo logro atribuyen los cristianos a “la ayuda del demonio”; aunque sus “obras” eran idénticas a las que el *Nuevo Testamento* relata cómo milagrosas por divina virtud y se creen y aceptan como viniendo de Dios y por Dios. Pero cabe preguntar si los llamados “milagros” de “Cristo” y de los apóstoles han tenido alguna vez más acertada explicación que las mágicas proezas de los llamados magos y hechiceros. Por mi parte afirmo que nunca la tuvieron. Los ocultistas no creemos en fenómenos sobrenaturales; y los Maestros se sonríen al oír la palabra milagro. Veamos, pues, cual es el verdadero significado de la palabra Magia.



La fuente y la base de la magia esta en el espíritu y en el pensamiento, ya en el plano puramente divino, ya en el plano terrestre. Los que conocen la historia de Simón, pueden escoger entre las dos versiones, la de la magia blanca y la de la magia negra, que se dan a su unión con Elena, llamada por él su Epinoia (pensamiento). Los que, como los cristianos, tenían interés en desacreditar a su peligroso émulo, dijeron que Elena era una hermosa mujer de carne y hueso a quien Simón habían encontrado en un lupanar de Tiro, y que, según opinaban sus biógrafos, era la encarnación de Elena de Troya ¿cómo podía, pues, ella ser el pensamiento divino"? En el *Philosophumena* se atribuye a Simón el Mago la afirmación de que en los ángeles inferiores o terceros eones había elementos de mal a causa de su materialidad, y que el hombre, procedente de ellos, adolecía de este vicio de origen. ¿qué significaba esto Que cuando los terceros eones llegaron a poseer a su vez el pensamiento divino por la recepción del Fuego, en vez de crear al hombre como un ser completo, de conformidad con el plan del universo, no le comunicaron desde una principio la chispa divina (el pensamiento, o manas terrestre), y por ello el hombre insensato, es decir, desprovisto de mente, cometió el pecado original como milenios antes lo cometieran los ángeles, al negarse a procrear. Finalmente, después de retener los terceros eones a Epinoia (el pensamiento divino), prisionera entre ellos, y de infligirle toda clase de injurias y profanaciones, concluyeron por encerrarla en el ya corrompido cuerpo del hombre. Después de esto, según interpretan los enemigos de Simón, Epinoia pasó de uno a otro cuerpo femenino a través de los siglos y las generaciones, hasta que Simón la reconoció en el cuerpo de la “prostituta” Elena, la “oveja descarriada” de la parábola. Pintan a Simón como el Salvador bajado a la tierra para rescatar esta “oveja” y a los hombres en quienes Epinoia está todavía bajo el dominio de los Ángeles inferiores. De aquí que los mágicos hechos de Simón se atribuyan al efecto de sus relaciones sexuales con Elena y se consideren magia negra. Ciertamente, los principales ritos de esta clase de magia se basan en la repugnante interpretación literal de mitos, tan nobles como el ideado por Simón para simbolizar sus enseñanzas. Quienes lo comprendían perfectamente supieron que “Elena” significaba el matrimonio de nous (Atmâ-Buddhi) con Manas, la unión mediante la cual se identifican la voluntad y el pensamiento y quedan dotados de divinos poderes. Porque la pura esencia de Atman, el primordial, eterno y universal Fuego divino que “existió, existe y existirá”, pertenece a todos los planos. Buddhi es su vehículo o Pensamiento., generado por el “Padre” a quien también genera, y a su vez a la Voluntad. Ha existido, existe y existirá siempre, y en conjunción con Manas se convierte en los masculino-femenino tan sólo en esta esfera. De aquí que cuando Simón el Mago afirma de sí mismo que es el padre, el Hijo y el Espíritu, y dice que Elena es su Epinoia o pensamiento divino, simboliza con ello la unión de Buddhi con Manas. Elena representaba la *shakti*, o potencia femenina, del hombre interno.



Oigamos ahora a Menandro. Según él, los ángeles inferiores eran las emanaciones de Ennoia (el pensamiento proyectante). Ennoia enseñó a Menandro la ciencia mágica, junto con el arte de dominar a los ángeles creadores del mundo inferior, o sean las pasiones de la naturaleza inferior. Los discípulos de Menandro, una vez recibido el bautismo (la iniciación) de manos de su maestro, se decía adquirirían la “inmortalidad”, a despecho de la vejez, por “resurrección de entre los muertos” (véase Eusebio, *Historia Eclesiástica*, III, 26). Esta resurrección, prometida por Menandro, significaba simplemente el paso de las tinieblas de la ignorancia a las claridades de la luz, de la verdad, el despertamiento del inmortal espíritu del hombre a la interna e imperecedera vida. Tal es la ciencia de la magia divina, o Raja Yoga.

Cuantos conocen la filosofía neoplatónica, saben que sus principales representantes, como Plotino y especialmente Porfirio, combatieron la teúrgia fenoménica. Pero Jámblico, el autor de *De Mysteriis*, va más allá y explica el verdadero concepto de la palabra teúrgia, mostrándonos en ella la divina esencia del Raja Yoga.

La magia, según Jámblico, es una divina, excelsa y sublime ciencia, superior a toda otra.

Es eficaz medicina para todos... no tiene su fuente en el cuerpo ni se limita a las pasiones del compuesto humano ni a su constitución; sino que todo se deriva por ella de nuestros dioses superiores, de nuestros divinos Egos, que como un hilo de plata se remontan desde nuestra chispa interna al primieval Fuego divino (*De Mysteriis*, I, 100 y 109).

Jámblico abomina de los fenómenos físicos que, según dice, son producidos por malignos espíritus que engañan a los hombres (los fantasmas mediumnísticos), al paso que enaltece vehementemente la teúrgia divina, para cuyo ejercicio es indispensable ser “hombre de alma casta y acendrada moralidad”. La opuesta clase de magia es privativa de hombres impuros y egoístas, y nada tiene de divina. Los falsos profetas no hallaron jamás en sus comunicaciones nada que procediese de nuestros dioses superiores. **Así, la magia blanca o teúrgia consiste en el conocimiento del nuestro Padre (Yo superior), y la magia negra supone sujeción a la naturaleza inferior. La teúrgia requiere santidad de alma que desecha y excluye toda cosa corporal; la magia negra es la profanación del alma. La teúrgia es la unión con los dioses (con el propio Dios interno), y fuente de todo bien; la magia negra es el comercio con los demonios (elementales), y si no les dominamos nos dominan hasta arrastrarnos poco a poco a la ruina moral (mediumnidad).**

En resumen:



La teúrgia nos une más fuertemente con la divina naturaleza. Esta naturaleza se engendra por sí misma, actúa por medio de sus propios poderes, es inteligente, y lo mantiene todo. Es el ornamento del Universo, y nos incita a la inteligible verdad, a la perfección y a compartir la perfección con los demás. Tan íntimamente nos une a todos los actos creadores de los dioses, en proporción a la capacidad de cada cual, que luego de cumplir los sagrados ritos se consolida el alma en las acciones e inteligencia de los dioses, hasta que se identifica con ellas y es absorbida por la primordial y divina esencia. Tal es el objeto de las sagradas iniciaciones de los egipcios (*De Mysteriis*, cap. V, pág. 290, y cap. VII).

Después nos dice Jámblico como ha de realizarse la unión de nuestro Yo superior con el Alma universal, es decir, con los dioses. Al efecto, habla él del *manteia*, equivalente al *samâdhi*, o éxtasis supremo (*De Mysteriis*, cap. III, pág. 100). También habla del ensueño, que es visión divina cuando el hombre se transmuta nuevamente en Dios. Por medio de la teúrgia o Raja Yoga, logra el hombre los siguientes poderes: 1º Discernimiento profético mediante el Yo superior, que le revela las verdades del plano en que actúa; 2º Éxtasis e iluminación; 3º Acción en espíritu (en cuerpo astral o por medio de la voluntad); 4º Dominio sobre los demonios insensatos, inferiores (elementales), por la naturaleza misma de nuestros Egos purificados. **Todo esto requiere la purificación del ego; y así, según Jámblico, la magia no es ni más ni menos que la iniciación en la teúrgia.**

Pero antes es preciso educar los sentidos y conocer el Yo humano, en relación con el divino Yo. Hasta que el hombre no domina completamente este estudio, no será capaz de antropomorfizar lo “amorfo”, entendiendo por esta palabra los dioses superiores e inferiores, los seres mundanales y supramundanales, que los principiantes sólo pueden vislumbrar en sonidos y colores. Porque tan sólo los adeptos pueden ver a un “dios” en su verdadera y transcendental forma, de la que el discípulo (*chela*) únicamente percibe el aura. Las visiones de figuras completas, ocasionalmente percibidas por los médiums y los sensitivos, corresponden a cualquiera de las tres categorías siguientes, únicas que pueden ver: 1º Cuerpos astrales de hombres vivos; 2º Nirmânakâyas (Adeptos, ya de la derecha ya de la izquierda, cuyos cuerpos han muerto, pero que han aprendido a vivir en el invisible espacio, en sus etéreas personalidades); 3º Fantasmas, elementarios y elementales, revestidos de formas tomadas generalmente de la luz astral, o de figuras que se hallan en el “ojo de la mente” de los circunstantes o del mismo médium, y que se reflejan en sus respectivas auras.

Con lo dicho comprenderán mucho mejor los estudiantes la necesidad de conocer previamente las correspondencias entre nuestros “principios” (o diversos aspectos del trino hombre físico y espiritual), y nuestro paradigma, que es su raíz en el Universo. (D.S. V, 150-165).



. . . Lo que en anteriores capítulos dijimos acerca de los médiums y de la mediumnidad, no se funda en conjeturas, sino en directas observaciones y **personales** experiencias llevadas a cabo durante los últimos veinticinco años en la India, Tíbet, Borneo, Siam, Egipto, Asia Menor y ambas Américas, donde vimos variadísimos aspectos de los fenómenos mediumnísticos y mágicos. **La experiencia nos ha convencido profundamente en diversas lecciones de dos importantísimas verdades:** 1.^a, que el ejercicio de los poderes mágicos requiere indispensablemente pureza personal y voluntad recia; 2.^a, que los espiritistas jamás podrán estar seguros de la autenticidad de los fenómenos mediumnísticos, a no ser que se produzcan en pleno día y en tan rigurosas condiciones de comprobación que no consientan la más mínima tentativa de fraude.

A mayor abundamiento, añadiremos que, si bien por regla general las manifestaciones mediumnísticas de orden físico son obra de los espíritus de la naturaleza, sin otra finalidad que satisfacer su capricho, hay casos en que espíritus desencarnados de bondadosa índole se manifiestan, aunque *nunca se materializan personalmente*, cuando un motivo excepcionalmente poderoso, como por ejemplo, el anhelo de un corazón puro o el remedio de una necesidad urgentísima, les impele a dejar su radiante mansión para volver a la pesadísima atmósfera de la tierra.

Los magos y los teurgos se oponían resueltamente a la evocación de las almas. A este propósito dice Psello: “No evoques las almas, no sea que al mancharse retengan algo, ni tampoco poséis en ellas los ojos antes de iniciaros, pues con repetidos halagos seducen a los profanos” (oráculos caldeos).

Por su parte corrobora Jámblico esta opinión diciendo que “es sumamente difícil distinguir los demonios buenos de los malos”. Por otra parte, si un espíritu desencarnado penetra en la para él sofocante atmósfera terrestre, corre el riesgo de que “al salir *retenga* algo de ella”, es decir, que se mancille su pureza y le sobrevengan más o menos graves sufrimientos. Así, pues, el verdadero teurgo se guardará muy mucho de exponer a los espíritus desencarnados a nuevos sufrimientos, como no lo requieran en absoluto los intereses de la humanidad. Tan sólo los nigrománticos evocan a las impuras almas de cuantos, por haber llevado en la tierra una vida perversa, están prontos a ayudarles en sus egoístas propósitos.

Para ahuyentar a los espíritus malignos se valían los teurgos de ciertas sustancias químico-minerales, entre las que sobresalía por su eficacia la piedra



llamada *mnizurin* (Mnízourin). Dice un oráculo zoroastriano: “Cuando se te acerque algún espíritu terrestre, levanta el grito y sacrifica la piedra mnizurin” (Psello, 40), (Isis, II, 43-44).

. . Porfirio, discípulo personal de Plotino, es todavía más explícito al tratar de la naturaleza de los espíritus elementarios y dice a este propósito: “Los demonios son invisibles pero saben *revestirse* de variadísimas formas y figuras, a causa de que su índole tiene, mucho de corpórea. Moran cerca de la tierra, y cuando logran burlar la vigilancia de los demonios buenos, no hay maldad que no se atrevan a perpetrar, ya por fuerza, ya por astucia... Es para ellos juego de niños excitar en nosotros las malas pasiones, imbuir en las gentes doctrinas perturbadoras y promover guerras, sediciones y revueltas de que solemos culpar a los dioses... Pasan el tiempo engañando a los mortales y burlándose de ellos con toda suerte de ilusorios prodigios, pues su mayor ambición es que se les tenga por dioses o por espíritus desencarnados” (Porfirio “*De los sacrificios a los dioses y demonios*”).

Jámblico el insigne teurgo de la escuela neoplatónica, trata también de esta materia diciendo: “Los buenos demonios se nos aparecen en realidad, al paso que los malos sólo pueden manifestarse en *quiméricas y fantásticas formas*... Los buenos demonios *no temen la luz* mientras que los malos *necesitan tinieblas*... Las sensaciones que despiertan en nosotros nos hacen creer en la realidad de cosas verdaderamente ilusorias” (Jámblico “*Misterios egipcios*”. Aun los más expertos teurgos se exponen a error en su trato con los elementarios, y así nos lo demuestra el mismo Jámblico cuando dice: “Los dioses, los ángeles, los demonios y las almas de los muertos quedan obligados por medio de la evocación y las oraciones; pero es preciso tener mucho cuidado con no equivocarse en las prácticas teúrgicas, pues pudiera suceder que os figuraseis comunicar con divinidades benéficas que responden a vuestra fervorosa plegaria y ser, por el contrario, malignos demonios con apariencia de buenos. Porque los elementarios asumen frecuentemente semejanza de dioses y fingen categoría muy superior a la que realmente les corresponde. Sus mismas fanfarronadas los delatan” (Du Potet: “*La Magia revelada*”). (Isis, II, 58-59).

Porfirio relata algunos hechos repugnantes de autenticidad corroborada experimentalmente por los estudiantes de ocultismo. Dice así: “**El alma** (por regla general los autores antiguos llaman *almas* a las entidades humanas desencarnadas y malignas. También les daban el nombre de *larvas*. Los buenos se convertían en dioses al morir) **se apega después de la muerte al cuerpo en proporción a la mayor o menor violencia**



con que se separó de éste, y así vemos que muchas almas vagan desesperadamente en torno del cadáver y a veces buscan ansiosas los putrefactos restos de otros cadáveres y se recrean en la sangre recientemente vertida que parece infundirles por un momento vida material”

(Porfirio: *De los sacrificios* –Capítulo sobre el verdadero culto- Si algún espiritista dudare de las aseveraciones de este teúrgo, no tiene más que ensayar los efectos de la sangre humana recién vertida, en una sesión de materializaciones).

Por su parte dice Jámblico: “Los dioses y los ángeles se nos aparecen en paz y armonía. Los demonios malignos lo revuelven todo sin orden ni concierto. En cuanto a las *almas ordinarias* se nos aparecen muy raramente” (Jámblico *Misterios egipcios*).

A esto añadiremos el siguiente pasaje de Apuleyo: “**El alma humana (el cuerpo astral en este sentido) es un demonio al que en nuestro lenguaje podemos llamar genio. Es un dios inmortal, aunque ha nacido en cierto modo al mismo tiempo que el cuerpo en que habita. Por consiguiente, podemos decir que muere en el mismo sentido que decimos que nace. El alma nace en este mundo después de salir de otro mundo (anima mundi) en que tuvo precedente existencia. Así los dioses juzgan de su comportamiento en todas las fases de sus varias existencias y algunas veces la castigan por pecados cometidos en una vida anterior.** Muere luego de separada del cuerpo en que ha cruzado la vida como en frágil barquichuelo y ésta es, según creo, la oculta significación de aquel epitafio tan comprensible para el iniciado: *A los dioses manes que vivieron*. Pero esta especie de muerte no aniquila al alma, sino que la transforma en *larva*, es decir, los manes o sombras llamados lares en quienes honramos a las divinidades protectoras de la familia cuando se mantienen en actitud benéfica; pero cuando sus crímenes los condenan a errar se convierten en larvas y son el azote de los malos y el vano terror de los buenos” (Apuleyo: *Del Dios de Sócrates*, 143-145).

Tan explícitamente se expresa Apuleyo en este punto, que los reencarnacionistas apoyan en su autoridad la doctrina de que el hombre pasa por sucesivas existencias en este mundo hasta eliminar todas las escorias de su naturaleza inferior. Dice Apuleyo claramente que el hombre viene a este mundo procedente de otro cuyo recuerdo se ha borrado de su memoria. Así como de conformidad con el principio económico de la división del trabajo pasa un reloj de operario en operario hasta completar todas las piezas de su máquina en acabado ajuste, según el plan previamente trazado en la mente del mecánico, así también nos dice la filosofía antigua que el hombre concebido en la mente divina va tomando forma poco a poco en los diversos talleres de la fábrica del universo hasta culminar su perfección.



La misma filosofía nos enseña que la naturaleza nunca deja nada imperfecto, y si fracasa en el primer intento, lo reitera hasta triunfar. Cuando se desenvuelve un embrión humano, el plan de la naturaleza es que produzca un hombre físico, intelectual y espiritualmente perfecto. El cuerpo ha de nacer, crecer y morir; la mente ha de educarse, robustecerse y equilibrarse; el espíritu ha de iluminar mente y cuerpo de modo que con él se identifiquen. Todo ser humano ha de recorrer el “círculo de necesidad” para llegar al término de su perfección. Así como los rezagados en una carrera se afanan tan sólo al principio, mientras que el vencedor no para hasta alcanzar la meta, así también en la carrera del perfeccionamiento hay espíritus que se adelantan y llegan a la meta cuando los demás quedan detenidos por los obstáculos que les opone la materia. Algunos desdichados caen para no volverse a levantar y pierden toda esperanza de vencimiento, pero otros se levantan y empiezan de nuevo la carrera. (Isis, II, 72-74).

Psello refiere extensamente (*De Daemon*, cap. *Quomodo doem occupent*) cómo su cuñada fue poseída de un elementario y el horrible estado en que la sumió el poseedor hasta que la curó un exorcista extranjero, llamado Anafalangis, expulsando al maligno espíritu a fuerza de amenazarle con una espada. A este propósito da Psello una curiosa información de demonología que, según recordamos, es como sigue:

Los cuerpos de los espíritus son vulnerables con espada u otra arma cualquiera. Si les disparamos un objeto duro les causará dolor, y aunque la materia de sus cuerpos no sea sólida ni resistente, tienen sensibilidad, por más que no tengan nervios, pues también siente el espíritu que los anima; y así el cuerpo de un espíritu puede ser sensible tanto en conjunto como en cada una de sus partes, de suerte que sin necesidad de organismo fisiológico el espíritu ve, oye y siente todo contacto. Si partís por la mitad el cuerpo de un espíritu, sentirá dolor como si residiera en cuerpo de carne, porque dicho cuerpo no deja de ser material, si bien de tan sutil naturaleza que no lo perciben nuestros ojos... Sin embargo, cuando amputamos los miembros de un cuerpo carnal no es posible reponerlos, en su prístina disposición, mientras que inmediatamente de hendir a un demonio de arriba abajo vuelve a quedar tan entero como antes, como sucede cuando un cuerpo sólido atraviesa el aire o el agua sin dejar la más leve lesión. Mas a pesar de ello, los rasguños, heridas o golpes con que se vulnera el cuerpo de un espíritu le ocasionan dolor, y ésta es la razón de que a los elementarios les intimide la vista de una espada o cualquier arma cortante. Quien desee ver cómo huyen estos espíritus no tiene más que probar lo que decimos.

El demonólogo Bodin, uno de los científicos más eruditos de nuestra época, **es también de opinión que a los elementarios, así cósmicos como humanos, les aterroriza hondamente la vista de espadas y dagas. De igual parecer son Porfirio, Jámblico, Platón y Plutarco, quien trata repetidas veces de este particular. Los teurgos estaban perfectamente enterados de ello y obraban**



en consecuencia, pues sabían que el más leve rasguño lesionaba los cuerpos de los elementarios. (Isis II, 95-96).

Según relatan varios viajeros, las negras de la Guayana holandesa y las de la secta del *Obeah* sobresalen por su habilidad en la domesticación de las serpientes llamadas *amodites* o *papas*, a las que a veces las fuerzan a bajar de los árboles y seguirlas dócilmente.

Hemos visto en la India un monasterio de fakires situado a orillas de un estanque repleto de enormes cocodrilos que, de cuando en cuando, salían del agua para tomar el sol casi a los pies de los fakires, quienes, no obstante, seguían absortos en la contemplación religiosa. Pero no aconsejaríamos a ningún extraño que se acercara a los enormes saurios, porque sin duda les sucedería lo que al francés Pradin, devorado por ellos.

Jámblico, Heródoto, Plinio y otros autores antiguos refieren que los sacerdotes de Isis atraían desde el ara a los áspides, y que los taumaturgos subyugaban con la mirada a las más feroces alimañas; pero en esto les tachan los críticos modernos de ignorantes, cuando no de impostores, y el mismo vituperio lanzan contra los viajeros que en nuestra época nos hablan de análogas maravillas llevadas a cabo en Oriente. (Isis, II, 118).

Los caldeos, a quienes Cicerón disputa por los más antiguos magos del mundo, fundaban la magia en las internas facultades anímicas del hombre y en el conocimiento de las propiedades secretas de minerales, vegetales, y animales con cuyo auxilio llevaban a cabo asombrosos prodigios. La ciencia era entre los caldeos equivalente a religión o ciencia; pero los Padres de la Iglesia y otros expositores adulteraron los mitos mazdeístas en la repulsiva forma descrita por autores ultramontanos, como Des Mousseaux, quien afirma en una de sus obras la existencia de los demonios íncubos y súcubos de la edad Media, cuya abominable superstición, engendrada por el fanatismo epiléptico, tantas vidas humanas costó en aquella época. Estas quimeras no pueden tener realidad objetiva ni cabe atribuirles a la perversidad del diablo, so pena de suponer blasfemamente que Dios permite las malignidades del demonio. (Isis II, 214).

Antiguamente lo mágico era título de nombradía y distinción, pero hoy se ha corrompido su verdadero significado. En otro tiempo fue sinónimo de



honroso, respetable, instruido y docto. El clero ha convertido este título en epíteto degradante que el vulgo supersticioso aplica a los brujos embusteros, impostores y charlatanes que “venden el alma al diablo” y abusan de sus facultades psíquicas, sin advertir que Moisés fue mágico y al profeta Daniel se le llamó “príncipe de los magos, de los encantadores y agoreros”.

La palabra mágico se deriva etimológicamente de *magh, mah o mahâ* que significa grande y se aplicó a los sacerdotes versados en la ciencia esotérica.

La palabra Mago deriva de *Mag o Maha*, que significa grande. El Mahatma (gran alma) tenía en la India sacerdotes en los tiempos prevédicos.

Los magos eran sacerdotes del fuego, en Asiria, Babilonia y Persia. Los tres reyes magos que, según se dice, ofrecieron al niño Jesús oro, incienso y mirra, adoraban al fuego y eran también astrólogos, pues vieron la estrella de Belén. Al Sumo sacerdote parsi, residente en Surat, se le llama *Mobed*, palabra que algunos derivan de *Megh o Meh-ab* y significa grande y noble. Según Kleuker, a los discípulos de Zoroastro se les llamó *meghestom*. (Isis I, 54-55).

TEURGO. Palabra compuesta de *geoç* (dios) y *ergon* (obra). Jámblico fundó la primera escuela experimental de teurgia entre los neoplatónicos alejandrinos, en los albores del cristianismo; pero ya desde muy remotos tiempos se llamaban *teurgos* los sacerdotes egipcios, asirios y babilonios que invocaban a los dioses en los Misterios con propósito de dar manifestación visible a las entidades espirituales. Los teúrgos conocían las ciencias ocultas enseñadas en los templos. A los discípulos de la escuela neoplatónica de Jámblico se les llamaba teurgos, porque practicaban la magia ceremonial y evocaban los espíritus de los héroes, dioses y demonios *daimonia* (Daimonia o entidades de naturaleza divina). Cuando era preciso que un espíritu se manifestase visible y *tangiblemente*, el teúrgo había de suministrar de su propio cuerpo la materia suficiente para la materialización, por el misterioso procedimiento llamado *theopoea*, que conocen perfectamente los fakires modernos y los brahmanes iniciados. Esto mismo dice el *Libro de las Evocaciones* que se conserva en las pagodas, como demostración de que los ritos y ceremonias de la teurgia alejandrina eran idénticos a los de la antiquísima teurgia brahmánica.

Del *Libro de las Evocaciones* copiamos el siguiente pasaje:



“El *grihasta* (brahmán evocador) ha de purificarse de toda mancha antes de evocar a los pitris. Arregla el pebetero con sándalo, incienso y otros perfumes para trazar los círculos mágicos que su maestro le enseñara, y ahuyenta a los espíritus malignos. Hecho esto, detiene la respiración y solicita la ayuda del *fuego* para que disgregue su cuerpo.” Después pronuncia cierto número de veces la palabra sagrada y “su alma sale del cuerpo, el cuerpo desaparece y el alma del espíritu evocado, se infunde en el doble y lo anima”. Vuelve luego el alma del grihasta a entrar en su cuerpo cuyas partículas sutiles se han agregado nuevamente, después de formar con sus emanaciones un cuerpo aéreo para la manifestación del espíritu evocado.

El cuerpo del pitri queda constituido de este modo por las más puras y tenues partículas del cuerpo del evocador, y entonces puede éste, una vez cumplidas las ceremonias del sacrificio comunicarse verbalmente con las almas de los difuntos y de los pitris y preguntarles acerca de los misterios del Ser y de las transformaciones del *imperecedero*.

Antes de salir del santuario ha de apagar el pebetero y otra vez encenderlo para poner en libertad a los espíritus malignos que ahuyentó al trazar los círculos mágicos. La escuela neoplatónica de Jámblico discrepaba de la de Plotino y Porfirio en que si bien éstos creían en la teurgia, repugnaban su práctica por peligrosa.

Dice Bulwer Lytton: “Tanto la magia blanca o *teurgia*, como la negra o *goética*, estuvieron en mucho predicamento durante el primer siglo de la era cristiana”. Los filósofos cuya fama ha llegado hasta nuestros días sin la más tenue mancha, nunca practicaron otra magia que la blanca o teúrgica.

A este propósito, dice Porfirio: “**El que conoce la naturaleza de las *divinas y luminosas apariciones* (yasmata) sabe cuánto importa abstenerse de comer aves (alimentación animal), sobre todo para quienes anhelan libertarse de las cosas terrenas y reunirse con los dioses celestiales**”. Aunque Porfirio repugnaba las prácticas teúrgicas, nos cuenta, en su *Vida de Plotino*, que un sacerdote egipcio materializó al demonio familiar, ó, como ahora se dice, ángel custodio de Plotino, en presencia de éste y a instancias de un amigo suyo que, según opina Taylor, sería tal vez el propio Porfirio.

En definitiva, podemos dejar sentado que los teurgos evocan los espíritus de los héroes y los dioses y obran otros prodigios por virtud sobrenatural. (Isis I, 65-67).



Muy pocos cristianos comprenden la teología hebrea, si es que algo saben de ella. El *Talmud* es profundamente enigmático, aún para la mayor parte de los mismos judíos; pero los hebraístas que lo han descifrado, no se engríen de su erudición. Los libros cabalísticos son todavía menos comprensibles para los judíos, y a su estudio se dedican, con mayor asiduidad que éstos, los hebraístas cristianos. Sin embargo, ¡cuán menos conocida todavía es la cábala universal de Oriente! Pocos son sus adeptos; pero estos privilegiados herederos de los sabios que “descubrieron las deslumbradoras verdades que centellean en la gran Shemaya del saber caldeo” (Bulwer.- Zannoni) han solucionado lo “absoluto” y descansan ahora de su fatigosa tarea. No pueden ir más allá de la línea trazada por el dedo del mismo Dios en este mundo, como límite del conocimiento humano. Sin darse cuenta, han topado algunos viajeros con estos adeptos en las orillas del sagrado Ganges, en las solitarias ruinas de Tebas, en los misteriosamente abandonados aposentos de Luxor, en las cámaras de azules y doradas bóvedas cuyos misteriosos signos atraen sin fruto posible la atención del vulgo. Por doquiera se les encuentra, lo mismo en las desoladas llanuras del Sahara y en las cavernas de Elefanta, que en los brillantes salones la aristocracia europea; pero sólo se dan a conocer los desinteresados estudiantes cuya perseverancia no le permite volver atrás. El insigne teólogo é historiador judío Maimónides, a quien sus compatriotas casi divinizaron, para después acusarle de herejía, afirma que lo en apariencia más absurdo y extravagante del *Talmud*, encubre precisamente lo más sublime de su significado esotérico. Este eruditísimo judío ha demostrado que la magia caldea profesada por Moisés y otros taumaturgos, se fundaba en amplios y profundos conocimientos de diversas y hoy olvidadas ramas de las ciencias naturales, pues conocían por completo los recursos de los reinos mineral, vegetal y animal, aparte de los secretos de la química y de la física, con añadidura de las verdades espirituales que les daban tanta idoneidad en psicología como tuvieron en fisiología. No es maravilla, pues, que los adeptos educados en los misteriosos santuarios de los templos, obraran portentos en cuya explicación fracasaría la infatuada ciencia contemporánea. Es denigrante para la dignidad humana motejar de imposturas la magia y las ciencias ocultas, pues si hubiera sido posible que durante miles de años fuesen unas gentes víctimas de los fraudes y supercherías amañados por otras gentes, necesario sería confesar que la mitad de los hombres son idiotas y la otra mitad bribones. ¿En qué país no se ha practicado la magia? ¿En qué época se olvidó por completo?

Los Vedas y las leyes de Manú, que son los documentos literarios más antiguos, describen muchos ritos mágicos de lícita práctica entre los brahmanes (Véase el Código de Manú). Hoy mismo se enseña en el Japón y en China, sobre todo en el Tíbet, la magia caldea, y los sacerdotes de estos



países corroboran con el ejemplo las enseñanzas relativas al desenvolvimiento de la clarividencia y actualización de las potencias espirituales, mediante la pureza y austeridad de cuerpo y mente, de que dimana la mágica superioridad sobre las entidades elementales, naturalmente inferiores al hombre. En los países occidentales es la magia tan antigua como en los orientales. Los druidas de la Gran Bretaña y de las Galias la ejercían en las reconditeces, de sus profundas cavernas, donde enseñaban ciencias naturales y psicológicas, la armonía del universo, el movimiento de los astros, la formación de la tierra y la inmortalidad del alma (En varios pasajes de su *Historia Natural* se ocupa Plinio extensamente de los conocimientos de los druidas, y Pomponio asegura que estaban muy versados en las ciencias superiores). En las naturales academias edificadas por mano del invisible arquitecto, se congregaban los iniciados al filo de la media noche para meditar sobre lo que es y lo que ha de ser el hombre. No necesitaban de iluminación artificial en sus templos, porque la casta diosa de la noche hería con sus rayos las cabezas coronadas de roble y los sagrados bardos de blancas vestiduras sabían hablar con la solitaria reina de la bóveda estrellada (Plinio – *Historia Natural*, XXX).

Pero aunque el ponzoñoso hálito del materialismo haya consumido las raíces de los sagrados bosques y secado la savia de su espiritual simbolismo, todavía medran con exuberante lozanía para el estudiante de ocultismo, que los sigue viendo cargados del fruto de la verdad tan frondosamente como cuando el archidruida sanaba mágicamente a los enfermos y tremolando el ramo de muérdago segaba con su dorada segur la rama del materno roble. *La magia es tan vieja como el hombre* y nadie acertaría en señalar su origen, de la propia suerte que no cabe computar el nacimiento del primer hombre. Siempre que los eruditos intentaron determinar históricamente los orígenes de la magia en algún país, desvanecieron sus cálculos investigaciones posteriores. Suponen algunos que el sacerdote y rey escandinavo Odín fue el fundador de la magia unos 70 años antes de J.C.; pero hay pruebas evidentes de que los misteriosos ritos de las sacerdotisas *valas* son muy anteriores a dicha época (Muntaner – Sobre la antigua religión del Norte de Europa antes de Odín.- Memoria de la Sociedad de Anticuarios de Francia, II, 230).

Otros eruditos modernos atribuyen a Zoroastro las primicias de la magia apoyados en que fué el fundador de la religión de los magos; pero Amiano Marcelino, Arnobio, Plinio y otros historiadores antiguos, prueban concluyentemente que tan sólo se le debe considerar como reformador de la magia, ya de muy antiguo profesada por los caldeos y egipcios (Amiano Marcelino).

Los más eminentes maestros de las cosas divinas convienen en que casi todos los libros antiguos están escritos en lenguaje sólo entendido de los iniciados, y



ejemplo de ello nos da el bosquejo biográfico de Apolonio de Tyana, que, según saben los cabalistas, es un verdadero compendio de filosofía hermética con trasuntos de las tradiciones relativas al rey Salomón. Lo mismo que éstas, parece el bosquejo biográfico de Apolonio fantástica quimera, porque los acontecimientos históricos están cubiertos bajo el velo de la ficción. El viaje a la India, allí descrito, simboliza las pruebas del neófito, y sus detenidas conversaciones con los brahmanes, sus prudentes consejos y sus diálogos con el corintio Menipo, equivalen en conjunto, debidamente interpretados, a un catecismo esotérico. En su visita al país de los sabios, en la plática que sostuvo con el rey Hiarkas y en el oráculo de Anfiarao, se simbolizan muchos dogmas secretos de Hermes, cuya explicación revelaría no pocos misterios de la naturaleza. Eliphas Levi indica la sorprendente analogía entre el rey Hiarkas y el fabuloso Hiram, de quien recibió Salomón el cedro del Líbano y el oro de Ofir. Curioso fuera averiguar si los modernos masones, por mucha que sea su elocuencia y habilidad, saben quién es el *Hiram* cuya muerte juran vengar. (Isis I, 93-97).

. . . El Génesis la simboliza en “la haz de las aguas sobre que flotaba el espíritu de Dios”. El libro de Job (XXVI, 5), dice que “abajo de las aguas fueron formadas las cosas sin alma que habitan allí”; pero en el texto original, en vez de “cosas inanimadas” se lee los “muertos *rephaim*” (Gigantes poderosos, hombres primitivos en quienes la evolución descubrirá algún día el origen de nuestra raza). **En la mitología egipcia el Absoluto está simbolizado por una serpiente enroscada alrededor de una vasija, sobre cuyas aguas planea la cabeza en actitud de fecundarlas con su aliento. La serpiente es, en este caso, emblema de la eternidad y representa a *athodaimon* o espíritu del bien, cuyo opuesto aspecto es *Kakothodaimon* o espíritu del mal.** Los *Eddas* escandinavos dicen que durante la noche, cuando el ambiente está impregnado de humedad, cae el rocío de miel, alimento de los dioses y de las creadoras abejas *yggdrasillas*. Esto simboliza el pasivo principio de la creación del universo *sacado de las aguas*, y el rocío de miel es una modalidad de la luz astral con propiedades creadoras y destructoras. En la leyenda caldea de Berosio, el hombre pez, Oannes o Dagón, instruye a las gentes y les muestra el niño-mundo recién salido *de las aguas* con todos los seres procedentes de esta primera substancia. Moisés enseña que sólo la tierra y el agua pueden engendrar alma viviente, y en las Escrituras hebreas leemos que las hierbas no crecieron hasta que el Eterno derramó lluvia sobre la tierra. En el *Popol-Vuh* de los americanos, se dice que el hombre fue formado del limo de las aguas.

Según los Vedas, Brahmâ sentado en el loto forma a Lomus (el gran muni o primer hombre) de agua, aire y tierra, después de dar existencia a los



espíritus que, por lo tanto, tienen prelación sobre los mortales. Los alquimistas enseñaban que la tierra primordial o preadámica (*alkahest*) (Palabra inventada por Paracelso para denotar el disolvente de todas las sustancias) es como el agua clara, en la *segunda* etapa de su transmutación en sustancia primaria, que contiene todos los elementos constitutivos del hombre, no solo por lo que atañe a su naturaleza orgánica, sino también el latente “soplo de vida” dispuesto a la actuación vital ó, lo que es lo mismo, “el Espíritu de Dios flotante sobre las aguas” o “el caos”, que de este modo se identifica con la sustancia primaria. Por esta razón aseguraba Paracelso que era capaz de formar homúnculos, y el insigne filósofo Thales decía que el agua es el principio de todas las cosas de la naturaleza.

¿Qué es el caos primordial sino el éter de los físicos modernos tal como lo conocieron los filósofos antiguos mucho antes de Moisés? El caos es el éter de ocultas y misteriosas propiedades que contiene en sí mismo los gérmenes de la creación universal; el éter es la virgen celeste, madre espiritual de todas las formas y seres existentes, de cuyo seno, fecundado por el Espíritu Santo, surgen a la existencia la materia y la fuerza, la vida y la acción. A pesar de los recientes descubrimientos que van ensanchando los límites del saber humano, todavía se conocen muy incompletamente la electricidad, el magnetismo, el calor, la luz y la afinidad química. ¿Quién presume dónde termina la potencia o cuál es el origen de ese proteico gigante llamado éter?

¿Quién no echará de ver el espíritu que en él actúa y de él arranca las formas visibles? Fácil tarea es demostrar que todas las cosmogonías se fundan en los conocimientos de nuestros antepasados, en las ciencias que hoy día parecen haberse coligado en pro de la doctrina de la evolución; y tampoco es difícil demostrar que los antiguos conocían mucho mejor que nosotros la evolución en sus dos órdenes, físico y espiritual. Para los antiguos filósofos, la evolución era una doctrina axiomática, un principio que abarcaba el conjunto del universo, mientras que los científicos modernos aceptan la evolución bajo hipótesis especulativas de carácter *particular* cuando no *negativo*. Es inútil que los jerarcas de la ciencia moderna rehúyan el debate diciendo que la enigmática fraseología del relato mosaico no concuerda con la definida exégesis de las ciencias experimentales.

Por lo menos está fuera de duda que todas las cosmogonías contienen el símbolo de las aguas y del espíritu que las fecunda, cuyo significado está de acuerdo con el concepto científico de que el mundo no ha podido ser creado de la nada. Todas las leyendas cosmogónicas dicen que en el principio los vapores nacientes y las tinieblas cimerianas reposaban sobre las aguas dispuestas a ponerse en actividad apenas recibido el soplo del Irrevelado, a quien los sabios primitivos presentían,



aunque no vieses, porque su espiritual intuición no estaba tan entenebrecida como ahora, por sutiles sofismas. Si no determinaban con toda precisión el tránsito del período silúrico al de los mamíferos, pongamos por caso, y si la época cenozoica estaba representada por las diversas alegorías del hombre primitivo, del Adán de nuestra raza, no por ello hemos de inferir que los sabios de entonces y los caudillos de pueblos no supieran tan bien como nosotros la sucesión de las épocas geológicas.

En los días de Demócrito y Aristóteles, ya había comenzado el descenso del ciclo, por lo que si estos dos filósofos expusieron tan acertadamente la teoría atómica, y fijaron el punto físico del átomo, bien pudieron llegar sus antecesores más lejos todavía, y transponer en la génesis del átomo los límites donde Tyndall y otros parecen haberse atascado sin atreverse a cruzar la frontera de lo incomprensible. Las *artes perdidas* prueban suficientemente que si cabe hoy duda respecto a los progresos de nuestros primitivos antepasados en ciencias naturales, a causa de lo deficiente de sus tratados, eran mucho más expertos que nosotros en el aprovechamiento útil de plantas y minerales. Además, es probable que en aquellos tiempos de misterios religiosos conocieran a fondo la física del globo y no divulgaran su saber entre las ignorantes muchedumbres.

Sin embargo, no sólo de los libros mosaicos podemos extraer pruebas en apoyo de ulteriores argumentos, porque los judíos tomaron su ciencia sagrada y profana de los pueblos con quienes desde un principio estuvieron en contacto. Su más antigua ciencia, la cábala o doctrina secreta, descubre en todos los pormenores su origen de la primitiva fuente del Turkeistán, donde ya se cultivaba mucho antes de la época en que se deslindaron las naciones arias de las semitas. **El rey Salomón, tan celebrado por su sabiduría y ciencia mágica (Josefo – Antigüedades, VIII, 2-5), recibió este saber de la India por conducto de Hiram rey de Ofir y de la reina de Saba. Igualmente de origen indio es el anillo o “sello de Salomón”, al que las leyendas populares atribuyen potísima influencia en los genios y Demonios.** El reverendo Samuel Mateer, individuo de la “Sociedad Misionera de Londres”, al tratar de la presuntuosa y abominable habilidad de los “adoradores del diablo”, de Travancore, dice que posee un antiquísimo manuscrito en lengua malaya con infinitud de fórmulas é invocaciones mágicas para obtener gran variedad de resultados, en su mayoría de tenebrosa maldad.

. . . La figura de que se habla es idéntica al sello de Salomón o doble triángulo de los cabalistas, por lo que cabe preguntar si éstos lo recibieron en herencia de Salomón, quien a su vez lo tomó de los indos, o si éstos se lo apropiaron de los judíos cabalistas (Las exploraciones de los misioneros cristianos corroboran sin darse cuenta la opinión de los adeptos que contra el parecer de los cabalistas judíos asignan origen indo a la doctrina secreta. De India pasó este conocimiento a Caldea y de aquí a los hebreos tanaïmes).



Pero no emprendamos esta frívola discusión y continuemos tratando de la luz astral cuyas desconocidas propiedades revisten mucho mayor interés.

. . . Eliphas Levi, el mago moderno, concreta el concepto de la luz astral en la siguiente frase: “Para adquirir facultades mágicas se necesitan dos cosas: redimir la voluntad de toda servidumbre y ejercitarse en regularla”.

La voluntad soberana está simbolizada por la mujer que aplasta la cabeza de la serpiente y por el arcángel que mata bajo sus pies al dragón infernal. Las antiguas teogonías representaron en figura de serpiente con cabeza de toro, carnero o perro, el agente mágico, la doble corriente lumínica, el *fuego* viviente y astral de la tierra, cuyos símbolos diversos son: la doble serpiente del caduceo; la serpiente del paraíso; la serpiente de bronce de Moisés enroscada en el *tau* o *lingam* generador; el macho cabrío de los aquelarres sabatinos; el *bafo mete* de los templarios; el *hylé* de los agnósticos; la doble cola de serpiente del gallo solar de Abraxas; y finalmente el diablo de los católicos. Pero en su verdadero significado es la fuerza ciega contra la cual ha de prevalecer el alma para libertarse de las ligaduras terrenas, porque si su voluntad no las libra de “esta *fatal atracción*, quedarán absorbidas en la corriente de fuerza que las produjo y *volverán al juego central y eterno*”. Esta cabalística figura de dicción, no obstante su extraño lenguaje, es la misma que empleaba Jesús, para quien no podía tener significado distinto del que le daban agnósticos y cabalistas; pero los teólogos cristianos lo desvirtuaron para forjar el dogma del infierno. Literalmente significa dicho fuego la luz astral o principio generador y destructor de las formas. A este propósito dice Levi:

“Todas las operaciones mágicas consisten en desprenderse de los anillos de la serpiente y ponerle el pie encima de la cabeza para dominarla a voluntad. En el mito evangélico dice la serpiente: “Te daré todos los reinos de la tierra si postrado me adoras”. A lo que responde el iniciado: “No me postraré, antes bien tú caerás a mis pies. Nada puedes darme y haré de ti lo que me plazca. *Porque yo soy tu señor y dueño*”. Este es el verdadero significado de la ambigua respuesta de Jesús al tentador... Así, pues, el diablo no es una entidad, sino una fuerza errática como su nombre indica; una corriente *ódica o magnética* formada por una cadena de voluntades malignas, productora del espíritu diabólico, llamado *legión* en el Evangelio, que animaba a la piara de cerdos precipitados en el mar. Este pasaje es una alegoría de cómo las fuerzas ciegas del error y el pecado arrastran precipitadamente a la naturaleza inferior” Eliphas Levi – *Dogma y ritual de la alta magia* (Isis I, 253-261).



Los filósofos de la escuela de Ferécides enseñaban que el éter (Zeus o Zën) es el cielo superior o empíreo donde está el mundo superior cuya luz (astral) es la concentración de la substancia primaria.

Tal es el símbolo de la serpiente identificada más tarde con Satán por los cristianos. **Es el *Od*, *Ob* y *Aûr* de Moisés y de los cabalistas. Cuando la luz astral en estado pasivo actúa sobre quienes sin darse cuenta se ven arrastrados por su corriente es el *Ob* o pitón. Moisés se resolvió al exterminio de cuantos cedían a la influencia de las siniestras entidades que por todas partes nos rodean y se mueven en las ondas astrales como el pez en el agua, a las que Lytton llama “moradores del umbral” (espíritus elementarios). Pero se transmuta en *Od* tan pronto como lo vivifica el *flujo consciente* de un alma inmortal, porque entonces las corrientes astrales actúan bajo la dirección de un adepto o un hipnotizador cuya espiritual pureza les capacite para dominar las fuerzas ciegas.** En este caso, desciende temporariamente a nuestra esfera una elevada entidad planetaria de las que nunca encarnaron (aunque entre ellas las haya que han vivido en nuestro mundo) y purificando el ambiente circundante abre los ojos espirituales del sujeto y le infunde el don de profecía. **Por lo que atañe al *Aûr* designa ciertas propiedades ocultas del agente universal, que únicamente interesan a los alquimistas y en modo alguno al público en general.**

Anaxágoras de Clazomene, fundador del sistema filosófico homoiomeriano, creía firmemente que los elementos y arquetipos espirituales de todas las cosas procedían del éter sin límites, al cual se restituían desde la tierra. **Los indos divinizaron el éter (*akâska*) y los griegos y latinos lo identificaron con Zeus o Magnus, a quien Virgilio llama *pater omnipotens oeter*.**

Las entidades astrales o habitantes del umbral a que hemos aludido son los espíritus elementarios de los cabalistas (Porfirio y otros filósofos discurren sobre la naturaleza de estas entidades moradoras en el umbral. Generalmente son malévolos y falaces, aunque algunos hay inofensivos y dóciles, pero tan endeble que les cuesta mucho trabajo comunicarse con los mortales, cuyo trato apetecen constantemente. La malignidad de los primeros es inconsciente, porque como la ley de evolución espiritual no ha transmutado su instinto en inteligencia, tienen todavía latente la razón cuyas más elevadas luces son propias tan solo del espíritu inmortal) o los diablos de la iglesia cristiana. (Isis I, 288-289).

Dos linajes hay de magnetización: la simplemente *animal* y la trascendente. Esta última depende, por una parte, de la voluntad y aptitud del magnetizador, y



por otra, de las cualidades espirituales del sujeto y de su receptibilidad a las vibraciones de la luz astral. Pero no se tardará en reconocer que la clarividencia requiere mucha mayor voluntad en el magnetizador que receptividad en el sujeto, ya que éste, por positivo que sea, habrá de rendirse al poder de un adepto.

Si el magnetizador, mago o entidad espiritual dirige hábilmente la vista del sujeto, la luz astral iluminará sus más hondos arcanos, pues si bien es libro cerrado para quienes miran y no ven, está en cambio siempre abierto para los que *quieran* leer en él. Allí está anotado cuanto fue, es y será, y aun los más insignificantes actos de nuestra vida y nuestros más escondidos pensamientos quedan fotografiados en sus páginas eternas. Es el libro abierto por mano del ángel del Apocalipsis, el “libro de la vida” que sirve para juzgar a los muertos según sus obras. Es la *memoria de Dios*.

Dice Zoroastro, que en el éter están figuradas las cosas sin figura y aparecen impresos los pensamientos y caracteres de los hombres, con otras visiones divinas (Cory – *Oráculos caldeos*).

Vemos, por lo tanto, que así la antigua como la moderna sabiduría, los vaticinios y la ciencia corroboran unánimemente las enseñanzas cabalísticas. En las indelebles páginas de la luz astral se estampan nuestros pensamientos y acciones y aparecen delineados con pictórica vividez, a los ojos del profeta y del vidente, los acontecimientos futuros y los efectos de causas echadas hace tiempo en olvido. **La memoria, cuya naturaleza funcional es desesperación del materialista, enigma para el psicólogo y esfinge para el científico, es para el estudiante de filosofía antigua la potencia compartida con muchos animales inferiores, mediante la cual, inconscientemente, ve en su interior iluminadas por la luz astral las imágenes de pasados pensamientos, actos y sensaciones.** El estudiante de ocultismo no ve en los ganglios cerebrales “micrógrafos de lo vivo y de lo muerto, de lugares en que hemos estado y de sucesos en que hemos intervenido” (Draper -*Conflictos entre la Religión y la Ciencia*), sino que acude al vasto receptáculo donde por toda la eternidad se almacenan las vibraciones del cosmos y los anales de las vidas humanas. La ráfaga de memoria que según tradición representa a los naufragos las escenas de su vida pasada, como el fulgor del relámpago descubre momentáneamente el paisaje a los ojos del viajero, no es más que la súbita ojeada que el alma, en lucha con el peligro, da a las silenciosas galerías en que está pintada su historia con impalidecibles colores. Por la misma causa suelen sernos familiares ciertos parajes y comarcas en que hasta entonces no habíamos estado y recordar conversaciones que por vez primera oímos o escenas acabadas de ocurrir, según de ello hay noventa por ciento de testimonios. Los que creen en la reencarnación aducen estos hechos como otras tantas pruebas de anteriores existencias, cuya memoria se aviva



repentinamente en semejantes circunstancias. Sin embargo, los filósofos de la antigüedad y de la Edad Media opinaban que si bien este fenómeno psicológico es uno de los más valiosos argumentos en favor de la inmortalidad y preexistencia del alma, no lo es en pro de la reencarnación, por cuanto la memoria anímica es distinta de la cerebral. Como elegantemente dice Eliphas Levi: **“la naturaleza cierra las puertas después de pasar una cosa é impele la vida hacia delante”, en más perfeccionadas formas. La crisálida se metamorfosea en mariposa, pero jamás vuelve a ser oruga. En el silencio de la noche, cuando el sueño embarga los corporales sentidos y reposa nuestro cuerpo físico, queda libre el astral, según dice Paracelso, y deslizándose de su terrena cárcel, se encamina hacia sus progenitores y platica con las estrellas”**. Los sueños, presentimientos, pronósticos, presagios y vaticinios son las impresiones del cuerpo astral en el cerebro físico, que las recibe más o menos profundamente, según la intensidad del riego sanguíneo durante el sueño. Cuanto más débil esté el cuerpo físico, más vívida será la memoria anímica y de mayor libertad gozará el espíritu. Cuando después de profundo y reposado sueño sin ensueños se restituye el hombre al estado de vigilia, no conserva recuerdo alguno de su existencia nocturna y, sin embargo, en su cerebro están grabadas, aunque latentes bajo la presión de la materia, las escenas y paisajes que vio durante su peregrinación en el cuerpo astral. Estas latentes imágenes pueden revelarse por los relámpagos de anímica memoria que establecen momentáneos intercambios de energía entre el universo visible y el invisible, es decir, entre los ganglios micrográficos cerebrales y las películas escenográficas de la luz astral. Por lo tanto, un hombre que nunca haya estado personalmente en un paraje ni visto a determinada persona, puede asegurar que ha estado y la ha visto, porque adquirió el conocimiento mientras actuaba en “espíritu”. Los fisiólogos sólo pueden objetar a esto diciendo que en el sueño natural y profundo está la voluntad inerte y es incapaz de actuar, tanto más cuanto no creen en el cuerpo astral y el alma les parece poco menos que un mito poético. Blumenbach afirma que durante el sueño queda en suspenso toda comunicación entre cuerpo y mente; pero Richardson, de la Sociedad Real de Londres, redarguye acertadamente al fisiólogo alemán, diciéndole que se ha excedido en sus afirmaciones, pues no se conocen todavía a punto fijo las relaciones entre cuerpo y mente. Añadamos a esta opinión la del fisiólogo francés Fournié y la del eminente médico inglés Allchin, quien confiesa con entera franqueza que no hay profesión científica de tan insegura base como la medicina, y veremos que no sin justicia deben oponerse las ideas de los sabios antiguos frente a las de la ciencia moderna.

Nadie, por grosero y material que sea, deja de vivir en el universo invisible al par que en el visible. El principio vital que anima su organismo físico reside



principalmente en el cuerpo astral, cuyas partículas densas quedan inertes, mientras las sutiles no reconocen límite ni obstáculo. Bien sabemos que tanto los sabios como los ignorantes preferirán mantenerse en el prejuicio de que no es posible saber de dónde dimana el agente vital, antes de conceder ni un momento de atención a lo que llaman rancias y desprestigiadas teorías. Algunos objetarán desde el punto de vista teológico que el alma de los brutos no es inmortal, pues tanto teólogos como legos *confunden erróneamente el alma con el espíritu*. Pero si estudiamos a Platón y otros filósofos antiguos, advertiremos que mientras el cuerpo astral (Llamado por Platón *alma irracional* o porción más etérea de la naturaleza material) no pasa de tener una existencia más o menos larga después de la muerte física, el espíritu divino (impropiamente llamado *alma por* los teólogos) es esencialmente inmortal (Los hebraístas cultos comprenderán fácilmente la diferencia entre las dos palabras *-ruah* y *nepehesh*). Si el principio vital fuese algo independiente del cuerpo astral, no estaría de seguro la clarividencia en tan directa relación con la debilidad física del sujeto. Cuanto más profundo sea el sueño hipnótico y menos signos de vida se noten en el cuerpo físico, tanto más clara será la percepción espiritual, y tanto más penetrante la vista del alma que desprendida de los sentidos corporales actúa con incomparablemente mayor potencia que cuando le sirve de vehículo un cuerpo sano y vigoroso. Brierre de Boismont nos da repetidos ejemplos de ello en demostración de que los cinco sentidos son mucho más agudos en estado hipnótico que en el de vigilia. Estos fenómenos prueban incontrovertiblemente la continuidad de la vida siquiera por algún tiempo después de muerto el cuerpo físico.

Aunque durante nuestra breve estancia en la tierra pueda compararse el alma a una luz puesta debajo del celmín, no deja de brillar por ello y de recibir la influencia de espíritus afines, de modo que todo pensamiento bueno o malo atrae vibraciones de su misma naturaleza, tan irresistiblemente cómo el imán atrae las limaduras de hierro, en proporción a la intensidad de las vibraciones etéreas del pensamiento; y así se explica que un hombre se sobreponga imperiosamente a su tiempo y que su influencia se transmita de una a otra época por medio de las recíprocas corrientes de energía entre los mundos visible e invisible, hasta afectar a gran parte del género humano. Difícil sería determinar las lindes que en este punto han puesto a su pensamiento los autores de la famosa obra *El Universo invisible*, pero del siguiente pasaje podemos inferir que *no dijeron todo* cuanto pensaban. Dice así: “Sea como quiera, no cabe duda de que las propiedades del éter son en el campo de la naturaleza muy superiores a las de la *materia tangible*. Y como la índole de ésta, salvo en algunos pormenores de poca importancia, se halla *mucho más allá* de la penetración de las lumbreras científicas, no llevaremos



adelante nuestras disertaciones. Basta a nuestro propósito conocer los efectos del éter *cuya potencialidad supera a cuanto nadie ha osado decir*". (Isis I, 316-321).

Los filósofos iniciados en los Misterios decían que el alma astral es el incoercible duplicado del cuerpo denso, el *periespíritu* de los espiritistas kardecianos, o la forma-espíritu de los no reencarnacionistas. Sobre este duplicado o molde interno, se cierne el espíritu divino que lo ilumina como el sol a la tierra y fecunda el germen de las cualidades latentes. **El cuerpo astral está contenido en el físico, como el éter en una botella o el magnetismo en el imán. Es un mecanismo alimentado por el depósito universal de fuerza y sujeto a las mismas leyes que rigen todos los fenómenos de la naturaleza. Su inherente actividad produce las incesantes operaciones biológicas del organismo carnal, y cuando éste se desgasta por el uso, sale de él, porque es prisionero y no voluntario morador del cuerpo físico. La universal fuerza externa le atrae tan poderosamente que al gastarse la cáscara escapa de ella.** Cuanto más robusto, denso y grosero es el cuerpo físico, más largo es el encarcelamiento del astral; pero algunos nacen con organización a propósito para abrir la puerta que comunica con la luz astral, de modo que su alma se asome al mundo astral y se restituya después a su encierro. Los conscientes y voluntariamente capaces de ello, se llaman magos, hierofantes, videntes, profetas y adeptos, y los que sin voluntad ni conciencia propia tienen predisposición a actuar en el mundo astral por la influencia de un hipnotizador o de una entidad espírita se llaman medianeros o médiums. Cuando el cuerpo astral se libra de obstáculos, queda tan poderosamente atraído por la imánica fuerza universal, que a veces levanta consigo el estuche de carne y lo mantiene suspendido en el aire hasta que recobra su acción la gravedad de la materia.

Todo movimiento, sea de un cuerpo vivo o de un cuerpo inorgánico, requiere tres condiciones: voluntad, fuerza y materia, que pueden transmutarse de conformidad con el principio de la conservación de la energía dirigida, o mejor dicho, cobijada por la Mente divina de que tan insidiosamente se empeñan los escépticos en prescindir, pero sin cuya presidencia no se moverían los gusanillos en la tierra ni al beso de la brisa las hojas del árbol. Los científicos llaman leyes cósmicas a las modalidades de energía y de materia y las consideran inmutables é invariables en su acción; pero más allá de estas leyes hemos de inquirir la causa inteligente que al establecer el régimen infundió en ellas su conciencia. No es posible concebir una causa primera, una voluntad universal, Dios en suma, si no le atribuimos inteligencia. (Isis I, 342-343).



. . . Indefinidamente podríamos prolongar la lista de testimonios que desde Pitágoras a Eliphas Levi, sin distinción de categorías, **declaran que *el vicioso es incapaz de poderes mágicos*, pues únicamente “los limpios de corazón verán a Dios”, o lo que tanto vale, recibirán el divino don de curar las dolencias corporales bajo la segura guía de las entidades invisibles para apaciguar el conturbado ánimo de sus hermanos, porque no pueden manar aguas salúferas de emponzoñada fuente ni los dorados racimos maduran entre espinas ni los cardos dan regalado fruto. Para los limpios de corazón nada tiene de sobrenatural la magia, sino que es una ciencia de cuyas ramas no es la menor el exorcismo de malignos espíritus, tan cuidadosamente aprendido por los iniciados. A este propósito dice Josefo, que “la virtud de expeler los demonios del cuerpo humano es ciencia útil y saludable para los hombres”** (Antigüedades – VIII-2) (Isis I, 369).

Indudablemente, los aficionados al fenomenismo pueden alabarse de no pocas dotes, pero carecen de discernimiento espiritual. **El famoso clarividente norteamericano A. J. Davis descubrió en sus exploraciones por la *tierra vernal* unos seres llamados *diakas*, de quienes dice que se complacen extraordinariamente en las simulaciones, imposturas y trampas; que desconocen los sentimientos de justicia, filantropía, ternura y gratitud, y lo mismo son para ellos las palabras sagradas que las profanas, el amor que el odio, aparte de su loca afición a los lirismos y un egoísmo desenfadadísimo que les mueve a considerar la aniquilación como el término de toda vida que no sea la suya.** En reciente ocasión, uno de estos diakas se comunicó con el nombre de *Swedenborg* por mediación de una señora, y dijo: “Todo cuanto ha sido, es, será o puede ser, eso soy yo. La vida individual es tan sólo el conjunto de latidos pensantes que en su progresiva ascensión se precipitan en el corazón de la eterna muerte” (El diaka y sus víctimas. Explicación del aspecto falso y repulsivo del espiritismo).

Porfirio habla en sus obras (Un apasionado por los fenómenos dice que las obras de Porfirio se están apolillando como trastos viejos en los rincones del olvido) **de estos seres, y dice: “Con el directo auxilio de estos malvados demonios se llevan a cabo toda clase de hechicerías, y los hombres que con hechicerías dañan a sus semejantes tributan mucho honor a esos malvados demonios y especialmente a su caudillo** (El diaka que según Davis se comunicó con el nombre de *Swedenborg*; atribuyéndose el *yo soy*, se parece muy mucho a este caudillo de que habla Porfirio). **Pasan estos espíritus el tiempo engañándonos con multitud de**



ilusorios prodigios, pues ambicionan que se les tenga por dioses y a su caudillo por el supremo dios” (Porfirio – *De los buenos y malos demonios*).

No pocos médiums degradan hoy la antigua teurgia por no advertir que, como dice Jámblico, no es lícito entregarse a operaciones fenoménicas sin previos y prolongados ejercicios de purificación moral y física bajo la guía de un experto teurgo, pues con rarísimas excepciones, siempre que una persona enflaquece o engruesa en demasía o se levanta en el aire, está de seguro obsesa por espíritus malignos (Jámblico – *Misterios egipcios*, III-5).

Todo en este mundo tiene su coyuntura de lugar y tiempo, y aunque una verdad esté apoyada en las más incontrovertibles pruebas, no arraigará en las mentes a menos que se exponga en tiempo oportuno, como planta sembrada en la estación conveniente, y así dice con acierto Cooke que “la época ha de estar dispuesta”. Hace treinta años hubiera muerto esta modesta obra en el vacío por la índole de las materias en ella tratadas; pero hoy merece alguna atención lo que entonces se consideraba absurdo, porque los modernos fenómenos están comprobados científicamente y se reproducen con cada día mayor frecuencia, no obstante sus deficiencias y las burlas de los materialistas. **Por desgracia, si las manifestaciones psíquicas aumentan en su aspecto fenoménico, nada adelantan en el orden espiritual é intelectual, pues el discernimiento filosófico sigue siendo entre los amigos del fenómeno tan nulo como siempre.** (Isis I, 370-371).

Conocieron los alquimistas preparaciones especiales de oro, plata y mercurio, de índole parecida a las de nafta, petróleo y otros minerales combustibles, así como los aceites de alcanfor y de ámbar, el amianto (*lapis asbestos*), el ciprio (*lapis carystius*) y el creteo (*linum vivum*), que emplearon como combustibles de las lámparas perpetuas. Según los alquimistas, el oro es el mejor pábulo por su maravillosa llama, aparte de que entre todos los metales es el que menos se gasta al fundirse y reabsorbe su misma destilación aceitosa, según va ésta exhalándose, para alimentar de tal suerte su propia llama. Aseguran los cabalistas que Moisés aprendió este secreto de los egipcios y que la lámpara del tabernáculo era perpetua, según se infiere del siguiente pasaje:

Manda a los hijos de Israel que te traigan el aceite más puro de los árboles de olivas, sacado a mortero, para que arda siempre la lámpara (Éxodo, XXVII, 20).



También niega Liceto que las lámparas perpetuas contuvieran preparaciones metálicas, pero en cambio dice en la misma obra que un compuesto de mercurio, filtrado siete veces por arena blanca puesta al fuego, sirvió para fabricar lámparas que ardían continuamente. Por otra parte, tanto Maturancio como Citesio afirman que este resultado puede obtenerse por procedimientos químicos, pues el licor de mercurio fue ya conocido de los alquimistas, que le dieron los nombres de *aqua mercurialis*, *materia metallorum*, *perpetua dispositio*, *materia prima artis* y *oleum vitri* (Isis I, 382-383).

Si, por ejemplo, nos fijamos en la electricidad y magnetismo, que tan famosos hicieron los nombres de Franklin y Morse, veremos que, seiscientos años antes de nuestra era, descubrió Tales de Mileto las propiedades eléctricas del ámbar, sin contar con que las investigaciones de Schweigger sobre simbología demuestran plenamente que los mitos antiguos se apoyaban en la filosofía natural, y que ya conocían la electricidad y el magnetismo los teurgos de Samotracia, cuyos misterios eran los más antiguos de que hay noticia, según nos dicen Diodoro de Sicilia, Herodoto y Sanchoniaton (Tenemos prueba del conocimiento de los antiguos en un notabilísimo grabado de la obra de Rochette: *Monuments d'Antiquité figurés*, en que todas las figuras aparecen con los cabellos erizados como el dios Pan, menos la central figura del Kabir Demetrio, de quien emana la fuerza, y otra figura que representa un hombre arrodillado. Véanse a este propósito; Ennemoser, *Historia de la Magia*, II; Schweigger, *Introducción a la mitología según la historia natural*. En opinión de Schweigger, dicho grabado simboliza una escena de las ceremonias de la iniciación; sin embargo, no hace tanto tiempo que en las obras de filosofía natural empezaron a intercalarse dibujos cuyas figuras aparecían con la cabellera erizada en todas direcciones, bajo la acción del fluido eléctrico).

Demuestra Schweigger que las principales ceremonias religiosas de la antigüedad entrañaban conocimientos hoy perdidos de filosofía natural, y que la magia se entremezclaba en los misterios hasta el punto de que los milagros de los teúrgos gentiles, judíos o cristianos, indistintamente, derivaban de sus secretos conocimientos físico-alquímicos.

Por otra parte, Schweigger y Ennemoser han descubierto la simbólica identidad de los gemelos *Dioskuris* con los polos eléctricos y magnéticos, demostrando con ello el conocimiento que de las propiedades magnéticas tenían los sacerdotes antiguos. Según Ennemoser (*Historia de la Magia*, II), se ha demostrado que muchos mitos, cuya significación antes no se comprendía, son ingeniosas al par que profundas expresiones de principios genuinamente científicos. (Isis I, 390-391).



La actual generación, que sólo cree en el superficial testimonio de sus sentidos, no admitirá la atracción simpática entre animales, vegetales y aun minerales, porque el velo que entorpece su visión interna únicamente les permite percibir lo que no pueden negar. A esta incrédula generación tal vez le convenga el siguiente pasaje de Plotino: “Los hombres se despojan lamentablemente de su divinidad desde el momento en que desdeñan todo cuanto a los cielos se refiere y nada creen de lo que es digno del cielo. Así forzosamente enmudecen las voces divinas” (Taylor – Traducción de las obras selectas de Plotino, 533). Esto mismo significa el emperador Juliano al decir: “el alma mezquina del escéptico es en verdad aguda, pero nada percibe con perfecta y sana visión”.

Estamos a fines de un ciclo y en época notoriamente transitoria. Platón divide el progreso mental del universo en cada ciclo en dos períodos: fértil y estéril. Dice a este propósito que en las regiones sublunares permanecen los diversos elementos en perfecta armonía con la naturaleza divina, pero los seres que de dichos elementos participan, están unas veces en armonía y otras en discrepancia con la naturaleza divina, a causa de su entreveración con la materia terrena en los reinos del mal. Cuando las corrientes del éter universal (Llamadas “corrientes de luz astral”, por Eliphas Levi), que en sí entraña los elementos de todas las cosas, están en armonía con el espíritu divino, nuestro planeta y cuanto contiene disfrutan del período fértil. Las ocultas potencias de los animales, vegetales y minerales simpatizan mágicamente con las naturalezas superiores, y el yo inferior del hombre se armoniza perfectamente con el Yo superior. Pero durante el período estéril, el yo inferior agota su mágica simpatía y se entenebrece la visión espiritual de la mayoría de las gentes hasta el punto de perder toda noción de las elevadas potencias de su divino espíritu. Actualmente estamos en un período estéril. El siglo XVIII padeció altísima fiebre de escepticismo, cuya enfermedad heredó el siglo XIX. La mente divina está eclipsada en los hombres que razonan tan sólo con su cerebro físico.

Antiguamente era la magia una ciencia universal que tan sólo profesaban los sacerdotes ilustrados; pero aunque el foco de esta ciencia estaba celosamente custodiado en el santuario, sus rayos iluminaban el mundo. Si así no fuera, ¿cómo explicar la sorprendente identidad de tradiciones, leyendas, costumbres, creencias y adagios populares, que lo mismo se encuentran entre los lapones y tártaros del norte, que en los pueblos meridionales de Europa, en las estepas rusas y en las pampas americanas? A este propósito dice Taylor que la máxima pitagórica “no remuevas fuego con espada”, es popular entre gentes sin relación alguna étnica ni geográfica; pues según refiere Carpini, ya en 1246 la observaban los tártaros que en modo alguno consentirían en remover el fuego con arma de filo, por temor de “cortar la cabeza del fuego”. Del mismo temor



participan los kalmucos, y los abisinios preferirían meter los brazos desnudos hasta el codo entre brasas, antes que removerlas con hacha o cuchillo. Tyler dice que todos estos hechos son simples aunque curiosas coincidencias, y Max Müller opina, por el contrario, que entrañan en su fondo la doctrina pitagórica.

Las máximas de Pitágoras, como las de muchos autores antiguos, tienen doble significado, pues además del literal encubren un precepto, según explica Jámblico en su *Vida de Pitágoras*. La máxima: **“no remuevas el fuego con espada”** es el **noveno símbolo de los Protrépticos** que exhorta, a la prudencia y enseña **cuán conveniente es no avivar con duras palabras al encolerizado**. También corrobora Heráclito la verdad de este símbolo diciendo que “es difícil luchar contra la cólera, pero todo debe hacerse para redimir el alma. Y ciertamente es así, porque muchos, por satisfacer su cólera, han transmutado la condición de su alma y preferido la muerte a la vida. En cambio, quien refrena la lengua y permanece tranquilo, trueca en amistad la contienda, extingue el fuego de la cólera y da pruebas de buen juicio” (Jámblico – *Vida de Pitágoras* – Notas adicionales). (Isis I, 405-407).

. . . De la misma obra de Filaleteo entresacamos el siguiente pasaje: **“Por mi alma afirmo que la tierra es invisible, y no sólo esto, sino que el ojo del hombre no ve jamás la tierra ni puede ésta ser vista sin arte. El mayor secreto de la magia es hacer invisible este elemento... y este cuerpo feculento y grosero sobre que andamos, es un compuesto, y no la tierra, sino que en él está la tierra. En una palabra, que todos los elementos son visibles menos la tierra, y cuando alcancemos la necesaria perfección para saber por qué Dios ha puesto la tierra in abscondito, tendremos una excelente traza para conocer a Dios y saber cómo es visible y cómo invisible”** (Filaleteo. – *Magia adámica*, II. – Sin prueba alguna se da por cierto que los antiguos ignoraban la esfericidad de la tierra; pero no obstante el desconocimiento en que este hecho estuvieron los escritores exotéricos, no cabe duda de que, según atestigua Plutarco, ya en tiempo de itágoras se enseñaba secretamente en las escuelas y por declararlo públicamente fue Sócrates condenado a muerte. Además, como hemos repetido varias veces, la ciencia estaba por entonces refugiada en los santuarios y tan sólo se comunicaba a los iniciados. Prueba de que éstos conocían la esfericidad de la tierra, es la representación simbólica de *Kneph* (espíritu primordial), con un huevo en los labios para dar a entender que anima la tierra con su soplo. Y si los críticos no hallan ocasión de consultar *el Libro de los Números*, les remitiremos a la autoridad de Diógenes Laercio, quien afirma que Maneto enseñaba que la tierra tiene la figura de una bola. El mismo autor, refiriéndose probablemente al *Compendio de filosofía natural*, da las siguientes explicaciones de la doctrina egipcia: “El principio es materia Arch<n zeû eînai u7lhn, de la que se separan los cuatro elementos. La verdadera forma de Dios es desconocida, pero como el mundo tuvo principio ha de ser perecedero... La luna se eclipsa cuando cruza la sombra de la tierra (Diógenes Laercio. –“Proein, §§ 10, II). Por otra parte se sabe que Pitágoras enseñaba la



redondez de la tierra, que tenía movimiento de rotación y era un planeta como los demás. (Fenelon. – “Vidas de los filósofos”). El profesor Jowett, en la Introducción al *Timeo* de Platón, no obstante sus dudas al traducir la palabra *išlesqai* que bien puede significar “circuyendo” o “compacto”, se inclina a creer que Platón conocía el movimiento rotatorio de la tierra, según se infiere del siguiente pasaje: “La tierra, nuestra nodriza, *describe un círculo* alrededor del polo que se extiende a través del universo”. Pero en opinión de Proclo y Simplicio, entendía Aristóteles que dicha palabra del *Timeo* significa *voltear* o *girar*. (*De Coelo*). El mismo Jowett admite más adelante que Aristóteles atribuía a Platón la enseñanza del movimiento giratorio de la tierra (“Diálogo de Platón”. – Introducción al *Timeo*, 501, 502). Sería una enormidad decir que Platón ignorase tan elemental principio astronómico, siendo como era admirador de Pitágoras é iniciado en las secretas enseñanzas del insigne filósofo de Samos).

Muchos siglos antes de nacer los científicos contemporáneos había ya dicho Salomón: “Tu poderosa mano hizo el mundo de *materia informe*” (Libro de la Sabiduría, II, 27). Esta frase encierra cuanto pudiéramos decir; pero añadiremos que tal vez la materia informe, la tierra preadámica entrañe una “potencia” cuyo hallazgo regocijaría a Tyndall y Huxley.

Al descender de lo universal o lo particular, de la antigua teoría de la evolución planetaria a la evolución de la vida vegetal y animal, tan opuesta a las reacciones individuales de los seres, vemos anticipada la moderna teoría de la transformación de las especies en el siguiente pasaje de Hermes: “Cuando Dios hubo llenado sus potentes manos de cuanto en la naturaleza existe y la limita, exclamó sin abrirlas: “¡Oh tierra bendita! Sé la madre de todo para que nada necesites. Entonces abrió las manos derramando de ellas todo lo necesario para la formación de las cosas”. Aquí tenemos simbolizada la materia primaria en que latén potencialmente todas las futuras formas de vida y que la tierra es la madre de cuanto desde entonces brota de su seno. Más explícito es todavía Marco Antonio en su *Soliloquio*: **“La naturaleza se complace en mudar todas las cosas y revestirlas de nuevas formas. La materia es para ella como cera con que moldea toda clase de figuras, y si hace un pájaro lo convierte después en cuadrúpedo, o de una flor hace una rana, de suerte que se deleita en sus operaciones mágicas, como los hombres en las obras de su propia imaginación”** (Filaletio – *Magia adámica*). (Isis I, 416-417).

Dice una antiquísima leyenda inda, que enamorado Brahmâ Prajâpati de su propia hija Ushâs (Los cielos, Algunas veces la aurora), tomó la forma de ciervo (*ris'ya*) y la convirtió a ella en cierva, de modo que así se cometió el primer pecado de que fue culpable el mismo Brahmâ. Ante tamaña profanación, se aterrorizaron de tal manera los dioses, que asumiendo su más horrible aspecto, pues los dioses pueden tomar cuantas figuras quieran, formaron a Bhûtavan, el espíritu del mal, con propósito de aniquilar la *encarnación* del primer pecado, cometido por el



mismo Brahmâ. Al ver esto, Brahmâ–Hiranyagarbha (Los induistas dan también a Brahmâ el sobrenombre de *Hiranyagarbha*, que significa *alma unitaria*, mientras que *Amrita* es el alma suprema, la primera emanación de Brahmâ creador) se arrepintió profundamente y empezó a recitar los mantras de purificación. De su llanto cayó una lágrima, la más ardiente de cuantas de ojos brotaron, que al tocar en el suelo se convirtió en el primer zafiro” (*Rig Veda – Aitareya Brâhmana*). **Esta semi-popular y semi-sagrada leyenda denota que los indos, no sólo sabían que el azul era el color más eléctrico, sino que también conocían la influencia del zafiro y de otros minerales. Aparte de esto, dice Orfeo que con una piedra imán es posible influir en muchas personas reunidas; Pitágoras atribuye secreta importancia al color y naturaleza de las piedras preciosas; y Apolonio de Tyana enseñaba a sus discípulos las ocultas virtudes de estas piedras, y cada día del mes llevaba una sortija de distinta piedra, con arreglo a las leyes de la astrología judiciaria. Según los budistas, el zafiro tranquiliza el espíritu, serena el ánimo, aleja los malos pensamientos y tonifica el cuerpo, que son precisamente los efectos atribuidos por la moderna electroterapia a la acción de una corriente eléctrica con acierto dirigida. A este propósito dicen los budistas: “El zafiro abre puertas y casas cerradas para el espíritu del hombre; despierta el deseo de orar y entraña mayor paz que cualquiera otra alhaja. Pero quien la lleve ha de vivir pura y santamente”** (Marbod – *Liber lapid* –edición Neekmann). (Isis I, 429).

. . . A este propósito dice Psello: **“La magia era la parte superior de la ciencia sacerdotal y tenía por objeto investigar la naturaleza, potencias y cualidades de todas las cosas sublunares; de los elementos y sus compuestos; de los animales; de las plantas y sus frutos; de las piedras y hierbas; en una palabra, inquiría la esencia y potencia de todas las cosas. Los efectos de esta ciencia se resolvían en esculpir estatuas magnetizadas que tocaban los enfermos para recobrar la salud y en fabricar figuras y talismanes que lo mismo servían para provocar la enfermedad que para curarla. También por medio de la magia se hace aparecer frecuentemente fuego celestial que enciende las lámparas y hace sonreír a las estatuas”** (Taylor – *Pausanias*. Psello – Manuscritos del *Tratado de los demonios. Tratado de los misterios báquicos y eleusinos*).

No es extraño que los antiguos sacerdotes animaran mágicamente estatuas de piedra y metal, según aseguran fidedignos testimonios, cuando en nuestros tiempos es posible, gracias al descubrimiento de Galvani, mover las patas de una rana muerta y alterar los rasgos fisonómicos de un cadáver, de modo que sucesivamente denote alegría, ira, horror y las más variadas emociones.



El puro y celeste fuego del altar pagano era electricidad derivada de la luz astral, y por consiguiente, si las estatuas estaban preparadas al efecto, bien podían, sin sospecha de superstición, provocar la enfermedad o restituir la salud mediante contacto, como sucede hoy con los cinturones eléctricos. (Isis I, 451-452).

Puesto que estamos en terreno firme, adelantaremos otro paso diciendo que el mismo conocimiento y dominio de las fuerzas ocultas, por cuya virtud deja el fakir su cuerpo para volver después a él y dio a Jesús, Apolonio y Elíseo el poder de resucitar muertos, facultaba a los hierofantes para infundir vida, movimiento y palabra en una estatua. Por este mismo conocimiento de las fuerzas ocultas, en cuyo número entra la vital, pudo Paracelso formar homúnculos y Aarón convertir su vara, ya en serpiente, ya en vástago florido, y Moisés afligir con plagas a Egipto y el teurgo egipcio de hoy vivificar la pigmea mandrágora. Los cínifes y las ranas de Moisés no son ni más ni menos maravillosas que las bacterias de los biólogos modernos.

Pero comparemos ahora la actuación de los antiguos taumaturgos y profetas con la de los modernos médiums que pretenden reproducir cuantas modalidades fenoménicas registra la historia de la psicología. Si nos fijamos en la levitación y sus condiciones manifestativas, echaremos de ver que en todo tiempo y país hubo teurgos, paganos, místicos, cristianos, fakires, indos, magos, adeptos y médiums espiritistas que en estado de trance o éxtasis permanecieron durante mucho rato suspendidos en el aire.

Tan incontrovertiblemente está atestiguado este hecho, que no hay necesidad de nuevas pruebas, tanto de las manifestaciones inconscientes de los médiums irresponsables, como de las conscientes de los hierofantes y adeptos de magia superior. Cuando aun apuntaba la actual civilización europea, ya era antigua la filosofía oculta y los herméticos habían inferido los atributos del hombre por analogía con los del Creador. Posteriormente, algunos hombres eminentes cuyo nombre fulgura en la historia espiritual de la humanidad, dieron pruebas personales de la inconcebible alteza a que en su educación pueden llegar las divinas facultades del microcosmos.

Dice sobre esto Wilder.

Enseñaba Plotino que el amor impele al alma hacia la intimidad de su origen y centro, el eterno Bien. Los ignorantes no aciertan a descubrir la belleza que por sí misma atesora el alma, y la buscan en el mundo exterior; pero el sabio siente la belleza en lo íntimo de su ser, concentra la atención en sí mismo, y desenvolviendo la idea de belleza de dentro a fuera, se eleva hasta la divina fuente de su interno raudal. Lo infinito no puede comprenderse por la razón, sino por otra facultad superior cuyo ejercicio nos transporta a



un estado en que dejando de ser hombres finitos, participamos directamente de la esencia divina. Tal es el estado de éxtasis (Wilder: *Doctrinas de la escuela de Alejandría y sus principales maestros*).

...Apolonio de Tyana veía lo pasado, presente y futuro como ante un límpido espejo, y esta facultad es la que pudiéramos llamar *fotografía espiritual*, pues el alma es la cámara que registra los sucesos pasados, presentes y futuros, de modo que todos por igual los abarque la mente. Más allá de nuestro limitado mundo, no hay sucesión de días, porque todo es como un solo día, y lo pasado y lo futuro coinciden con lo presente (Wilder: *Neoplatonismo y alquimia*).

Estos hombres divinos ¿eran médiums como pretenden los espiritistas de escuela? No por cierto, si se entiende por médium la persona cuyo organismo morbosamente receptivo facilita el desarrollo de condiciones subordinadas a la influencia de los espíritus elementarios y elementales.

En cambio eran médiums si entendemos por tales a cuantos cuya magnética aura sirve de medio actuante a las entidades espirituales de las esferas superiores. En este sentido toda persona humana puede ser médium (Conviene tener siempre en cuenta esta distinción para evitar deplorables confusiones)

La verdadera mediumnidad se educa en unos individuos espontáneamente, en otros necesita influencias extrañas que la eduzcan y en la mayoría de los casos queda en estado potencial. El aura del individuo está en función recíproca de sus facultades mediumnísticas. Todo depende del carácter moral del médium. El aura puede ser densa, turbia y mefítica de modo que repela a las entidades superiores para atraer únicamente a las de ínfima condición que allí se gocen como el cerdo entre inmundicias; o por el contrario puede ser sutil, diáfana, pura y reverberante como el rocío de la mañana. Estos celestiales nimbos circuían a hombres tales como Apolonio, Jámblico, Plotino y Porfirio cuyas almas, en perfecta identidad con sus espíritus por efecto de la santidad de vida, atraían las influencias benéficas e irradiaban efluvios de bondad que repelían las malignas. No sólo se asfixian las entidades inferiores en el aura de un taumaturgo, sino en las de cuantos reciben la influencia de él, sea por cercanía eventual o por voluntad deliberada. Esto es *mediación* y no *mediumnidad*. Un hombre tal no es *médium* sino *medianero* y templo del Dios vivo; pero si la pasión o los malos pensamientos y deseos profanan el templo, se convierte el *medianero* en *nigromántico*, porque se retiran entonces las entidades puras y acuden las malignas. **Sin embargo, también en este caso hay *mediación* y no *mediumnidad*, pues tanto el *mago negro* como el *mago blanco* determinan conscientemente su aura y por su propio albedrío atraen a las entidades afines.**



La mediumnidad, por el contrario, es inconsciente, pues el aura del médium puede modificarse por circunstancias independientes de su voluntad, de modo que provoque, favorezca o determine manifestaciones psíquico-físicas de carácter ya benéfico, ya maligno. La mediación y la mediumnidad son tan antiguas como el hombre. La segunda es sinónima de *obsesión y posesión*, pues el cuerpo del médium se somete al dominio de entidades distintas del Ego inmortal. Así lo demuestran los mismos médiums, que se enorgullecen de ser fieles esclavos de sus guías y rechazan indignados la idea de normalizar las manifestaciones. Esta mediumnidad está simbolizada en el mito de Eva, que cede a la sugestión de la serpiente; en el de Pandora, que abre la caja misteriosa y derrama los males sobre el mundo; en el bíblico episodio de la Magdalena, que después de haber estado poseída de siete espíritus malignos, se redime al triunfar de ellos por mediación de un adepto. La mediumnidad, benéfica o maléfica, es siempre *pasiva*, y felices, por lo tanto, los puros de corazón que gracias a su natural bondad repelen espontáneamente los espíritus malignos. La mediumnidad, tal como se practica en nuestros días, es un don menos apetecible que la túnica de Neso.

Por el fruto se conoce el árbol. En todo tiempo hubo pasivos médiums y activos medianeros. Los hechiceros, las brujas, los prestidigitadores y encantadores de serpientes, los adivinos y cuantos están poseídos de espíritu familiar hacen de sus facultades mercadería vendible, como, por ejemplo, la famosa pitonisa de Endor que, según la describe Enrique More, recibía estipendio de los consultantes (Con la pitonisa de Endor consultó Saúl para que evocara el espíritu de Samuel, como así lo hizo. Pero al saber que el consultante era el rey en persona, no quiso recibir la pitonisa estipendio alguno, sino que, por el contrario, mató un ternero para obsequiarle –Véase el cap. XXVIII del libro I de los Reyes-).

En cambio, los medianeros y hierofantes dan pruebas de absoluto desinterés en el ejercicio de sus poderes. Gautama renunció a la herencia del trono para vivir de limosnas; el “Hijo del hombre” no tenía donde reclinar la cabeza; los discípulos del Cristo no habían de llevar oro ni plata encima; Apolonio de Tyana distribuyó su hacienda por mitad entre sus parientes y los pobres; Jámblico y Plotino tuvieron nombradía de caritativos y abnegados; los fakires indos viven de limosna (Jaccoliot ha descrito acabadamente la vida y costumbres de estos santos mendicantes); los pitagóricos, esenios y terapeutas temían mancharse las manos con el contacto de las monedas; y finalmente, cuando al apóstol Pedro le ofrecen dinero en cambio de la potestad de infundir el Espíritu Santo por la imposición de manos, responde: “Tu dinero sea contigo en perdición porque has creído que el don de Dios se alcanzaba por dinero. No tienes tu parte ni suerte en este ministerio, porque tu corazón no es recto delante de Dios” (*Los hechos de los Apóstoles*, VIII, 19-20-21). Así



vemos que los mediadores fueron hombres identificados con su Yo superior, que recibían auxilio de los espíritus angélicos.

Muy lejos estamos de vituperar rigurosamente a los infelices médiums que, por efecto de las avasalladoras influencias que los dominan, se ven incapacitados física y mentalmente de dedicar su actividad a ocupaciones útiles y no tienen más remedio que convertir su mediumnidad en oficio retribuido y nada envidiable por cierto, según ha demostrado la experiencia de estos últimos años (Mayor culpa que los médiums cabe a los espiritistas fenoménicos, que les estimulan a la actuación perjudicial).

Se cuenta de Plotino que habiéndosele pedido que tributara pública adoración a los dioses respondió muy dignamente: “Los dioses (En este caso equivale a las entidades espirituales de evolución superior) han de venir a mí”. Jámblico afirmaba, con la corroboración del personal ejemplo, que el alma humana puede comunicarse directamente con entidades espirituales de superior jerarquía; y ahuyentaba cuidadosamente de sus ceremonias teúrgicas (Jámblico fundó la teúrgia neoplatónica) a los espíritus malignos cuya característica enseñaba a sus discípulos. Proclo (Según dice Wilder en su *Bosquejo de la filosofía ecléctica de la escuela alejandrina*, Proclo ordenó las enseñanzas de su maestro Jámblico en un sistema completo) creía también en que por la actualización de sus divinas potencias era capaz el hombre de subyugar su naturaleza inferior y convertirse en instrumento de la Divinidad mediante la “mística palabra” que abría la comunicación con las diversas jerarquías espirituales hasta llegar a la unión con Dios. Apolonio de Tyana tenía en menosprecio a los hechiceros y adivinos nigrománticos y afirmaba que la vida austera utilizaba agudamente los sentidos y educía superiores facultades por cuyo medio era capaz de realizar maravillas. Jesús dijo que el hombre era *señor del sábado*, y a su voz huían despavoridos los espíritus elementarios que obsesionaban a sus víctimas (El mismo poder de lanzar demonios tuvieron Apolonio de Tyana y muchos hermanos de las comunidades de esenios y del monte Carmelo).

Indudablemente tuvieron los antiguos poderosas razones para perseguir a los médiums de oficio. Así se explica que en tiempo de Moisés y posteriormente en las épocas de Samuel y David fomentaran los israelitas el ejercicio de las legítimas profecías y adivinación, la astrología y el vaticinio en colegios a propósito para educir estas facultades, y en cambio desterraran del país o condenaran a muerte, según los casos, a los brujos, nigrománticos y pitonisas, y aun en tiempo de Jesús los médiums maléficos estaban desterrados de las ciudades. ¿Por qué perseguir y matar a los médiums pasivos y por qué consentir y respetar las comunidades de taumaturgos?

Porque los antiguos supieron distinguir entre los espíritus angélicos y los diabólicos, entre los elementales y los elementarios, y además estaban



seguros de que toda comunicación espiritual, no sujeta a las debidas condiciones, determinaba la ruina del comunicante y de la comunidad a que este perteneciera. (Isis II, 247-253).

La levitación del médium es, según se ve, un fenómeno puramente mecánico, pues su inerte cuerpo queda impelido en ascenso por el vórtice que engendran las entidades elementales y a veces las elementarias, aunque también puede tener el fenómeno causas morbosas como en el caso de los sonámbulos del doctor Perty.

Por el contrario, la levitación del adepto es un fenómeno electromagnético dimanante del cambio de polaridad de su cuerpo, de modo que sea de signo igual a la de la tierra y contrario a la de la atmósfera, que lo elevará por atracción sin que el adepto pierda la conciencia (También es posible la levitación electromagnética cuando por causa de enfermedad se despolariza el cuerpo; pero en este caso el individuo levitado no tiene conciencia del fenómeno) (Isis II, 264).

Lo mismo podemos decir del elixir de larga vida, de la vida física se entiende; pues el alma debe la inmortalidad a su divina unión con el inmortal espíritu. Pero el concepto de *continuo o perpetuo* no es equivalente al de *infinito*. Los cabalistas nunca afirmaron la posibilidad del movimiento interminable ni de la vida física sin fin. Según el axioma hermético, únicamente la Causa primera y sus directas emanaciones, nuestros espíritus son incorruptibles y eternos; pero por el conocimiento de algunas fuerzas naturales, todavía ocultas a las miradas de los materialistas, aseguran los herméticos que es posible prolongar indefinidamente el movimiento mecánico y la vida física.

La piedra filosofal tiene más de una significación relacionada con su misterioso origen. Dice sobre esto el profesor Wilder:

El estudio de la alquimia era más universal de lo que suponen algunos tratadistas y auxiliaba si acaso no se identificaba con las ocultas ciencias de magia, necromancia (Conviene no confundir la necromancia con la nigromancia. Esta última comprende todas las modalidades de la magia negra y es siempre vituperable. La primera se contrae a la evocación de los difuntos, y, como en el caso de que trata el texto, es ciencia hermética) y astrología, tal vez porque en su origen todas eran modalidades del espiritualismo que siempre existió en la historia del género humano.

Lo más sorprendente es que los mismos que consideran el cuerpo humano como una “máquina de digerir” pongan objeciones a la idea de que esta máquina



funcionaría sin rozamientos si fuera posible lubricar sus moléculas con un equivalente de la metalina. Según el *Génesis*, el cuerpo del hombre fue formado de barro o polvo de la tierra; pero esta alegoría contradice a los modernos investigadores que afirman haber descubierto los constituyentes inorgánicos del cuerpo humano. Si el autor del *Génesis* sabía esto y Aristóteles enseñó la identidad del principio vital de plantas, animales y hombres, parece que nuestra filiación de la madre tierra se estableció hace largo tiempo.

Elie de Beaumont ha reafirmado recientemente la antigua doctrina de Hermes, según la cual tiene la tierra circulación análoga a la de la sangre en el cuerpo humano. Pues si tan antigua como el tiempo es la enseñanza de que la naturaleza absorbe continuamente del depósito universal de energía la necesaria para reparar la consumida; ¿por qué ha de ser el hijo diferente del padre?; ¿por qué no ha de poder el hombre, por el descubrimiento de la fuente y naturaleza de esta restauradora energía, extraer de la misma tierra el elixir o quintesenciado jugo con que reparar sus fuerzas? Tal *pudo* haber sido el secreto de los alquimistas. Si se detiene la circulación de los fluidos terrestres resultará estancamiento, podredumbre y muerte; si se detiene la circulación de los humores en el cuerpo humano resultará la parálisis y demás dolencias propias de la edad senil seguidas de muerte. Si los alquimistas hubiesen descubierto alguna mixtura química de bastante eficacia para mantener expeditos los sistemas vasculares ¿no lograrán fácilmente todo lo demás? Por otra parte, si las aguas que a flor de tierra manan de ciertas fuentes minerales tienen virtud curativa y restaurante, no será despropósito decir que si en las entrañas de la tierra pudiéramos recoger las primeras gotas destiladas en el alambique de la naturaleza, nos convenceríamos de que después de todo no era un mito la fuente de juventud. Afirma Jennings que algunos adeptos extraían el elixir de larga vida de los secretos laboratorios químicos de la naturaleza; y Roberto Boyle menciona un vino medicinal de propiedades cordiales, que el doctor Lefevre ensayó con admirable éxito en una anciana. *La alquimia es tan antigua como la tradición*. “El primer documento histórico que sobre el particular tenemos, dice Guillermo Godwin, es un edicto de Diocleciano (año 300 de la era cristiana), en el que mandaba entregar a las llamas cuantos tratados del arte de hacer oro y plata se encontraran en Egipto. Este edicto demuestra la antigüedad de dicho arte, entre cuyos más conspicuos adeptos cita la *fábula* a Salomón, Pitágoras y Hermes”. Respecto al segundo agente alquímico, es decir el *alkahest* o disolvente universal, por cuya virtud se operaban las transmutaciones, ¿es idea tan absurda que no merezca la menor consideración en esta época de químicos descubrimientos? ¿Y qué valor daremos al histórico testimonio de alquimistas que fabricaron oro y lo pusieron en circulación? Prueba de ello nos dan Libavio, Gebero, Arnaldo, Tomás de Aquino, Bernardo Comes, Joannes, Penoto, el árabe Geber, patriarca de la



alquimia europea, Eugenio Filaletes, Porta, Rubeo, Dornesio, Vogelio, Ireneo Filaletes y muchos otros alquimistas y herméticos medievales. ¿Habremos de tener por locos y visionarios a tan insignes eruditos, filósofos y sabios?

Pico de la Mirándola, en su tratado: *De Auro* cita diez y ocho casos en que personalmente presenció la obtención artificial de oro. Tomás Vaughan (De sobrenombre Eugenio Filaleteo o Filaletes) fue una vez a la tienda de un orfebre para vender oro por valor de 1.200 marcos; pero como el orfebre advirtiera suspicazmente que el oro era demasiado puro para proceder de una mina, huyó despavorido sin recoger siquiera el dinero que ya tenía dispuesto para el pago (En otro lugar de esta obra hemos aducido gran número de testimonios de la transmutación).

Según Marco Polo, en unas montañas del Tíbet, a las que llama *Chingintalas*, hay vetas de la misma substancia constitutiva de las salamandras. Dice sobre el particular:

Porque en verdad, la salamandra no es ningún animal como se figuran las gentes, sino una substancia que se encuentra en la tierra... Un turco llamado Zurficar me dijo que durante tres años había estado en aquella comarca buscando salamandras para el gran Khan, y que para cogerlas cavaba en la montaña hasta encontrar cierta veta cuya substancia se dividía al machacarla en una especie de fibras por el estilo de las de la lana, que después de secas pueden batanearse, lavarse e hilarse para fabricar tejidos no muy blancos al principio, pero que después de echados al fuego y tenidos allí un rato aventajan a la misma nieve (Libro de Marco Polo I, 215).

Esta substancia mineral es el *asbestos* (Sage: *Diccionario de tejidos*, II, 1-2), según atestiguan varios autores, entre ellos el Rdo. A. Williamson, quien dice que la hay en Shantung. Pero no tan sólo es materia textil, sino que también se extrae de él un aceite de propiedades verdaderamente extraordinarias cuyo secreto poseen algunos lamas tibetanos y adeptos indos. Al frotar el cuerpo con este aceite no deja señal ni mancha alguna, y aunque la parte frotada se friegue después con jabón y agua fría o caliente, no por ello pierde su virtud la untura, de modo que la persona así ungida puede permanecer impunemente entre el fuego más violento sin que, a menos de sofocarse, sufra daño alguno. Asimismo tiene dicho aceite la propiedad de que combinado con otra substancia (cuyo nombre no podemos revelar) y puesto después al relente de la luna en ciertas noches designadas por los astrólogos, engendra extraños seres que al principio parecen infusorios, pero que luego crecen y se desarrollan. Hoy día es Cachemira la comarca en donde hay mayor número de magos místicos (Al tratar de Cachemira dice Marco Polo, que los magos de esta comarca conocen asombrosamente el arte de los encantamientos *diabólicos* hasta el punto de que *hacen hablar a los ídolos*.). Las diversas sectas religiosas de este país son plantel de sabios y adeptos y siempre se les



atribuyeron sobrenaturales poderes (Según cita el coronel Yule, nos dice Vambery que “en nuestros días los derviches de Cachemira sobresalen entre los demás mahometanos por su *habilidad* en las artes secretas y son muy expertos en exorcismos y magia – *Alquimia o Filosofía hermética*, 25 -). (Isis II, 270-274).

. . . Si tanto empeño tenían Brasseur de Bourbourg y Des Mousseaux en demostrar la identidad de mexicanos y cananeos, bien pudieran haber hallado pruebas más convincentes que la de presentar a uno y otro pueblo en común descendencia del “maldito” Cam. Por ejemplo, hubieran podido aducir la semejanza entre Nargal, jefe (*Rab–Mag*) de los magos caldeos y asirios, y Nagal, jefe de los hechiceros mexicanos, pues ambos nombres derivan del de la divinidad asiria Nergal–Sarezer y ambos tienen a sus órdenes un *demonio* con el que se identifican por completo. **El Nargal asirio–caldeo guarda su demonio dentro del templo bajo la forma de algún animal sagrado. El Nargal mexicano guarda su demonio en donde mejor le conviene, en el lago vecino, en el bosque o en la casa bajo la figura de un animal doméstico** (Brasseur de Bourbourg: *Méjico*, 135-574). (Isis II, 347).

La universalidad de una creencia debe de basarse forzosamente en una abrumadora acumulación de hechos que la robustezcan de generación en generación. La más arraigada creencia universal es la magia o psicología oculta. Los que en nuestro tiempo se percatan de las formidables virtudes mágicas, aunque en los países cultos sean débiles sus efectos, ¿se atreverán a desmentir a Porfirio y Proclo que afirman la posibilidad de animar durante algunos momentos las estatuas de los dioses? No serán capaces de negarlo quienes bajo su firma aseguran haber visto moverse mesas y sillas y escribir lápices sin que nadie los toque. Cuenta Diógenes Laercio que el Areópago ateniense desterró al filósofo Estilpo por haberse atrevido a decir en público que la imagen de Minerva esculpida por Fidias no era más que un trozo de mármol; pero nuestro siglo, no obstante remedar a los antiguos en todo (El prurito de imitación llega al punto de conservar inalterados muchos nombres de instituciones políticas, como *senado*, *prefecto*, *cónsul*, etc. El mismo Napoleón I, al conquistar las tres cuartas partes de Europa, siguió las reglas de la guerra que enseñaron Alejandro y Julio César), presume aventajarles en conocimientos psicológicos, hasta el extremo de que encerraría en un manicomio a cuantos creen en el fenómeno de las “mesas semovientes”.

De todos modos, la religión de los antiguos será la religión del porvenir. Dentro de algunos siglos ya no habrá creencias dogmáticas en las religiones culminantes de la humanidad. Hinduismo y budismo, cristianismo



e islamismo desaparecerán sepultados bajo el pujante alud de los *hechos*. “Infundiré mi espíritu en toda carne”, dice el profeta Joel. “En verdad os digo que mayores obras que éstas haréis vosotros”, prometió Jesús. Mas para ello es preciso que el mundo se reconvierta a la capital religión del pasado, al *conocimiento* de los majestuosos sistemas precedentes de mucho al brahmanismo y aun al monoteísmo de los antiguos caldeos.

Entretanto, hemos de recordar los efectos consiguientes a la revelación de los misterios. Para infundir en la obtusa mente del vulgo la idea de la CAUSA PRIMERA, de la omnipotente VOLUNTAD creadora, los sabios sacerdotes de la antigüedad no disponían de otro medio que el transporte aéreo de cuerpos pesados, la animación divina de la materia inerte, el alma en ella infundida por la potencial voluntad del hombre, imagen microcósmica del gran Arquitecto. ¿Por qué el católico piadoso ha de repugnar, por ejemplo, las prácticas, que llama paganas, de los indios tamiles? El milagro de la sangre de San Jenaro, en Nápoles, lo hemos presenciado también en la población inda de Nârgercoil. ¿Qué diferencia hay entre uno y otro prodigio? La coagulada sangre de un santo del catolicismo hierve y humea en la redoma para satisfacción de rapazuelos devotos, y desde su magnífica hornacina lanza la imagen del mártir radiantes sonrisas de bendición sobre el concurso de fieles cristianos. El sacerdote católico sacude la redoma y se opera el milagro de la sangre. Por otra parte; el sacerdote indo introduce una redoma de arcilla llena de agua en el abierto pecho del dios Suran y después le clava una flecha, a cuyo golpe brota la sangre en que se ha convertido el agua. Y tanto cristianos como indos quedan extasiados a la vista de semejantes prodigios. No hay entre ambos fenómenos la más leve diferencia; ¿y no pudiera ser que el mismo San Jenaro les hubiese enseñado la impostura a los indos?

Dice Hermes:

—Sabe, ¡oh Asclepio!, que así como el Altísimo es el padre de los dioses celestiales, del mismo modo es el hombre el *artífice de los dioses que están en los templos* y se complacen en la compañía de las gentes. Fiel a su origen y naturaleza, la humanidad persevera en esta imitación de los poderes divinos. Si el Padre creador hizo a su propia imagen los *dioses inmortales*, el hombre hace a los dioses a su propia imagen.

—¿Y hablas tú de las imágenes de los dioses?, ¡oh Trismegisto!

—Cierto que sí, Asclepio; y por mucha que sea tu desconfianza, ¿no adviertes que estas imágenes están dotadas de *razón*, animadas por un alma, y que pueden obrar los mayores prodigios? ¿Cómo negaríamos la evidencia, cuando estos dioses tienen don profético y vaticinan lo futuro, siempre que a ello les mueven las fórmulas mágicas de los sacerdotes?... Maravilla de maravillas es que el hombre haya inventado dioses... Verdaderamente, la fe de nuestros antepasados anduvo extraviada, y en su orgullo no supieron descubrir la real naturaleza de estos dioses..., sino que los identificaron consigo



mismos. Impotentes para crear almas y espíritus, evocan los de ángeles y demonios para animar las imágenes sagradas de modo que presidan los Misterios, y comunican a los ídolos su propia facultad *de obrar bien o mal*.

Pero no únicamente los antiguos creyeron que las imágenes de los dioses manifiestan a veces inteligencia y se mueven de su lugar. En pleno siglo XIX nos informa la prensa periódica de los brincos que da la imagen de Nuestra Señora de Lourdes al escaparse de cuando en cuando á los bosques contiguos al templo, de suerte que más de una vez se ha visto el sacristán precisado a correr tras la fugitiva para restituirla a su altar. Además, se refieren multitud de “milagros”, curas repentinas, profecías, cartas llovidas del cielo y otros muchos por el estilo. Millones de católicos, no pocos de las clases cultas, creen implícita mente en estos “milagros”; y por lo tanto, no hay razón para repugnar el testimonio que de fenómenos de la misma índole dan historiadores tan fidedignos como Tito Livio en el pasaje siguiente:

Después de la toma de Veii le pregunta un soldado romano a la diosa Juno: “¡Oh Juno! ¿Tendrás a bien salir de los muros de Veii y trocar esta morada por la de Roma?” La imagen mueve la cabeza en señal de asentimiento y responde: “Sí quiero”. Además, al trasladarla a Roma pareció como si instantáneamente *perdiera su mucho peso* y siguiese a los portantes (Tito Livio, V, dec. 1; Valerio Máximo, I, cap. VII). (Isis II, 423-426).

Sabemos que desde remotísimas épocas la temible y pavorosa ciencia llamada *theopoea* enseñó a infundir temporánea vida inteligente en las imágenes de los dioses, cuya inerte materia vivificaba la poderosa voluntad del hierofante. El fuego robado del cielo por Prometeo cayó en la tierra durante la lucha para abarcar las regiones inferiores del firmamento y condensarse en las oleadas del éter cósmico. Era el potencial *akâsha* de los ritos induistas. Al respirar aire puro, se esponja en este fuego celeste todo nuestro organismo, que de él está saturado desde el instante de nuestro nacimiento, aunque sólo cabe actualizarlo por influjo de la VOLUNTAD y del ESPÍRITU.

Por espontáneo impulso, este fuego o principio vital obedece ciegamente las leyes de la Naturaleza, y según las circunstancias, engendra salud y exuberancia de vida o determina la muerte y disgregación. Pero cuando está dirigido por la voluntad del adepto, la obedece para restablecer el equilibrio del organismo, y sus corrientes llenan el espacio y operan los milagros psíquico-físicos perfectamente conocidos de los hipnotizadores. **Infundido el principio akásico en la materia inorgánica, le da apariencias de vida, y por lo tanto de movimiento; pero como le falta inteligencia personal, el operador puede transmitirle su propio cuerpo astral (*scin-lecca*) o bien prevalerse de su influencia en los espíritus**



de la Naturaleza para que uno de ellos se infunda en la imagen de mármol, madera o metal. También puede valerse de espíritus elementarios por la identificación que entre estas entidades y las elementales establece la **afinidad psíquica; pero estos seres** (Después de la muerte física, los hombres de quienes la individualidad abandonó a la personalidad, se convierten en entidades elementarias y quedan planeando sobre las regiones inmediatas a la tierra en busca de la compañía y trato de los elementales más afines con la pasión o vicio predominante. Se identifican de tal modo los elementarios con los elementales, que pierden la noción de su propia personalidad como si se convirtieran en una parte de los segundos, de cuya mediación necesitan para comunicarse con los mortales. Pero así como los elementales no son *inmortales*, tampoco la existencia de los elementarios dura más de lo que tarda en desintegrarse su cuerpo astral) **inferiores sólo son capaces de dar apariencias de vida y movimiento a los objetos inanimados y no de infundir en ellos su esencia pasional cuando es de índole armónica y elevada el propósito del operador, quien entonces envía su influencia como rayo de luz divina, a través de las entidades interventoras. La condición necesaria para ello, según ley de la naturaleza espiritual, es la sinceridad del motivo, la pureza de la atmósfera magnética circundante y la pureza personal del operador. De este modo, un “milagro” pagano puede ser mucho más santo que otro cristiano.**

Cuantos han presenciado los fenómenos de los fakires indos no dudan de que la *theopoea* se conoció ya en antiguos tiempos. Un escéptico tan empedernido como Jacolliot, que no desaprovecha ocasión de atribuir estos fenómenos a tretas de prestidigitadores, no puede por menos de atestiguar los hechos (Diariamente puede presenciarlos el viajero en la India), diciendo a propósito del fakir Chibh—Chondor de Jaffnapatnam:

No me atrevo a describir todas las suertes que hizo. Hay cosas que uno *no se atreve* a referir aun después de presenciarlas, por recelo de que le tilden de iluso. Sin embargo, diez y hasta veinte veces he visto y vuelto a ver cómo producía el fakir los mismos efectos en la materia inerte. Era para nuestro *hechicero* juego de chiquillos, que la luz de una vela colocada en un rincón de la estancia palidiese o se apagase a su albedrío; mover los muebles y aun el mismo sofá en que estábamos sentados; abrir y cerrar repetidas veces las puertas, y todo esto sin moverse de la esterilla sobre que se sentaba en el suelo.

Tal vez diga alguien que padecí ilusión. Es posible. Pero centenares y miles de personas vieron y ven lo que yo, y aun todavía más sorprendentes fenómenos. No obstante, ¿ha descubierto alguien el secreto ni logrado reproducirlos? Nunca me cansaré de repetir que esto no ocurría en el escenario de un teatro con tramoyas dispuestas para el servicio del operador, sino que un mendigo acurrucado en el suelo se burla de vuestra razón, de vuestros sentidos y de las que llamamos leyes inmutables de la Naturaleza que, según parece, domina a su antojo.



¿Altera el fakir estas leyes? No. Según dicen los creyentes, las actualiza mediante fuerzas que todavía no conocemos. Sea como fuere, asistí en persona a veinte sesiones de esta índole en compañía de profesores, médicos y oficiales del ejército, y todos convinieron en que los fenómenos eran abrumadores para la inteligencia humana. Cada vez que presencié el experimento de sumir a las serpientes en catalepsia de modo que parecían secas ramas de árbol, se convirtió mi pensamiento a la narración bíblica que atribuye a Moisés y a los magos de Faraón los mismos poderes (Jacolliot: *Viaje al país de las perlas*).

Seguramente que los músculos del hombre, del cuadrúpedo y del ave son tan susceptibles del magnético principio vital como la inerte mesa del médium moderno. O ambos fenómenos se han de admitir como verdaderamente posibles, o entrambos deben desecharse junto con los milagros de los tiempos apostólicos y los más recientes de la Roma pontificia.

Toda una biblioteca podría llenarse con las fehacientes pruebas de que disponemos en pro de nuestras aseveraciones. Si el papa Sixto V amenazó con excomulgar a quienes practicaran el arte de hechizar los talismanes a que estaban adscritos una legión de espíritus, cabe suponer que su propósito fuese recluir este conocimiento en el recinto de la Iglesia católica. ¿Cómo podía ver con buenos ojos que cualquier hombre dotado de perseverancia y enérgico y positivo poder magnético, reprodujera con éxito los milagros *divinos*? Los recientes sucesos de Lourdes, si como es de suponer no hay exageración en el relato, demuestran que no se ha perdido totalmente el secreto, y a menos que haya algún poderoso hipnotizador oculto bajo sobrepelliz y sotana, la imagen de la Virgen se moverá a impulsos de la misma fuerza que mueve las mesas en las sesiones espiritistas, dependiendo de varias condiciones que la entidad interventora en la producción del fenómeno sea humana, elemental o elementaria. Quien sepa algo de hipnotismo y al mismo tiempo conozca el caritativo espíritu de la Iglesia católica, comprenderá fácilmente que las incesantes maldiciones de frailes y sacerdotes, así como los anatemas de Pío IX (Que era a su vez un poderoso hipnotizador con fama de mal de ojo), han acumulado legiones de elementarios y elementales bajo el poder de los desencarnados inquisidores. Precisamente, éstos son los “ángeles” que juegueteen con la imagen de la Reina del Cielo. Quienquiera que acepte el “milagro” y opina de manera distinta, blasfema. (Isis II, 428-431).

. . . **Recapitulando cuanto llevamos expuesto en esta primera parte de nuestra obra, vemos que, desde los arcaicos e ignotos tiempos del hermético Pymander hasta la época presente (Año 1876), existió siempre la universal creencia en la magia. Hemos expuesto las ideas de Trismegisto en su**



diálogo con Asclepio; y prescindiendo de las mil pruebas del predominio de esta creencia en los primeros siglos del cristianismo, extractaremos para nuestro propósito citas paralelas de un autor antiguo y otro moderno.

Algunos miles de años después de la época de Hermes, decía el insigne filósofo Porfirio con respecto al escepticismo dominante en su siglo:

No es maravilla que el vulgo vea en las imágenes tan sólo pedazos de piedra o madera. Lo mismo les sucede a quienes por desconocer los caracteres no ven más que piedra en las inscripciones estilísticas y tejido de papiro en los manuscritos.

Quince siglos después, declara Sergeant Cox a propósito del proceso incoado contra un médium:

Sea o no culpable el médium, resulta evidente que el proceso ha producido el inesperado efecto de llamar la atención pública hacia fenómenos cuya *realidad* han atestiguado gran número de competentes investigadores. Quienquiera puede convencerse personalmente de dicha realidad para desarraigar de una vez para siempre *las tristes y denigrantes doctrinas* materialistas.

De acuerdo con Porfirio y otros teurgos que distinguieron entre la naturaleza de las entidades manifestadas y la del espíritu humano, añade Sergeant Cox como opinión personal:

Verdaderamente hay y habrá siempre discrepancia de opiniones respecto a la causa eficiente de estos fenómenos; pero tanto si son efecto de la fuerza psíquica de los circunstantes como si son espíritus de difuntos, según otros afirman, o bien espíritus elementales, como asegura una tercera opinión, resulta evidente que el hombre no es del todo material, sino que su organismo está animado y movido por algo no material, esto es, no molecular, que además de tener inteligencia *puede actuar como fuerza sobre la materia*. A este algo le hemos llamado alma a falta de mejor nombre. Gracias al proceso de que vamos tratando, se han enterado de tan buenas nuevas miles de gentes cuya dicha en la vida presente y cuya esperanza en la futura habían tronchado los materialistas con sus insistentes predicaciones de que el alma era una superstición, el hombre un autómatas, el pensamiento una secreción, la vida terrena una mera serie de funciones fisiológicas y la futura... lo desconocido.

Por su parte, dice Pymander:

Únicamente la verdad es eterna e inmutable y el supremo bien. Pero la verdad no existe ni puede existir en la tierra. Cabe en lo posible que Dios conceda a unos pocos hombres la facultad de entender rectamente la verdad además de la de comprender las cosas divinas; pero nada hay verdadero en este mundo, porque todo contiene materia y está revestido de forma corpórea sujeta á mudanzas, alteraciones y corrupción. El hombre no es *la* verdad, porque únicamente es verdadero lo que de sí mismo toma la esencia y permanece inmutable. ¿Cómo



puede ser verdadero lo que varía y cambia radicalmente? Por lo tanto, la verdad es únicamente lo inmaterial, lo que no está encerrado en corpórea envoltura, lo que no tiene color ni forma ni está sujeto a mudanza ni alteración, en una palabra: lo ETERNO. Todo cuanto parece es ilusorio. En la tierra no hay más que disolución y generación. Toda generación procede de disolución. Las cosas de la tierra son *apariencias* y remedos de la verdad, como lo pintado respecto de lo vivo. La muerte es para muchas personas un mal, puesto que la temen profundamente. Esto es ignorancia. La muerte es la disgregación del cuerpo, pero el ser que mora en él *no muere...* El cuerpo material pierde su forma. Los sentidos que lo animaban se restituyen a su origen y recobran sus funciones; pero van desprendiéndose gradualmente las pasiones y deseos y el espíritu asciende a los cielos para convertirse en ARMONÍA. En la primera zona desecha la facultad de crecer y menguar; en la segunda, la malignidad y los fraudes de la pereza; en la tercera, los engaños y la concupiscencia; en la cuarta, la ambición insaciable; en la quinta, la arrogancia, la osadía y la temeridad; en la sexta, la codicia; y en la séptima, la mendacidad. Purificado así el espíritu por influencia de las armonías celestes, vuelve de nuevo a su primitivo estado fortalecido por el mérito y la fuerza que adquirió por sí mismo y que legítimamente le pertenecen. Entonces empieza a convivir con los que eternamente loan al PADRE. Desde aquel punto mora entre las Potestades y alcanza, por lo tanto, la suprema bienaventuranza del conocimiento. Se ha convertido en Dios... No; las cosas de la tierra no son la verdad. (Isis II, 439-441).

ESPÍRITUS ELEMENTARIOS. Propiamente hablando, son las almas desencarnadas de los depravados que poco antes de la muerte se separaron de su divino espíritu y no pueden aspirar a la inmortalidad. Eliphas Levi y otros cabalistas, apenas distinguen entre los espíritus elementarios que fueron hombres, y los demás seres que pueblan los elementos y son fuerzas ciegas de la naturaleza. Una vez separadas del cuerpo estas almas (también llamadas cuerpos astrales) de personas materializadas, quedan irresistiblemente atraídas a la tierra, donde experimentan una vida temporal y finita en las condiciones que más armonizan con su naturaleza inferior; y como durante la vida no cultivaron su espiritualidad, sino que la subordinaron a lo material y grosero, son incapaces de seguir el elevado camino del ser puro y desencarnado que se aleja de la sofocante y mefítica atmósfera de la tierra. Después de un período de tiempo más o menos largo, estas almas materiales empiezan a desintegrarse, hasta que, a semejanza de la niebla, se disuelven, átomo por átomo, en los elementos circundantes. (Isis I, 44).



Acerca de los ocultos efectos del derramamiento de sangre, conviene advertir que las emanaciones de este orgánico tejido líquido proporciona a las entidades astrales el plasma a propósito para materializarse temporáneamente, y por esto se dice que la sangre engendra fantasmas. Oigamos a Eliphas Levi sobre el particular:

La sangre es el plasma primario del fluido universal, la materialización de la *luz vital*. Su origen es maravilla de maravillas, pues procede de elementos en que no hay ni una gota de ella, y transmutándose incesantemente como universal Proteo, se metamorfosea en carne, huesos, lágrimas y sudor. Puede substraerse a la corrupción y a la muerte, pues aunque se descompone al morir el cuerpo, hay quien sabe magnetizar sus glóbulos de suerte que cobren nueva vida. Si la substancia universal con su doble acción es el gran arcano de la forma, la sangre es el gran arcano de la vida.

Por su parte, dice el filósofo indo Ramatsariar:

La sangre encubre el misterioso secreto de la existencia, pues no hay forma orgánica que pueda vivir sin ella.

Además, el legislador hebreo, en consonancia con la tradición universal, prohibió comer la sangre de las víctimas sacrificiales. Paracelso afirma que los magos negros se valen de los vapores de la sangre para evocar a las entidades astrales que en este elemento encuentran el plasma conveniente para materializarse. Los sacerdotes de Baal se herían en el cuerpo para provocar con la sangre apariciones tangibles. En Persia, cerca de las factorías rusas de Temerchan–Shura y Derbent, los adherentes de cierta secta religiosa celebran sus ceremonias en locales cerrados, sobre cuyo pavimento extienden una espesa capa de arena. Van estos fanáticos vestidos de blancas y flotantes túnicas, con la cabeza descubierta y cuidadosamente afeitada. Forman en círculo y giran rápidamente hasta llegar al frenesí mántico, y en este estado se hieren unos a otros con cuchillos que a prevención traen consigo, y muy luego quedan con los trajes ensangrentados y dejan la arena empapada en sangre. Entonces, cada uno de los circunstantes se ve acompañado en la danza por una entidad astral con *pelos en la cabeza* que la distinguen de sus inconscientes evocadores (No insistiremos más en este punto, porque prometimos callar los principales actos de esta ceremonia que tan sólo una vez se nos permitió ver. Pero en 1865, durante nuestra estancia en Petrovsk, población de la comarca caucásica de Dhagestan, se nos deparó coyuntura de asistir a otra ceremonia por el estilo, gracias a la deferencia del príncipe Melikoff, gobernador general de Dhagestan (residente en Temerchan Shtira), y sobre todo a la amabilidad del príncipe Shamsudine, ex rey de Tarchoff, tártaro de nación, quien nos facilitó la entrada en el local de la ceremonia que presenciábamos desde una especie de tribuna dispuesta de modo que pudiéramos ver sin que nos vieran. Conviene advertir que esta secta celebra sus reuniones en un edificio provisional a causa de estar arruinado el templo).



Antiguamente, las hechiceras de Tesalia mezclaban sangre de cordero y de niño para evocar a los espectros, y también a los sacerdotes se les enseñaba la evocación de los espíritus, aunque no por hechicería. Aun hay en Siberia una tribu llamada de los yakutes (Lindante con la región transbaicálica, cerca del río Vitima, en la Siberia oriental) que practica la hechicería como en tiempos de las brujas de Tesalia. Las creencias religiosas de esta tribu son un extravagante amasijo de filosofía y superstición. Adoran a un Dios único y supremo llamado Aij-Taion, a quien atribuyen la superintendencia de la creación sin que nada haya creado por sí mismo. Reside en el *noveno* cielo, y sus ministros, los dioses subalternos, moran en el séptimo, desde donde se manifiestan a las criaturas. Según les han revelado a los yakutes las divinidades de inferior categoría (Suponemos que se refieren a las entidades desencarnadas), el *noveno* cielo tiene tres soles y tres lunas y en su suelo hay cuatro lagos (Los cuatro puntos cardinales), pero no de agua sino de “suavísimo aire” (El éter). Aunque no ofrecen sacrificios a la suprema Divinidad, porque dicen que para nada los necesita, procuran mantener propicias a las divinidades subalternas, benéficas o maléficas, a las que respectivamente llaman “dioses blancos” y “dioses negros”, sin considerarlos buenos o malos en sí mismos, sino que como todos están sujetos al supremo Aij-Taion y cada cual ha de cumplir el encargo que desde la eternidad le fue confiado, no son responsables del bien y el mal que ocasionen en este mundo. (Isis IV, 316-318).

Es fama que el órfico Epiménides estuvo dotado de santas y maravillosas facultades, entre ellas la de desprenderse de su cuerpo físico siempre y durante el tiempo que quería. Muchos otros filósofos antiguos tuvieron la misma facultad. Apolonio de Tyana podía dejar conscientemente su cuerpo físico en cualquier instante y operaba fenómenos prodigiosos a la luz del día, como por ejemplo, cuando en presencia del emperador Domiciano y de multitud de circunstantes se desvaneció de repente para aparecer al cabo de una hora en la gruta de Puteoli (La investigación hubiera demostrado que por medio de la concentración del Âkâsha, hizo Apolonio invisible su cuerpo físico, y pudo desaparecer de aquel lugar para mostrarse una hora después en cuerpo astral a sus amigos de Puteoli). Tampoco necesitó de nadie el taumaturgo pitagórico Empedocles de Agrigento para resucitar a una mujer ni exigió condiciones preestablecidas para desviar una tromba de agua que amenazaba caer sobre la ciudad. **Estos teurgos eran magos, y por esto podían obrar a voluntad semejantes prodigios a que no hubieran alcanzado si tan sólo fuesen médiums.**

De la propia suerte, no le era necesario a Simón el Mago ponerse en trance para elevarse por los aires en presencia de multitud de testigos, entre los que se hallaban los apóstoles. Como dice Paracelso:



No requieren estas obras conjuros ni ceremonias ni formación de círculos ni quemas de incienso. Es tal la alteza del espíritu humano, que no acierta a expresarse con palabras. Si comprendiéramos debidamente hasta dónde alcanza su poder, nada nos sería imposible en la tierra. Inmutable y eterno como Dios es el espíritu del hombre. La imaginación se educa y robustece por la confianza *en nuestra voluntad*. La confianza debe confirmar la imaginación, porque establece la voluntad. (Isis IV, 356-357).

Al regresar del Tíbet el abate Huc, le refirió en París a un caballero ruso llamado Arsenieff varios sucesos maravillosos que no fueron del dominio público, entre los cuales se cita el siguiente, que presencié durante su estancia en la lamasería de Kunbum. Conversaba Huc cierto día con un lama, cuando de pronto cesó éste de hablar y quedó en actitud de escuchar algo que Huc no acertaba a oír. A poco, el lama exclamó como si respondiese a un invisible interlocutor: “En ese caso debo ir”.

—¿Ir a dónde? ¿Con quién habláis? —preguntó asombrado el abate Huc.

—A la lamasería de ***—repuso el lama. —El shaberon me necesita y me ha llamado.

La lamasería de * está a muchas jornadas de la de Kunbum donde ocurría el suceso; pero lo que más pasmó al abate Huc fue que en vez de tomar el lama el camino de la lamasería, se dirigió a una especie de cúpula situada en la azotea del edificio conventual, donde después de breves palabras con otro lama le encerró éste en ella bajo llave. El que había encerrado al amigo de Huc se volvió entonces hacia el abate que había seguido atentamente toda aquella operación, y sonriente le participó que ya había partido su huésped. A lo que respondió el abate:**

—¿Pero cómo es posible, si lo habéis encerrado aquí dentro y no hay salida alguna? —¿Y qué obstáculo es para él una puerta? Él ha partido, y cómo no necesita su cuerpo en el viaje, lo dejó a mi cuidado.

A pesar de los muchos prodigios de que en su arriesgado viaje había sido testigo, el abate Huc receló de qué ambos lamas le hubiesen engañado. Al cabo de tres días, como no viera por allí a su habitual amigo, preguntó por él y le respondieron que regresaría aquella misma tarde. A la puesta de sol, en el momento en que los lamas iban a recogerse, oyó Huc la voz de su amigo que parecía como si desde las nubes llamase al otro lama para que le abriese la puerta de la cúpula, tras cuya celosía se dibujaba, en efecto, la silueta del hasta entonces ausente. Apenas le franquearon la salida de la cúpula fue a ver al lama guardián de Kunbum y le



enteró de ciertos mensajes y comunicaciones recibidas en el lugar adonde había ido. Nada más pudo saber Huc acerca de aquel viaje aéreo; pero sospechó que fue una “farsa” premeditada con el propósito realizado de allí a poco de confinarles a él y a su compañero de misión, el P. Gabet, en Chogar–tan, lugar aledaño de la lamasería de Kunbum. Las sospechas del audaz misionero pudieron tener fundamento en su imprudente indiscreción. (Isis IV, 365-367).

. . . Por lo que toca a nuestra personal experiencia, diremos que en cierta ocasión de excepcional importancia, hubo necesidad de consultar un oráculo, y al efecto vimos cómo un monje mendicante obtuvo la respuesta por medio del movimiento de una llama sin aparato alguno. **Encendió el monje una hoguera con ramas del árbol llamado beal y echó en el fuego unas cuantas hierbas sacrificiales. Se quedó el mendicante absorto en profunda meditación junto a la hoguera y al fin empezó el interrogatorio. En los intervalos de pregunta a pregunta ardía con dificultad la hoguera como si fuese a apagarse; pero al explicar la pregunta se empinaban, retorcían y lengüeteaban las llamas en alternada dirección de los cuatro puntos cardinales** (Los movimientos de las llamas responden a un código de señales muy conocido de los adeptos). De cuando en cuando, una llama se inclinaba hacia el suelo hasta lamer el césped por todos lados y desaparecía súbitamente. Terminado el interrogatorio emprendió el mendicante la marcha de regreso a la selva en donde moraba y fue entonando por el camino un monótono y quejumbroso canto a cuyo ritmo respondían las llamas con maravillosas modulaciones de su rumor (No eran simples movimientos como en el caso referido por Tyndall) que duraron hasta perderse de vista el mendicante. Entonces se apagó de repente la hoguera dejando una capa de cenizas ante la admirada vista de los circunstantes (Repetidas veces habíamos considerado nosotros por imposible este fenómeno, hasta que nos rendimos a la evidencia). (Isis IV, 369).

Uno de los más interesantes fenómenos que nos llevó a presenciar nuestro anhelo de investigación, lo realizó un peregrino budista hace ya algunos años, cuando esta clase de manifestaciones eran una novedad para nosotros. Un amigo budista natural de Cachemira, de padres katchis pero convertido al lamaísmo y de místico temperamento, que reside ordinariamente en Lha–Ssa, nos invitó a visitar a los peregrinos, entre los cuales había una monja alta, demacrada y ya metida en años, que al ver en nuestras manos un ramo de hermosas y fragantes flores, preguntó:

–¿Por qué lleva ese manojo de flores muertas?



–¿Muertas? ¡Pues si acabo de cortarlas de la planta!

–Y sin embargo, están muertas. Nacer en este mundo es morir. Ahora veréis cómo son estas flores en el mundo de la perpetua luz, en los jardines de nuestro bendito Foh.

Sin moverse del sitio donde en el suelo estaba sentada, tomó la monja una flor del ramillete, se la puso en la falda y arrojó sobre ella grandes puñados de una materia invisible extraída al parecer de la atmósfera circundante. Muy luego apareció una tenue neblina que poco a poco fue tomando forma y color hasta que se detuvo en el aire y vimos la exacta imagen de la flor con todos sus pétalos y matices, pero mil veces más hermosos y de más delicada belleza, de la propia suerte que el glorificado espíritu humano aventaja incomparablemente a su envoltura física. Flor tras flor fue reproduciendo la monja todo el ramo hasta la más insignificante brizna, con la particularidad de que aparecían y desaparecían alternativamente a impulsos de nuestro pensamiento. En cierta ocasión sosteníamos con el brazo extendido una rosa plenamente abierta, y a los pocos minutos aparecieron brazo, mano y flor perfectamente reproducidos en el aire a unos dos metros de nuestro asiento; pero mientras que el aspecto de la flor era etéreo y de tan indescriptible hermosura como el de las demás flores astralmente reproducidas, el brazo y la mano aparecían cual reflejados en un espejo, de suerte que hasta se veía en el antebrazo una gran mancha producida por la tierra húmeda de una de las raíces de la flor. Más tarde supimos la razón de este fenómeno.

Hace medio siglo declaró acertadamente el doctor Broussais que si el magnetismo fuese verdad sería un absurdo la medicina. El magnetismo es verdad, y en cuanto a que sea absurdo la medicina, no contradeciremos al médico francés. Según hemos demostrado, el magnetismo es el alfabeto de la magia, pues no cabe comprender las operaciones mágicas sin la previa comprensión de las atracciones y repulsiones magnéticas en la Naturaleza.

Muchas de las llamadas supersticiones populares son en el fondo el instintivo conocimiento de esta ley, porque por secular experiencia sabe el vulgo que ciertos fenómenos ocurren bajo determinadas condiciones, y que se repiten invariablemente siempre que se establecen dichas condiciones; pero como el vulgo desconoce el fundamento reflexivo de la ley, atribuye el fenómeno a causas sobrenaturales.

Ejemplo de estas supersticiones tenemos en la subsistente en la India, Rusia y otros países que consiste en la instintiva repugnancia de cruzar por la sombra que proyecta un hombre y más todavía si es pelirrojo, así como la aversión de los indos a estrechar la mano de quien no sea de su raza. Hay



en esto explicación racional y no son ridículas quimeras, pues toda persona tiene su correspondiente aura o efluvio magnético, que no obstante la perfecta salud física del sujeto puede influir morbosamente en quienes reciban sus emanaciones. **Según el doctor Esdaile y otros hipnotizadores, las gentes de raza oriental y particularmente los indos son más sensitivos que los de raza blanca.**

. . . Por lo que atañe a la sombra de los pelirrojos, hemos observado en todos los países la misma prevención contra los hombres de este pigmento, según corroboran los refranes corrientes sobre el particular en Rusia, Persia, India, Francia, Turquía y Alemania (También hay en Cataluña un refrán que con perdón de los aludidos dice así: *home roig y gos pelut, primer mort que conegut*. La traducción al castellano es: hombre rojo y perro peludo, antes muerto que conocido. – N. del T.), que achacan a los pelirrojos el ser traicioneros y solapados. Ahora bien; cuando un hombre está iluminado por la luz del sol, proyecta las emanaciones magnéticas en la misma dirección de su sombra (Aquí se ve el fundamento racional de las frases populares: la *buena sombra* y la *mala sombra* con referencia a la suerte o desgracia que allegan determinados individuos. – N. del T.) por efecto del magnetismo solar, que al avivar la vitalidad del individuo acrecienta su energía electro–magnética. **De aquí que aquel a quien un hombre le sea antipático, hará bien en no cruzar por la sombra de este hombre.** (Isis IV, 373-376).

El Akâsha puro circula por Sushumnâ: sus dos aspectos fluyen por Idâ y Pingalâ. Estos son los tres aires vitales, simbolizados por el cordón brahmánico. Son regulados por la voluntad. La voluntad y el deseo son, respectivamente, el aspecto superior e inferior de una misma cosa. De ahí la importancia de que los canales sean puros; porque de lo contrario, los aires vitales, vigorizados por la voluntad, producirán magia negra. Por esta razón se prohíbe todo comercio sexual en la práctica del ocultismo.

Desde Sushumnâ, Idâ y Pingalâ, se establece una circulación que desde el canal central, fluye por todo el cuerpo. (El hombre es un árbol; en si contiene el macrocosmos y el microcosmos. De aquí que el árbol se emplee como símbolo y con él se represente la jerarquía de los Dhyan Chohans).

El huevo áurico está constituido por curvas, análogas a las que forma la arena puesta en un disco vibratorio. Todo átomo, como todo cuerpo, tiene su huevo áurico que le sirve de defensa, con apropiados materiales atraídos para su constitución cuyo mismo centro forman. El yogui de esta suerte resguardado, no ha de temer el ataque de fiera alguna por feroz que sea, pues no se le acerca



siquiera. El huevo áurico del yogui rechaza todas las influencias malignas. Ningún poder de la voluntad se manifiesta por medio del huevo áurico.

P. ¿Qué relación hay entre la circulación de los aires vitales y el poder del yogui que se vale de su voluntad por medio del huevo áurico como de arma defensiva contra la agresión?

R. Es imposible responder a esta pregunta. El conocimiento es la última palabra de la magia. Está relacionado con Kundalini, que tan fácilmente puede conservar como destruir. El novicio ignorante puede matarse.

P. ¿El huevo áurico de un niño, es una diferenciación del Âkâsha al que el adepto puede atraer los materiales necesarios para fines especiales, como por ejemplo para formar el Mayâvi Rûpa? [Esta pregunta era algún tanto oscura. Evidentemente, el interrogante deseaba saber si el huevo áurico es una diferenciación del Akâsha en la que, cuando el niño llegue a hombre, y si llega a ser adepto, puede entretejer los materiales necesarios para fines especiales].

R. Si se toma la pregunta en el sentido de que un adepto pueda servirse del huevo áurico de un niño, responderemos que no, porque el huevo áurico es karmico, y ni aun los adeptos pueden intervenir en los anales karmicos. Si un adepto pudiera alterar el huevo áurico de otra entidad humana con algo no procedente del Yo superior de esta última, ¿podría la justicia Karmica ser mantenida?

Según el grado del adepto, así podrá relacionar su huevo áurico con el de su propio planeta o con el del Universo. Esta envoltura es el receptáculo de todas las causas karmicas, y en ella quedan fotografiadas todas las cosas como en una película sensible.

El niño tiene un huevo áurico muy pequeño, de color blanco casi puro. En el momento de nacer, el huevo áurico está formado de Akasha poco menos que puro, con mas los Tanhâs que permanecen latentes o en potencia, hasta el séptimo año de la vida.

El huevo áurico de un idiota no puede llamarse humano, pues no está coloreado por Manas. Son vibraciones akâshicas más bien que un huevo áurico, es decir, una envoltura material, semejante a la de las plantas y minerales.

El huevo áurico transmite las vidas periódicas a la vida eterna; de Prâna a Jiva. Desaparece, pero no se desvanece.

La confesión auricular de los católicos romanos y ortodoxos griegos es nociva y peligrosa, porque el confesor influye en el huevo áurico del penitente con la fuerza de su voluntad, injerta en el emanaciones artificiales de su propio huevo áurico y



arroja gérmenes en el de su penitente, exactamente lo mismo que en los casos de sugestión hipnótica.

Las anteriores observaciones pueden aplicarse también al hipnotismo, aunque por ser este último una fuerza psicofísica, resulta muy peligroso. Sin embargo “un líquido excelente puede pasar por sucios conductos”, como sucede al valerse del hipnotismo para curar de su vicio a los alcohólicos y fumadores de opio. El ocultista puede servirse del mesmerismo para la extirpación de costumbres viciosas, si tal propósito es perfectamente puro; porque en el plano superior la intención lo es todo, y la buena intención ha de propender necesariamente al bien.

P. *¿El huevo áurico, es la expansión del “Pilar de Luz”, o Principio Manásico, y por lo tanto, no envuelve al niño hasta los siete años de edad?*

R. Si lo es. El huevo áurico es completamente puro al nacer el niño, pero no se sabe con toda seguridad si en el séptimo año de la vida lo coloreara el Manas superior o el inferior. La expansión Manásica es Akâsha puro. El rayo de Manas desciende en el vórtice de los Principios inferiores; y así descoloreado y limitado por los Tanhas Kamicos, y por los defectos del organismo corporal, forma la personalidad. El karma hereditario puede alcanzar al niño antes de los siete años; pero el karma individual no puede entrar en acción hasta el descenso de Manas.

El huevo áurico es al hombre como la Luz Astral es a la Tierra, el éter a la Luz Astral, y el Akasha al éter.

Los estados críticos se dejan fuera de cuenta. Son los Centros Laya o eslabones perdidos de nuestra conciencia, y separan estos cuatro planos uno de otro. (D.S. VI, 253-256).

Formas en la luz astral. Los Elementales son reflejos en la luz astral. Todas las cosas de la Tierra se reflejan en esta luz, por cuyo medio pueden obtenerse algunas veces fotografías mediumnísticas producidas inconscientemente, al paso que los adeptos pueden producirlas conscientemente por el poder de Kriyashakti mediante un procedimiento comparable al enfoque de los rayos solares en un espejo ustorio. (D.S. VI, 303).

La Mandrágora es el Mandrake de la *Biblia* o Raquel y Lía. Las raíces de la planta son carnosas, peludas y ahorquilladas, representando toscamente los miembros, el cuerpo y hasta la cabeza del hombre. Sus propiedades mágicas y misteriosas han sido proclamadas en fábulas y en el teatro desde las edades más



arcaicas. Desde Raquel y Lía, que se permitían con ellas la hechicería, hasta Shakespeare que dice de ellas: “chillando”

“Como mandrakes arrancadas de la tierra

Que vivientes mortales, al oírlas, corren alocados”.

la mandrágora ha sido *la* planta mágica por excelencia.

Esas raíces parecen no tener tallos; largas hojas salen de la cabeza de la raíz como una gigantesca mata de pelo. Presentan poca semejanza con el hombre cuando se encuentran en España, Italia, el Asia Menor o Siria; pero en la Isla de Candía y en Caramania, cerca de la ciudad de Adán, tienen de un modo asombroso la forma humana, y son sumamente apreciadas como amuletos. También las llevan las mujeres como un amuleto contra la esterilidad, y para otros propósitos. Especialmente producen efecto en “Magia Negra”. (D.S. III, 43-44).

Padmapâni o Avalokiteshvara, en sánscrito, es en tibetano, Chenresi. Ahora bien; Avalokiteshvara es el gran Logos en su aspecto superior y en las regiones divinas. Pero en los planos manifestados es, como Daksha, el Progenitor (en sentido espiritual), de los hombres. Padmâpani. Avalokiteshvara, es llamado *esotéricamente* Bodhisattva (o Dhyân Chohan), Chenresi Vanchug, “el poderoso que todo lo ve”. Se le considera ahora como el gran protector del Asia en general, y del Tibet en particular. A fin de guiar a los tibetanos y lamas en la santidad y de preservar a los grandes Arhats en el mundo, se dice que ese ser celestial se manifiesta, de edad en edad, en forma humana.

Una leyenda popular dice que siempre que la fe principia a extinguirse en el mundo, Padmapâni Chenresi, el “Portador del Loto” emite un brillante rayo de luz, y seguidamente se encarna en uno de los dos grandes Lamas (el Dalai Lama y el Teschu Lama); finalmente, se cree que encarnará como el “Buddha más perfecto”, en el Tíbet, en lugar de la India, donde sus predecesores, los grandes Rishis y Manus, aparecieron en el principio de nuestra Raza, pero ya no aparecen más. Hasta la apariencia exotérica del Dhyân Chenresi sugiere la Enseñanza Esotérica. Igualmente que Daksha, él es, a no dudarlo, la síntesis de todas las Razas precedentes, y el progenitor de todas las Razas *humanas* después de la Tercera –la primera completa– y así se le represento como la *culminación* de las *cuatro* Razas Primordiales, en su forma de *once caras*. Ésta es una columna construida en cuatro gradas, teniendo cada serie tres caras o cabezas de complexión diferente; siendo las tres caras de cada Raza del tipo de sus tres transformaciones fisiológicas fundamentales. La primera es blanca (del color de la luna); la segunda es amarilla; la tercera roja obscura; la cuarta, en la que sólo hay



dos caras –pues la tercera está en blanco, como una referencia al fin prematuro de los Atlantes– es castaño oscuro. Padmapâni (Daksha) está sentado en la columna y constituye el ápice. A este respecto, compárese la Sloka 39. El Dhyân Chohan está representado con cuatro brazos, lo cual es otra alusión a las cuatro razas. Pues mientras dos están cruzados, en la tercera mano tiene un loto (Padmapâni, el “Portador del Loto”; la flor que simboliza la generación); y la cuarta sostiene una serpiente, emblema de la Sabiduría que posee. En su cuello tiene un rosario, y sobre su cabeza el signo del agua ☉ –la materia, el diluvio– mientras que en su frente ostenta el tercer ojo, el ojo de Shiva, el del profundo conocimiento espiritual. Se le llama “Protector” (del Tíbet), “Salvador de la Humanidad”. En otras ocasiones, cuando sólo tiene dos brazos, es Chenresi el Dhyâni, y Bodhisattva, Chakna Padma Karpo, “el que sostiene un loto blanco”. Otro nombre es Changton, “el de los mil ojos”, cuando está dotado de mil brazos y manos, en la palma de cada una de las cuales está representado un ojo de la Sabiduría, radiando estos brazos de su cuerpo como un bosque de rayos. Otro de sus nombres en sánscrito es Lokapati o Lokanâtha, “Señor del mundo”; y en tibetano, Jigten Gonpo, “Protector y Salvador” contra toda clase de mal (Compárese *Buddhism in Tibet*, págs. 88-90, de Schlagintweit).

Padmapâni, sin embargo, es el “Portador del Loto” simbólicamente, sólo para el profano; esotéricamente, significa el sostenedor de los Kalpas, el último de los cuales es llamado Padma, y representa la mitad de la vida de Brahmâ. Aunque en realidad es un Kalpa menor, se le llama Mahâ, “grande”, porque comprende la edad en que Brahmâ surgió de un Loto. Teóricamente los Kalpas son infinitos, pero prácticamente están divididos subdivididos en el Espacio y en el Tiempo, y cada división, descendiendo hasta la más pequeña, tiene su Dhyâni propio como patrón o regente. Padmapâni (Avalokiteshvara) se convierte en China, en su aspecto femenino, en Kwan-yin, “el que asume la forma que quiere, para salvar a la humanidad”. **El conocimiento del aspecto astrológico de las constelaciones en los respectivos “cumpleaños” de estos Dhyânīs –incluso Amitâbha (el A-mi-to Fo de la China), a saber: el día 19 del mes segundo, el 17 del oncenio y el 7 del tercero (Véase *Chinese Buddhism*, pág. 208, de Edkins), etc.– da a los Ocultistas grandes facilidades para ejecutar lo que se llaman maravillas “mágicas”.** Véase el porvenir de un individuo, con todos sus acontecimientos futuros dispuestos en orden, en un espejo *mágico* colocado bajo el rayo de ciertas constelaciones. Pero guardaos del reverso de la medalla, la BRUJERÍA. (D.S. III, 297-299).

. . . Eliphas Lévi trata de explicar el dogma de su Iglesia por medio de paradojas y metáforas; pero muy pobre resulta su éxito, ante los muchos volúmenes escritos



por piadosos demonólogos católicos romanos, bajo la aprobación y auspicios de Roma en este nuestro siglo XIX. Para el verdadero católico romano, el Demonio o Satán es una *realidad*; el drama desarrollado en la Luz Sideral, según el vidente de Patmos –que quizás deseaba hacer algo mejor que lo relatado en el *Libro de Enoch*– es un hecho tan real e histórico como cualquiera otro de las alegorías y sucesos simbólicos de la *Biblia*.

Pero los Iniciados dan una explicación que difiere de la de Eliphas Lévi, cuyo genio y astuta inteligencia tenían que someterse a cierto convenio, que a él le fue dictado por Roma.

De esta suerte, los kabalistas verdaderos y “libres” admiten que, para todos los fines de la Ciencia y Filosofía, es bastante que el profano sepa que el Gran Agente Mágico (llamado por los partidarios del Marqués de Saint Martin, los Martinistas, la Luz Astral; por los kabalistas y alquimistas de la Edad Media, la Virgen Sideral y el *Mysterium Magnum*, y por los Ocultistas orientales el Æther, la reflexión del Âkâsha), es lo que la Iglesia llama Lucifer. Para nadie es una novedad que los escolásticos latinos han conseguido transformar el Alma Universal y el Pleroma –*Vehículo de la Luz* y receptáculo de todas las formas, Fuerza esparcida en todo el Universo, con sus efectos directos o indirectos– en Satán y sus obras. Pero ahora aquellos escolásticos se preparan a comunicar al profano antes mencionado, hasta los secretos aludidos por Eliphas Lévi, sin *explicación adecuada* alguna a pesar de que la norma de conducta de este último, de emplear revelaciones veladas, sólo puede conducir a mayores supersticiones errores. ¿Qué puede, a la verdad, sacar en limpio un estudiante de Ocultismo, que sea principiante, de las siguientes sentencias altamente poéticas de Eliphas Lévi, pero tan apocalípticas como los escritos de cualquier alquimista?

Lucifer [la Luz Astral]... es una fuerza intermedia que existe en toda la creación; sirve ella para crear y para destruir, y la Caída de Adán fue una intoxicación erótica que ha convertido a su generación en esclava de esta Luz fatal... toda pasión sexual que domina nuestros sentidos, es un torbellino de esta Luz que trata de arrastrarnos hacia el abismo de la muerte.

La locura, las alucinaciones, las visiones, los éxtasis, son todas formas de una excitación muy peligrosa debida a este *fósforo interior* [?]. Finalmente, la luz es de la naturaleza del fuego, cuyo uso inteligente calienta y vivifica, y cuyo exceso, por el contrario, disuelve y aniquila.

De esta suerte el hombre está llamado a asumir un imperio soberano sobre esta Luz [Astral] conquistando con ello su inmortalidad, y al mismo tiempo está amenazado de intoxicarse, y de ser absorbido y eternamente destruido por ella.



Esta luz, por tanto, toda vez que es devoradora, vengativa y fatal, sería así en realidad el fuego del infierno, la serpiente de la leyenda; los errores atormentadores de que está llena, las lágrimas y el rechinar de dientes de los seres abortados que devora, el fantasma de la vida que se les escapa, y que parece burlarse e insultar su agonía, todo esto sería el Demonio o Satán verdaderamente (*Histoire de la Magie*, págs. 196, 197).

En todo esto no hay nada *falso*; nada, salvo una superabundancia de metáforas mal aplicadas, como, por ejemplo, en la aplicación del mito de Adán para la ilustración de los efectos astrales. Âkâsha (*Âkâsha no es el éter de la Ciencia, como lo traducen algunos orientalistas*), **la Luz Astral, puede definirse en pocas palabras: es el Alma Universal, la Matriz del Universo, el Mysterium Magnum del cual nace todo lo que existe, por separación o diferenciación. Es la causa de la existencia; llena todo el Espacio infinito, es el Espacio mismo, en un sentido, o sus principios sexto y séptimo a la vez** (Johannes Trithem, el Abad de Spanheim, el astrólogo y kabalista más grande de su tiempo, dice: “El arte de la magia divina consiste en la facultad de percibir la esencia de las cosas en la Luz de la Naturaleza (Luz Astral), y en usar los poderes del alma para producir cosas materiales procedentes del universo invisible, y en tales operaciones lo de Arriba y lo de Abajo tienen que juntarse y hacer que actúen armoniosamente. El Espíritu de la Naturaleza (la Luz Astral) es una unidad que crea y forma todo, y que, actuando por medio del hombre, puede producir cosas maravillosas. Tales procesos tienen lugar con arreglo a la ley. Conoceréis la ley por la cual se verifican estas cosas, si aprendéis a conoceros a vosotros mismos. La conoceréis por el poder del espíritu que está en vosotros, y la llevaréis a efecto mezclando vuestro espíritu con la esencia que se desprende de vosotros. Si deseáis tener éxito en tal labor, tenéis que aprender a separar el espíritu y la vida en la Naturaleza, y además, a separar el alma astral en vosotros y hacerla tangible, y entonces la substancia del alma aparecerá visible y tangible, hecha objetiva por el poder del Espíritu”. (Citado en *Paracelsus* del Dr. Franz Hartmann, págs. 164, 165). Pero como finita en lo Infinito, en lo que a la manifestación concierne, esta Luz debe tener su aspecto sombrío, como ya se ha observado. Y como lo Infinito jamás puede ser manifestado, de aquí que el mundo finito tenga que contentarse con *sólo la sombra*, atraída, con sus acciones, sobre la humanidad, y que los hombres atraen y *ponen en actividad*. De modo que al paso que la Luz Astral es la Causa Universal en su unidad no manifestada e infinita, se convierte, respecto de la humanidad, simplemente en los efectos de las causas producidas por los hombres en sus vidas pecadoras. No son sus brillantes moradores —ya se llamen Espíritus de la Luz o de las Tinieblas— los que producen el Bien y el Mal, sino que la humanidad misma es la que determina la inevitable acción y reacción del Gran Agente Mágico. La humanidad es la que se ha convertido en la “Serpiente del Génesis”, causando así diariamente y a cada hora la Caída y el Pecado de la “Virgen Celestial”, la cual se convierte de este modo en Madre de Dioses y de Demonios a un mismo tiempo; pues ella es la Deidad siempre amante, y benéfica, para todos los que conmueven su *Alma* y su *Corazón*, en lugar de atraer hacia sí su esencia sombría manifestada, llamada por Eliphas Lévi “la luz fatal” que mata y destruye. La humanidad, en sus unidades, puede exceder y dominar sus efectos, pero tan sólo



por la santidad de vida y produciendo buenas causas. Tiene ella poder únicamente sobre los principios *inferiores* manifestados, sombra de la Deidad Desconocida e Incognoscible en el Espacio. Pero en antigüedad y *realidad*, Lucifer o Luciferus es el nombre de la Entidad Angélica que preside sobre la Luz de la Verdad como sobre la luz del día. En el gran Evangelio Valentiniano *Pistis Sophia* se enseña que de los tres Poderes que emanan de los Santos Nombres de los tres Poderes Triples (Tridugámeiç), el de Sophia (el Espíritu Santo, según estos gnósticos, los más instruidos de todos) res De esta suerte, para el profano, la Luz Astral puede ser Dios y Demonio a la vez –*Demont est Deus inversus*–, lo que es como decir que en cada punto, en el Espacio Infinito, palpitan las corrientes magnéticas y eléctricas de la Naturaleza *animada*, las ondas productoras de la vida y de la muerte, pues la muerte en la tierra se convierte en vida en otro plano. Lucifer es la Luz divina y terrestre, el “Espíritu Santo” y “Satán” de una pieza y al mismo tiempo el Espacio *visible* verdaderamente lleno invisiblemente con el Aliento diferenciado; y la Luz Astral, los efectos manifestados de los dos que son uno, guiada y atraída por nosotros mismos, es el *Karma* de la Humanidad, entidad a la vez personal e impersonal: personal, porque es el nombre místico dado por Saint Martin a la Hueste de Creadores Divinos, Guías y Regentes de este Planeta; *impersonal*, como Causa y Efecto de la Vida y Muerte Universales. (D.S. IV, 107-111).

El Mar de Fuego” es, pues, la Luz Super-Astral (o sea Noumenal), la radiación primera de la Raíz Mulaprakriti, la Substancia Cósmica no diferenciada que se convierte en Materia Astral. También es llamada la “Serpiente de Fuego”, tal como se ha descrito antes. Si se tiene presente que tan solo existe Un Elemento Universal infinito, innato e inmortal, y que todo el resto –como en el mundo de los fenómenos– son tan solo múltiples aspectos y transformaciones diferenciadas (correlaciones las llaman hoy) de esa Unidad, desde los efectos macrocósmicos a los efectos microcósmicos; desde los seres sobrehumanos hasta los humanos y subhumanos, la totalidad, en resumen, de la existencia objetiva, desaparecerá entonces la dificultad primera y principal, y la Cosmología Oculta podrá ser dominada. Tanto en la Teogonía egipcia como en la india, ha existido una Deidad *Oculta*, el UNO, y un dios creador andrógino; siendo Shoo el dios de la creación, y Osiris, en su forma primaria y original, el dios “cuyo nombre es desconocido” (Véase *Abydos* de Mariette, II, 63, y MI, 413, 414, No 1.122).

Todos los kabalistas y ocultistas, orientales y occidentales, reconocen: (a), la identidad del “Padre-Madre” con el Ather Primordial o Akasha (Luz Astral); y (b),



su homogeneidad antes de la evolución del “Hijo”, Fohat cósmicamente, pues es la Electricidad Cósmica. “*Fohat endurece y dispersa a los Siete Hermanos*” (*Libro de Dzyan*, III), lo cual significa que la Entidad Eléctrica Primordial –pues los ocultistas orientales insisten en que la Electricidad es una Entidad– electriza, comunicándole la vida, y separa en átomos al material primordial o materia pre-genética, siendo estos átomos el origen de toda vida y conciencia. “Existe un agente único universal de toda forma y de toda vida, el cual es llamado Od, Ob y Aour (Od es la Luz pura que da la vida, o fluido magnético; Ob, el mensajero de muerte usado por los hechiceros, el fluido dañino y malo; Aour es la síntesis de los dos, propiamente la Luz Astral ¿Pueden decir los filólogos por qué Od, término usado por Reichenbach para denominar el fluido vital, es también una palabra tibetana que significa luz, resplandor, brillantez? También significa “cielo” en un sentido oculto. De donde viene, pues, la raíz de la palabra? Pero Akasha no es por completo el Éter, sino algo mucho mas elevado que este, como se mostrará), activo y pasivo, positivo y negativo, como fue el día y la noche: es la primera luz en la Creación” (Eliphas Levi) –la “luz primera” del Elohim primordial, el Adam “andrógino”, o (científicamente) la Electricidad y la Vida.

Los antiguos lo han representado por una serpiente, porque “Fohat silba cuando se desliza de un punto a otro” en zigzag. La *Kabalah* lo representa con la letra Hebrea Teth, cuyo símbolo es la serpiente, que ha desempeñado un papel tan principal en los Misterios. Su valor universal es nueve, porque es la novena letra del alfabeto, y la novena puerta de los cincuenta portales o pórticos que conducen a los misterios ocultos del ser. Es el agente mágico *por excelencia*, y en la filosofía Hermética designa “la Vida infundida en la Materia Primordial”, la esencia que constituye todas las cosas, y el espíritu que determina sus formas. Pero existen dos operaciones herméticas secretas, una espiritual y otra material, correlativas y por siempre unidas.

Como dice Hermes:

Tu separaras la tierra del fuego, lo sutil de lo solido..., lo que asciende de la tierra a los cielos y desciende de nuevo de los cielos a la tierra... Ella [la luz sutil] es la potencia de cada fuerza, puesto que domina todas las cosas sutiles y penetra en todo lo solido. Así fue formado el mundo.

No fue Zenón, el fundador del sistema de los estoicos, el único que enseñó que el Universo se desenvuelve, y su Substancia primera se transforma del estado de fuego en el de aire, después en el de agua, etc. Heráclito de Éfeso sostenía que el único principio existente bajo todos los fenómenos de la Naturaleza es el fuego. La inteligencia que mueve al Universo es el fuego, y el fuego es inteligencia. Y mientras Anaximenes dice lo mismo respecto del aire, y Thales de Mileto (600 años antes de Cristo) lo dice acerca del agua, la Doctrina Esotérica reconcilia a todos estos filósofos demostrando que a pesar de estar en lo justo cada cual en



su respectivo sistema, ninguno de estos, sin embargo, era completo. (D.S. I, 174-176).

. . . Discutiendo y explicando la naturaleza de los Elementos invisibles y del “Fuego Primordial” mencionado antes, Eliphas Levi le llama invariablemente la “Luz Astral”; para él es el “Grand Agent Magique”. Indudablemente que lo es, pero tan solo en lo referente a la Magia *Negra* y a los planos mas inferiores de lo que nosotros llamamos el Éter, cuyo nómeno es el Akasha; y aun esto sería considerado como inexacto por los ocultistas ortodoxos. La “Luz Astral” es, simplemente, la más antigua “Luz Sideral” de Paracelso; y el decir que “todo cuanto existe ha sido desenvuelto de la misma, y que conserva y reproduce todas las formas” como él escribe, es enunciar la verdad tan solo en lo referente a la segunda proposición. La primera es errónea; porque, si todo cuanto existe fue desenvuelto *por medio* (o por *vía*) de ellos, esto no es la Luz Astral, puesto que esta última no es la que contiene *todas* las cosas, sino a lo sumo, el reflector de este *todo*. Eliphas Levi la presenta, con mucha razón, como “una fuerza de la Naturaleza” por medio de la cual, “un hombre sólo que la dominase..., podría sumir al mundo en confusión y transformar su faz”; pues es el “Gran Arcano de la Magia trascendente” Al citar lo dicho por el gran kabalista occidental en la forma en que se ha traducido (*The Mysteries of Magic*, por A. E. Waite), podemos quizás explicarlo mejor con la adición eventual de una palabra o dos, para hacer ver la diferencia entre las explicaciones occidentales y las orientales del mismo asunto. Dice el autor, en lo referente al gran Agente Mágico:

Este fluido ambiente y omni-penetrante, este rayo destacado del esplendor del Sol [Central o Espiritual]... fijado por el peso de la atmósfera (?) y por el poder de la atracción central... la Luz Astral, este éter electromagnético, este calórico vital y luminoso, es representado en los antiguos monumentos por el cinturón de Isis que se enrosca alrededor de dos polos..., y en las antiguas teogonías por la serpiente devorando su propia cola, emblema de la prudencia y de Saturno [emblema del infinito, de la inmortalidad y de Kronos —el Tiempo—, no el Dios o el planeta Saturno]. Es el dragón alado de Medea, la serpiente doble del caduceo y el tentador del *Génesis*; pero es también la culebra de bronce de Moisés rodeando la Tau...; por último, es el diablo del dogmatismo exotérico, y es realmente la fuerza ciega [no es ciega y Levi lo sabía], que deben vencer las almas para desprenderse de las cadenas de la Tierra; porque de no hacerlo, serán absorbidas por el mismo poder que primero las produjo, y volverán al fuego central y eterno.

Este gran Archaeus ha sido ahora públicamente descubierto por y para un sólo hombre (J.W. Keeley, de Filadelfia). Para otros, *está*, sin embargo, descubierto, aunque debe permanecer casi inútil. “Hasta aquí llegarás...”



Todo lo anterior es tan práctico como exacto, salvo un error, que ya hemos explicado. Eliphas Levi comete una gran equivocación al identificar siempre la Luz Astral con lo que nosotros llamamos Akasha. Lo que es realmente, se explicará en el volumen II.

Eliphas Levi escribe mas adelante:

El gran Agente Mágico es la cuarta emanación del principio de vida [nosotros decimos es la primera en el Universo interno, y la segunda en el externo (el nuestro)]. del cual el Sol es la tercera forma... porque el astro del día [el Sol] es tan sólo la reflexión y sombra material del Sol Central de verdad, el cual ilumina al mundo intelectual [invisible] del Espíritu, siendo el mismo solo un fulgor prestado de lo Absoluto.

Hasta aquí es bastante exacto. Pero cuando la gran autoridad de los kabalistas occidentales añade que, sin embargo, “no es el Espíritu inmortal como han imaginado los Hierofantes indos”, contestamos nosotros que calumnia a dichos Hierofantes, porque no han dicho semejante cosa; pues hasta las mismas escrituras puránicas exotéricas contradicen por completo el aserto. Jamás indo alguno ha confundido a Prakriti con el “Espíritu inmortal”; la Luz Astral esta tan solo por encima del plano inferior de Prakriti, el Kosmos Material. Prakriti es siempre llamado Maya, Ilusión, y se halla condenado a desaparecer con el resto, incluso los Dioses, a la hora del Pralaya. Como se ha hecho ver, Akasha no es ni siquiera el Éter, y por tanto, menos todavía, como podemos imaginar, puede ser la Luz Astral. Los incapaces de penetrar más allá de la letra muerta de los *Purânas*, han confundido en ocasiones a Akasha con Prakriti, con el Éter, y hasta con el cielo visible. Ciertamente es también que aquellos que han traducido invariablemente la palabra Akasha por “Éter” –Wilson, por ejemplo, viendo que se le llamaba “la causa material del sonido”, poseyendo, además, esta *única y sola propiedad* han imaginado, en su ignorancia, que era “material” en el sentido físico. Ciertamente, además, que si las cualidades características tienen que ser aceptadas literalmente, entonces, desde el momento en que nada material o físico, y, por lo tanto, condicionado y temporal, puede ser inmortal (según la metafísica y la filosofía), la consecuencia sería que Akasha no es ni infinito ni inmortal. Pero todo esto es erróneo, puesto que Pradhana, la Materia Primordial, y el Sonido, como propiedad, han sido mal comprendidos; siendo el primer termino (Pradhana) ciertamente sinónimo de Mulaprakriti y de Akasha, y el segundo (el Sonido), sinónimo del Verbo, la Palabra o el Logos. Esto es fácil de demostrar, pues se ve en las frases siguientes del *Vishnu Purâna*: “No existía ni día ni noche, ni cielo ni tierra, ni tinieblas, ni luz, ni ninguna otra cosa, sino tan solo Una, inapreciable para la inteligencia o aquello que es Brahman y Pums [Espíritu] y Pradhana [Materia Primordial]...” (D.S. I, 446-449),



Nos enseña la Ciencia que en los organismos del hombre y del animal, lo mismo vivos que muertos, hormigean las bacterias de un centenar de diversas especies; que nos vemos amenazados desde fuera con la invasión de microbios a cada una de nuestras inspiraciones, y de dentro por leucomáinas, aerobios, anaerobios y muchas más cosas. Pero la Ciencia no ha ido todavía tan lejos como la doctrina oculta, la cual asegura que nuestros cuerpos, lo mismo que los de los animales, plantas y piedras, están por completo contruidos de semejantes seres, a los que, exceptuando sus mayores especies, ningún microscopio puede observar. En lo que se refiere a las porciones puramente animal y material en el hombre, se halla la Ciencia en camino de descubrimientos, que irán muy lejos, corroborando esta teoría. La Química y la Fisiología son los dos grandes magos del futuro, que están destinados a abrir los ojos de la humanidad a las grandes verdades físicas. Cada día se demuestra más y más claramente la identidad entre el animal y el hombre físico, entre la planta y el hombre, y aún entre el reptil y su madriguera, la roca, y el hombre. Una vez comprobada la identidad de los constituyentes físicos y químicos de todos los seres, puede muy bien decir la ciencia química que no existe diferencia alguna entre la materia de que se forma un buey y la que forma al hombre. Pero la doctrina oculta es mucho mas explicita. Ella dice: No solamente los constituyentes químicos son los mismos, sino que las mismas Vidas *invisibles* infinitesimales forman los átomos de los cuerpos de la montaña y de la margarita, del hombre y de la hormiga, del elefante y del árbol que le resguarda del sol. Toda partícula (ya la llamen orgánica o inorgánica) es una Vida. Todo átomo y molécula en el Universo es a la par *dador de vida* y *dador de muerte* para las formas, por cuanto construye por agregación universos, y los efímeros vehículos dispuestos para recibir el alma que transmigra; así como del mismo modo destruye y cambia eternamente las *formas*, y expele las almas de sus mansiones temporales. Crea y mata; genera y destruye por sí; trae a la existencia, y aniquila, a ese misterio de los misterios, el *cuerpo viviente* del hombre, animal o planta, a cada segundo en el tiempo y en el espacio; genera igualmente la vida y la muerte la belleza y la fealdad, el bien y el mal, y aun las sensaciones agradables y desagradables, las benéficas y las maléficas. Es esa VIDA misteriosa, representada colectivamente por millones innumerables de Vidas, la que sigue, en su camino propio y esporádico, la ley del atavismo hasta el presente incomprensible; la que copia parecidos de familia, como asimismo los que encuentra impresos en el aura de los generadores de cada ser humano futuro; un misterio, en resumen, al cual se concederá mayor atención en otra parte. Por ahora, puede citarse un ejemplo como ilustración. La ciencia moderna empieza a descubrir que la ptomaina, el alcaloide venenoso generado por la materia en descomposición y por los cadáveres —una *vida* también—, extraído con auxilio del éter volátil, produce un olor tan fuerte como el de las más lozanas



flores de azahar; y que privados de oxígeno, estos alcaloides, o bien producen el más repugnante y desagradable de los olores, o el más agradable de los aromas, que recuerda el de las flores mas delicadas; y se sospecha que esas flores deben su agradable perfume a la venenosa ptomaina. La esencia ponzoñosa de ciertos hongos es casi idéntica al veneno de la cobra de la India, la más mortífera de las serpientes. Los sabios franceses Arnaud, Gautier y Villiers han encontrado en la saliva de hombres vivos el mismo alcaloide venenoso que en la del sapo, la salamandra, la cobra y el trigonocéfalo de Portugal. Se ha probado que el veneno más mortal, llámese ptomaina, leucomaina o alcaloide, es generado por los hombres, animales y plantas vivas. El mismo sabio Gautier ha descubierto un alcaloide en la carne fresca y en los sesos de un buey, y un veneno al cual llama xanthocreatinina, semejante a la sustancia extraída de la saliva venenosa de los reptiles. Los tejidos musculares, los órganos más activos en la economía animal, se sospecha que son los generadores o factores de venenos que tienen la misma importancia que el ácido carbónico y la urea en las funciones de la vida, y son los productos postreros de la combustión interna. Y aunque no se ha determinado todavía por completo si los venenos pueden ser generados por el sistema animal de los seres vivientes, sin la participación e intervención de los microbios, se ha visto, sin embargo, que el animal produce sustancias venenosas en su estado fisiológico o vivo.

Así, habiendo descubierto los efectos, tiene la Ciencia que buscar sus causas *primarias*, y jamás podrá encontrarlas sin el auxilio de las antiguas ciencias, la alquimia, la física y la botánica ocultas. **A nosotros se nos enseña que cada cambio fisiológico, además de los fenómenos patológicos, enfermedades (aun más, la vida misma, o mas bien los fenómenos objetivos de la vida, producidos por ciertas condiciones y cambios en los tejidos del cuerpo, que permiten y fuerzan a la vida a que actué en aquel cuerpo), que todo esto es debido a esos invisibles “Creadores” y “Destruyores” llamados microbios de un modo tan vago y general. Pudiera suponerse que estas Vidas Ígneas y los microbios de la ciencia son idénticos. Esto no es verdad. Las Vidas Ígneas constituyen la séptima y más elevada subdivisión del plano de la materia, y corresponden en el individuo a la Vida Una del Universo, si bien únicamente en aquel plano de materia. Los microbios de la Ciencia son la subdivisión primera y más inferior en el segundo plano, el del Prana material o Vida. El cuerpo físico del hombre sufre un completo cambio de estructura cada siete años, y su destrucción y conservación son debidas a las funciones alternadas de las Vidas Ígneas, como Destruyores y Constructores. Son Constructores sacrificándose ellas mismas, en forma de vitalidad, para contener la influencia destructora de los microbios; y proporcionando a estos lo que es necesario, les obligan bajo esa restricción**



a construir el cuerpo material y sus células. También son ellas Destructoras, cuando aquella restricción desaparece; y faltándoles a los microbios la energía vital constructora, quedan en libertad para convertirse en agentes destructores. Así, durante la primera mitad de la vida del hombre, los primeros períodos de siete años, se hallan las Vidas Ígneas indirectamente dedicadas a construir el cuerpo material del hombre; la Vida se halla en una escala ascendente, y se emplea la fuerza en la construcción y el aumento. Después de pasado este período, principia la edad de retroceso, y agotando su energía, la obra de las Vidas Ígneas, comienza también la obra de la destrucción y de la decadencia.

Puede encontrarse aquí una analogía entre los sucesos cósmicos en el descenso del Espíritu hacia la materia, durante la primera mitad de un Manvantara (lo mismo planetario que humano), y su ascenso, a expensas de la materia, en la segunda mitad. Estas consideraciones tienen que ver tan solo con el plano de la materia; pero la influencia restrictiva de las Vidas Ígneas en la subdivisión más inferior del segundo plano (los microbios) es confirmada por el hecho descrito en la teoría de Pasteur antes mencionada de que las células de los órganos, cuando no encuentran el oxígeno suficiente para sí mismas, se adaptan a aquella condición y forman *fermentos*, los cuales, absorbiendo oxígeno de las sustancias con que se ponen en contacto, las destruyen. Así comienza el proceso de destrucción por la célula que priva a su vecina de la fuente de su vitalidad cuando es insuficiente el suministro; y una vez comenzada la ruina de este modo, progresa constantemente.

Experimentadores tales como Pasteur son los mejores amigos y auxiliares de los Destructores, y los peores enemigos de los Creadores, si los últimos no fuesen al mismo tiempo destructores también. Sea como fuese, una cosa hay cierta en esto: el conocimiento de estas causas primarias y de la última esencia de cada Elemento, de sus Vidas, sus funciones, propiedades y condiciones de cambio, constituye la base de la MAGIA. Paracelso ha sido, quizás, el único ocultista en Europa, durante los últimos siglos de la Era Cristiana, que estaba versado en este misterio. Si una mano criminal no hubiese puesto fin a su vida años antes del tiempo que la Naturaleza le había concedido, la Magia fisiológica tendría muchos menos secretos para el mundo civilizado, que los que ahora tiene. (D.S. I, 457-461).

El Universo ha sido desarrollado de su plan ideal, sostenido al través de la Eternidad en la Inconsciencia de lo que los vedantinos llaman Parabrahman. Esto es prácticamente idéntico a las conclusiones de la filosofía occidental



mas elevada, “las Ideas innatas, eternas y existentes por sí mismas” de Platón, reflejada ahora por Von Hartmann. Lo “Incognoscible”, de Herbert Spencer, solo tiene un parecido muy débil con aquella Realidad trascendente en que creen los ocultistas, apareciendo con frecuencia tan solo como la personificación de una “fuerza tras de los fenómenos” (una Energía infinita y eterna, de la cual todas las cosas han procedido); al paso que el autor de la *Filosofía de lo Inconsciente* se ha aproximado tanto (en este sentido únicamente) a la solución del gran Misterio, como puede hacerlo un mortal. Pocos han sido, ya sea en la filosofía antigua o en la de la Edad Media, los que se han atrevido a tratar de la cuestión o sugerirla siquiera. Paracelso la menciona incidentalmente, y sus ideas se hallan de modo admirable sintetizadas por el Dr. F. Hartmann, M. S. T., en su *Paracelsus*, que acabamos de citar.

Todos los kabalistas cristianos han comprendido bien la idea oriental fundamental. El Poder activo, el “Movimiento Perpetuo del gran Aliento” despierta el Cosmos a la aurora de cada nuevo Periodo, poniéndolo en movimiento por medio de las dos Fuerzas contrarias, la centrípeta y la centrífuga, que son lo masculino y lo femenino, positivo y negativo, físico y espiritual, constituyendo las dos la Fuerza *Primordial* una, y siendo de este modo causa de que se objeque en el plano de la Ilusión. En otras palabras, este movimiento doble transfiere el Cosmos desde el plano del Ideal eterno al de la manifestación finita, o desde lo *Noumenal* a lo *Fenomenal*. Todas las cosas que *son, eran y serán*, SON eternamente, hasta las mismas Formas innumerables, que son finitas y perecederas tan solo en su aspecto objetivo, pero no en su forma *ideal*. Ellas han existido como Ideas en la Eternidad, y cuando desaparezcan, existirán como reflexiones. El Ocultismo enseña que no puede darse a nada ninguna forma, sea por la Naturaleza o por el hombre, cuyo tipo ideal no exista ya en el plano subjetivo. Más aun: que ninguna forma o figura es posible que entre en la conciencia del hombre, o se desenvuelva en su imaginación, que no exista en prototipo, al menos como una aproximación. Ni la forma del hombre, ni la de ningún animal, planta o piedra, ha sido jamás “creada”; y tan solo en este nuestro plano es donde ha comenzado a “venir a ser”, esto es, a objetivarse en su estado material presente o expansionarse de *dentro hacia afuera*: desde la esencia más sublimada y suprasensible, hasta su aspecto el más denso. Por lo tanto, *nuestras* formas humanas han existido en la Eternidad como prototipos astrales o etéreos: con arreglo a cuyos modelos, los Seres Espirituales o Dioses, cuyo deber era traerlas a la existencia objetiva y vida terrestre, desarrollaron las formas proto-plásmicas de los Egos futuros, de *su propia* esencia. Después de lo cual, cuando este Upadhi o molde fundamental humano estuvo dispuesto, las Fuerzas terrestres naturales comenzaron a actuar sobre aquellos moldes suprasensibles, *que contenían, además de sus elementos*



propios, los de todas las formas pasadas vegetales y futuras animales de este Globo. Por lo tanto, la envoltura exterior del hombre ha pasado por cada uno de los cuerpos vegetales y animales, antes de asumir la forma humana. Como esto será plenamente descrito en los volúmenes III y IV, en los Comentarios, no es necesario hablar más aquí acerca de ello.

Según la filosofía hermético-kabalística de Paracelso, el Yliaster o proto-materia primordial (el Magnus Limbus o “Padre-Madre”) —el antecesor precisamente del Protilo recién nacido, introducido en la química por Mr. Crookes— es el que de sí mismo desarrolló el Cosmos.

Según la filosofía hermético-kabalística de Paracelso, el Yliaster o proto-materia primordial —el antecesor precisamente del Protilo recién nacido, introducido en la química por Mr. Crookes— es el que de sí mismo desarrolló el Cosmos.

Cuando la creación [evolución] tuvo lugar, el Yliaster se dividió; se fundió y se disolvió, por decirlo así, desarrollando [de dentro] de sí mismo el Ideos o Caos (Misterium Magnum, Iliados, Limbus Mayor o Materia Primordial). Esta Esencia Primordial es de una naturaleza monística y se manifiesta no solo como actividad vital o fuerza espiritual, poder oculto incomprensible e indescriptible, sino también como materia vital de que se compone la substancia de los seres vivientes. En este Limbus o Ideos de materia primordial..., única matriz de todas las cosas creadas, se halla contenida la substancia de todas las cosas. Los antiguos la describen como el Caos... del cual surgió a la existencia el Macrocosmo, y después cada ser separadamente, por división y evolución en *Mysteria Specialia* (Esta palabra es explicada por el Dr. Hartmann, según los textos originales de Paracelso que tenía ante él, como sigue: Según este gran Rosacruz, “Mysterium es todo aquello de lo cual pueda desenvolverse algo que esta tan solo germinalmente contenido en ello. Una semilla es el Mysterium de una planta, un huevo el de un pájaro, etc.”). Todas las cosas y todas las substancias elementales estaban contenidas en el, *in potentia*, pero no *in actu* (Ob. cit., págs. 41-42).

Esto hace observar con justicia el traductor, Dr. F. Hartmann, que “parece como si Paracelso se hubiese anticipado al moderno descubrimiento de la “potencia de la materia” hace trescientos años”.

Este Magnus Limbus o Yliaster de Paracelso es, pues, sencillamente, nuestro antiguo amigo “Padre-Madre”, dentro, antes de que apareciese en el Espacio. Es la Matriz Universal del Cosmos, personificada en el carácter doble del Macrocosmo y Microcosmo, o el Universo y nuestro Globo (Tan sólo los kabalistas de la Edad Media, siguiendo a los judíos y a uno o dos neoplatónicos, han sido los que han aplicado la palabra *Microcosmos* al hombre. La antigua filosofía llamaba a la Tierra el Microcosmos del Macrocosmos, y al hombre el producto de los dos), **por Aditi-Prakriti, la Naturaleza espiritual y física.** Pues vemos explicado en Paracelso que:



El Magnus Limbus es el semillero del cual todas las criaturas se han desarrollado, del mismo modo que de una semilla diminuta se desarrolla un árbol; con la diferencia, sin embargo, de que el gran Limbus tiene su origen en la Palabra de Dios, al paso que el Limbus menor (la semilla o esperma terrestre) lo tiene en la tierra. El gran Limbus es el germen del cual todos los seres han procedido, y el pequeño Limbus es cada uno de los seres últimos en reproducir su forma, y que ha sido a su vez producido por el grande. El pequeño posee todas las cualidades del grande, en el mismo sentido que un hijo tiene una organización similar a la de su padre... Cuando... Yliaster se disolvió, Ares, el poder divisor, diferenciador e individualizador [Fohat, otro antiguo amigo]... comenzó a obrar. Toda producción tuvo lugar a consecuencia de la separación. Del Ideos fueron producidos los elementos del Fuego, Agua, Aire y Tierra, cuyo nacimiento, sin embargo, no tuvo lugar de un modo material o por simple separación, sino espiritual y dinámicamente (ni siquiera por combinaciones complejas, esto es, mezcla mecánica como opuesta a combinación química], así como puede brotar el fuego de un pedernal, o un árbol de una semilla, aunque no existan originalmente ni fuego en el guijarro, ni árbol en la semilla. “El Espíritu es viviente, y la “Vida es Espíritu”; y Vida y Espíritu [Prakriti-Purusha (?)] producen todas las cosas, pero son esencialmente uno y no dos...”. Los elementos también tienen cada uno su propio Yliaster, porque toda la actividad de la materia en cada forma, es tan solo un efluviio de la misma fuente. Pero así como de la semilla se desarrollan las raíces con sus fibras, después el tronco con sus ramas y sus hojas, y por fin las flores y semillas; del mismo modo nacieron todos los seres de los Elementos, y se componen de sustancias elementales, de la que otras formas pueden venir a la existencia, presentando los caracteres de sus padres (Esta doctrina presentada hace trescientos años” —observa el traductor— es idéntica a la que ha puesto en revolución al pensamiento moderno, después de haber sido transformada y elaborada por Darwin. Más elaborada aún lo está por Kapila en la filosofía Sankhya.”). Los elementos, como madres de todas las criaturas, son *de una naturaleza invisible, espiritual, y tienen alma* (El ocultista oriental dice que son guiados y animados por Seres Espirituales, los Obreros en los mundos invisibles, y tras del velo de la Naturaleza Oculta, o Naturaleza *in abscondito*). Brotan todos del Mysterium Magnum.

Compárese esto con el Vishnu Purana:

De Pradhana [la Substancia Primordial], presidida por Kshetrajna [“el espíritu encarnado” (?)], procede el desarrollo desigual [Evolución] de aquellas cualidades... Del gran Principio (Mahat) Inteligencia [Universal, o Mente]... procede el origen de los elementos sutiles y de los órganos del sentido... (Wilson, I, II (vol. I, pág. 35).

Puede demostrarse de este modo que todas las verdades capitales de la Naturaleza eran universales en la antigüedad; y que las ideas fundamentales referentes al Espíritu, a la Materia y al Universo, o acerca de Dios, de la Substancia y del Hombre, eran idénticas. Estudiando las dos filosofías religiosas más antiguas del mundo, el hinduismo y el hermetismo, en las



escrituras de la India y de Egipto, se observa fácilmente la identidad de los dos. (D.S. I, 489-494).

. . . Tanto en el viejo como en el nuevo continente (el primero mucho más joven que el segundo) la ciencia de las ciencias (la magia) fue conocida y practicada, desde tiempos remotísimos. Los iniciados tenían sus iniciados, magos sacerdotes, hierofantes y criptas de iniciación. Se han exhumado en Méjico dos estatuas precolombinas, una de las cuales representa a un adepto mejicano en la postura ritualística de los ascetas indos, y la otra a una sacerdotisa azteca con la cabeza adornada exactamente como las diosas de la India. Por otra parte, las “medallas guatemaltecas” ostentan el “Árbol del Conocimiento” (con sus centenares de ojos y orejas, simbólicos de la vista y oído) rodeados por la “Serpiente de Sabiduría” en actitud de susurrar al oído del ave sagrada. Bernardo Díaz de Castilla, oficial de Hernán Cortés, da alguna idea del exquisito refinamiento, de la vida inteligente y potente civilización, así como de las artes mágicas, del pueblo que los españoles sometieron. Sus pirámides son como las egipcias, construidas según las mismas secretas reglas de proporción, denotando que la civilización y sistema religioso de los aztecas se deriva, en más de un aspecto, de la misma fuente que el de los egipcios y de sus antecesores los indos. En los tres pueblos se cultivaron en sumo grado los arcanos de la magia, o filosofía natural. Porque natural, y no sobrenatural, era todo lo concerniente a ella; y así lo consideraron muy acertadamente los antiguos. (D.S. V, 31-32)

. . . Buddhi sirve como vehículo de esta Paramatmica sombra. Este Buddhi es universal, como lo es también el Atma humano. En el Huevo Áurico esta Prana, el macrocosmico pentáculo (Estrella de cinco puntas) de la vida, que contiene en si el pentagrama representativo del hombre. **El pentáculo universal debe trazarse con el vértice hacia arriba, como signo de la magia blanca. Por el contrario, el pentáculo humano, con los miembros inferiores hacia arriba en forma de “cuernos de Satanás”, como les llaman los cabalistas cristianos, es el símbolo de la materia, del hombre personal y del mago negro.** Porque este pentáculo invertido no representa únicamente a Kama, el cuarto Principio en la enumeración exotérica, sino que representa también al hombre físico, al animal de carne, con todos sus deseos y pasiones. (D.S. VI, 217).

La fuente y la base de la magia esta en el Espíritu y en el Pensamiento, ya en el plano puramente divino, ya en el plano terrestre. Los que conocen la



historia de Simón, pueden escoger entre las dos versiones, la de la magia blanca y la de la magia negra, que se dan a su unión con Elena, llamada por el su Epinoia (Pensamiento). . .

. . . Quienes lo comprendían perfectamente supieron que “Elena” significaba el matrimonio de Nous (Atma–Buddhi) con Manas, la unión mediante la cual se identifican la Voluntad y el Pensamiento y quedan dotados de divinos poderes. Porque la pura esencia de Atman, el primordial, eterno y universal Fuego Divino que “existió, existe y existirá”, pertenece a todos los planos. Buddhi es su vehículo o Pensamiento, generado por el “Padre” a quien también genera, y a su vez a la Voluntad. Ha existido, existe y existirá siempre, y en conjunción con Manas se convierte en lo masculino–femenino tan solo en esta esfera. De aquí que cuando Simón el Mago afirma de sí mismo que es el Padre, el Hijo y el Espíritu, y dice que Elena es su Epinoia o Pensamiento Divino, simboliza con ello la unión de Buddhi con Manas. Elena representaba la Shakti, o potencia femenina, del hombre interno. (D.S. VI, 160-162).

. . . Descartes fue uno de los pocos que se atrevieron a decir que a la medicina oculta se le deberían descubrir los destinados a dilatar los dominios de la filosofía; y Brierre de Boismont, no sólo compartía esta esperanza, sino que explícitamente manifestaba sus simpatías por el super-naturalismo a que llamaba el “magno credo universal”. Dice a este propósito: “Creo, de acuerdo con Guizot, que la existencia de la sociedad está íntimamente ligada a lo sobrenatural y es inútil que el racionalismo moderno lo rechace por no saber explicar las íntimas causas de los fenómenos a pesar del *positivismo* de que alardea. **Lo sobrenatural está universalmente arraigado en el fondo de todos los corazones. Los hombres de mayor talento son sus más ardorosos discípulos**” (Pierre de Boismont – *De las alucinaciones*, p. 60).

Colón descubrió el continente americano, y Américo Vesputio le usurpó la nombradía del descubrimiento. Paracelso redescubrió las secretas propiedades del imán (el hueso de Horus, como le llamaban los antiguos, que doce siglos atrás se valían de él en los Misterios, teúrgicos) y fundó la escuela teúrgico–magnética de la Edad Media. Sin embargo, Mesmer, que tres siglos después de Paracelso continuó su escuela, usurpó la fama al insigne filósofo ígneo, que acabó sus días en un hospital. Tal es el mundo. Los nuevos descubrimientos son hijos de la ciencia antigua. Los hombres se suceden sin alteración de la naturaleza humana. (Isis I, 170-171).



Las personas que por ignorancia más que por otra causa practican el mal, sólo pueden atacar el aspecto inferior de aquellos contra los cuales sienten alguna forma de animosidad o antipatía. Utilizan a este fin cosas físicas, etéricamente relacionadas con los sujetos que son centro y blanco de sus malas intenciones y actúan luego decididamente contra estas cosas. Esta actividad se transmite por simpatía de vibraciones en aspectos definidos de mal sobre quienes fueron propietarios o utilizaron tales cosas y se establece así una corriente ininterrumpida de mal que va desde quien lo practica a la cosa u objeto de referencia y de ahí al sujeto a quien se pretende perjudicar, una corriente magnética que de no ser debidamente atajada por destrucción de tales elementos físicos de referencia, llega a destruir progresiva y sistemáticamente la red etérica protectora de determinados órganos físicos sobre los cuales se actúa, hasta provocar la muerte física por destrucción de aquellos elementos de defensa, o a provocar tensiones negativas de orden moral o emocional que pueden derivar asimismo hacia la obsesión y a la locura.

“Toda forma de magia negra obedece a idéntico principio de separatividad humana, de negación de la luz espiritual, es decir, al triunfo de la ignorancia, del egoísmo y de la mala voluntad sobre las correctas intenciones de los hombres. Existe, no obstante, una notable diferencia desde el ángulo esotérico entre las formas de magia negra”.

La diferencia no es de base o de principio, sino de intensidad, de grado o de nivel. La magia negra del ignorante sólo bordea las orillas de lo físico y de lo astral inferior; la magia del verdadero mago negro, de aquel que sabe perfectamente lo que hace, se origina principalmente en el plano mental concreto y actúa conscientemente y con pleno conocimiento de causa, persiguiendo unos fines que no atentan solamente contra la seguridad física, emocional o mental de determinados individuos, sino que se enfrentan decididamente y utilizando grandes poderes contra el Plan mismo del Creador, contra el proceso de la evolución humana y muy definidamente contra todos aquellos que de una u otro manera han decidido colaborar en el desarrollo de este Plan.

Ahora bien, los “magos negros” a los que yo por experiencia debo referirme, van mucho más allá, tal como anteriormente he dicho, no sólo por la inteligencia que despliegan sino por el gran poder que utilizan. Una de las razones más importantes desde el ángulo de estas consideraciones es que los “magos negros” propiamente dichos están organizados en forma de Logia, siguiendo sus miembros idéntico o muy parecido sistema de entrenamiento y proceso de iniciación a los que se adaptan las gloriosas huestes de la LUZ que constituyen la Gran Fraternidad Blanca del Planeta.



Al estar sujetos los “magos negros” en sus distintas gradaciones a este sistema de entrenamiento científico, que involucra el conocimiento de la ley que regula las energías y fuerzas planetarias, y de ciertos mántrams de invocación de los devas inferiores o elementales de las sombras que viven y se desarrollan en el seno profundo de lo podríamos llamar “subconsciencia planetaria”, el alcance de su poder es enorme y su radio de acción se extiende incluso y alcanza la vida de los propios discípulos mundiales en proceso de alineamiento con sus almas y de integración con la vida espiritual. Afortunadamente para estos discípulos y para la humanidad entera, el poder los “magos negros” termina en las fronteras del mundo espiritual, allí donde empieza la verdadera y fecunda actividad de los Hermanos Mayores de la Humanidad, de los Maestros de Sabiduría e Iniciados de la Gran Logia Blanca y el poder beneficioso de las Huestes de la Luz.

Hay que reconocer no obstante, que hasta que los cuerpos inferiores de un discípulo no estén debidamente purificados y controlados, la actividad de los magos negros puede hacer mella sobre ellos y convertirlos en “centro de sus terribles y maléficos ataques”... (LA JERARQUÍA, LOS ÁNGELES SOLARES Y LA HUMANIDAD, Versión digital en PDF, páginas 94-95 - Vicente Beltrán Anglada).

El término MAGIA tiene para el investigador esotérico un valor netamente esencial y absolutamente científico, ya que aprecia en la vida de la Divinidad una extraordinaria capacidad de síntesis, la cual, descompuesta en el orden trino de la manifestación: Intención - Idea - Forma, constituye la base de la Creación universal. Esta es una idea que nos acompañará constantemente en la línea de nuestro estudio sobre la Magia organizada en nuestro mundo y muy particularmente en lo que hace referencia al centro planetario que llamamos Humanidad, habida cuenta que el ser humano siendo esencialmente una Mónada espiritual es también potencialmente una Tríada, que tiende a reproducir constantemente en su pequeña vida y a escala microcósmica, idénticos poderes mágicos que los que utiliza la propia Divinidad en la creación del universo.

La utilización correcta de aquellos inherentes atributos creadores dependerá lógicamente del grado de evolución espiritual alcanzado por los seres humanos en determinados períodos cíclicos de la historia planetaria y a la consecuente integración con sus respectivas Tríadas espirituales constituidas, como esotéricamente se sabe, por Atma (la voluntad espiritual), Budhi (el amor incluyente) y Manas (la mente abstracta).

Otra de las ideas principales a tener en cuenta en nuestro estudio sobre la Magia organizada planetaria, es la de que la Magia es una actividad



universal mediante la cual es invocada **ENERGÍA** para la producción de formas. Esta idea, como verán, introduce un tercer factor a considerar muy profundamente en nuestras investigaciones, considerando a la **ENERGÍA** como una propiedad eléctrica del Espacio, el cual, según trataremos de explicar oportunamente, es una Entidad absoluta e infinitamente incluyente que acoge dentro de sí todas las posibles creaciones, desde la más gigantesca y esplendente galaxia al más insignificante de los átomos químicos.

Durante el curso de nuestro estudio iremos evidenciando también que la Magia, como instrumento de creación, se renueva en el transcurso de las edades, a medida que se desarrolla el sentido superior de la mente en la vida de los seres humanos. Habrá que suponer así que cada era en la historia cíclica de la humanidad tiene su propia e inherente Magia, la que viene propiciada por la transmutación espiritual y redención material de muchos seres humanos, factores determinantes de la peculiar civilización y cultura de los pueblos de la Tierra. Este es un punto a ser considerado con atención si queremos comprender claramente el sentido en que se mueve la Magia organizada en nuestro mundo. Apreciado en sus amplias repercusiones sociales, nos ilustrará en el conocimiento de las luchas y dificultades que deberán afrontar los seres humanos para borrar de sus conciencias el instintivo recuerdo de las eras trascendidas con su inseparable secuela de memorias, herencias y tradiciones ancestrales, para poder desarrollar dentro de sí el tipo de Magia que corresponde a los nuevos ciclos evolutivos mundiales. **A este esfuerzo incesante de la humanidad por adaptarse a los ciclos consecutivos de la historia del planeta, se le denomina ocultamente de RENOVACIÓN, y si se examina profundamente el término se observará que es el agente dinámico que impulsa las actividades cíclicas de transmutación espiritual y redención material, de manera que se nos formará ahora un nuevo triángulo de operatividad mágica que, de una u otra manera, se halla vinculado con la sagrada Tríada espiritual: RENOVACIÓN - TRANSMUTACIÓN - REDENCIÓN.**

Como inseparable elemento de nuestro estudio sobre la Magia, deberemos considerar asimismo que toda expresión de **ENERGÍA** o de electricidad en la vida de la Naturaleza es esencialmente dévica o angélica, y que la gigantesca máquina de la evolución del conjunto planetario depende en gran medida de la íntima vinculación humano-dévica y del inevitable e incesante contacto establecido entre ambas corrientes de vida evolutiva. Esta misteriosa relación instituida entre los ángeles y los hombres se halla expuesta muy claramente en el conocido axioma oculto: “La energía sigue al pensamiento”, cuya significación más concreta y objetiva es la afirmación de que a cada pensamiento de los hombres responden los ángeles o devas con energía, con la potencialidad



eléctrica que surge del Espacio a cada intento creador. Durante el curso de nuestras investigaciones trataremos de aclarar un tema tan importante, cuya comprensión por parte de los aspirantes espirituales permitirá introducirles en los altos secretos de la Magia organizada en nuestro mundo. Al profundizar en los mismos irán siendo conscientes de que todo en la vida es relación y que la vinculación existente entre los hombres y los devas deberá extenderse a los demás reinos de la Naturaleza, a los vehículos expresivos del ser humano y al sistema de comunicación establecido entre ellos a través del éter del Espacio, mediante los ocultamente llamados “sonidos invocativos”, o palabras de poder. (MAGIA ORGANIZADA PLANETARIA, 11-12, versión digital – VICENTE BELTRAN ANGLADA).

Tal como ocultamente hemos aprendido, la Entidad Espacio es multidimensional y nuestras investigaciones esotéricas nos han llevado a la conclusión de que a cada dimensión le corresponde un apropiado orden molecular de elementos atómicos, cada cual con su propia y correspondiente nota vibratoria. El átomo, tal como lo estudia la física moderna, es tridimensional, pero el observador clarividente percibe en el interior de los “espacios vacíos” de los elementos atómicos, a otros conjuntos moleculares de carácter etérico, astral o mental cuya sutilidad y belleza van en aumento a medida que se eleva el nivel de la percepción clarividente, de manera que en ciertas elevadísimas zonas de integración espiritual llega a percibirse el Espacio como un todo vívido y coherente, lleno de entidades y formas de vida no susceptibles de ser estudiadas e investigadas a través de los medios científicos actuales, aun los más complejos y sofisticados.

Hay así entidades y compuestos moleculares en todas las dimensiones del Espacio, y al iniciado de cierta evolución espiritual le es posible percibir las indescriptibles formas geométricas de las excelsas vidas que moran en las zonas libres del Espacio y establecer un nuevo orden de elementos atómicos, infinitamente más sutiles que los conocidos y catalogados por la ciencia química moderna, la cual se halla todavía tan atrasada en el área de sus observaciones e investigaciones, que no ha logrado descubrir aún ciertos elementos atómicos, todavía de naturaleza tridimensional, ubicados en el primero de los éteres del plano físico, el que sigue al estado gaseoso de la materia y que, por tanto, los éteres superiores del espacio físico continúan siendo sólo unas meras abstracciones en el campo de sus investigaciones científicas. Hay, ocultamente hablando, el llamado “cuaternario etérico” de los elementos atómicos del plano físico constituyendo unos niveles donde sólo puede penetrar la percepción tremendamente aguda del Mago, quien observa una increíble serie de vidas atómicas y compuestos moleculares que



forman parte inseparable de la actividad de la Magia organizada en nuestro mundo y constituyen el campo de observación e investigación de los científicos del futuro.

El verdadero Mago ha ido descubriendo esta ininterrumpible cadena de elementos químicos que surgen más allá y por encima del átomo de hidrógeno. Cuando los científicos del mundo logren descender el velo espiritual que separa los elementos químicos densos de los elementos químicos etéricos del plano físico, tendrán en su poder la “clave mágica” que les permitirá introducirse conscientemente en otras más sutiles regiones del Espacio. El secreto “clave” de esta revelación se halla oculto en el átomo de hidrógeno, una vez haya sido descubierta dentro del mismo a una misteriosa entidad dévica que rige toda su expresión atómica.

Por lo tanto, para el esoterista, para el investigador de la Ciencia de la Magia, el Espacio no es solamente la suma total de los elementos químicos y compuestos moleculares que lo constituyen, sino también y esencialmente aquella extraordinaria e indescriptible Entidad que crea, dirige y organiza toda la infinita cantidad de vidas angélicas que viven, se mueven y tienen el ser dentro de su omniabarcante seno. De este seno surgen todas las vibraciones denominadas técnicamente dimensiones del espacio, las cuales, viendo la idea desde un ángulo muy profundo y esotérico no son sino “estados de conciencia” de la entidad Espacio, cuyas expresiones son por analogía las larguísimas e interminables series de elementos atómicos, compuestos moleculares y formas geométricas que utilizaron en determinados momentos estelares los Logos creadores de galaxias, constelaciones, sistemas solares y esquemas planetarios para crear sus gigantescos cuerpos de expresión cíclica.

Si analizamos muy ocultamente esta idea nos daremos cuenta que en el fenómeno eterno de la creación –cualquiera que sea su importancia– se observa la primera de las grandes polaridades conocidas, el Espíritu creador y el Espacio, la Entidad mística que ofrece sus entrañas como depósito vivo y semilla de todas las posibles creaciones. El Espíritu constituye el aspecto PADRE y el Espacio representa el aspecto MADRE, cuya naturaleza virginal se mantiene eternamente pura e inmaculada, pese a las infinitas creaciones que se realizan en el interior de sus indescriptibles y misteriosas entrañas. De la amorosa fusión del Padre Espíritu, que es el aspecto positivo o dinámico del Espacio, con la Madre Materia, que es el Espacio en su aspecto receptivo, con toda su inmensa y desconocida capacidad de respuesta a todos los impactos surgidos de cualquier centro creador, surge constante e invariablemente el HIJO del Espacio, la conciencia de creación que “remueve creadoramente los éteres y construye el



círculo-no-se-pasa” establecido para todas las posibles e interminables creaciones.

La comprensión profunda de esta idea le ofrece al Iniciado el primero de los grandes indicios en el descubrimiento de las raíces místicas de la Magia organizada en el mundo. Presupone para el discípulo el más noble y puro de los estímulos en el Sendero de Luz que está recorriendo dentro del Alfa y Omega de sí mismo, y es el más precioso elemento de ayuda en la adquisición de las altas virtudes espirituales que han de convertirle asimismo un día en un Iniciado, en un verdadero exponente de la Magia blanca planetaria.

Analizando la tremenda idea contenida en la afirmación oculta “el Espacio es una Entidad”, vamos a analizar ahora el tema general desde otro ángulo de vista, considerando su triple expresión: multidimensional, multimolecular y multigeométrica como esencia ígnea de distinta cualidad vibratoria y estableciendo al efecto la siguiente analogía:

- a. *Fuego de FOHAT*, que corresponde a las cualidades multidimensionales del Espacio, en su aspecto de Padre o Espíritu.
- b. *Fuego Solar*, que corresponde a las cualidades multimoleculares del Espacio, en su aspecto de Hijo, de Alma o de Conciencia.
- c. *Fuego por FRICCION*, que corresponde a las cualidades multigeométricas del Espacio, en su aspecto de Madre, de Materia o de Forma.

(MAGIA ORGANIZADA PLANETARIA, 16-18, versión digital – VICENTE BELTRAN ANGLADA).

La Ciencia de la salud, o Ciencia de Curación, se basa en el equilibrio entre dos fuerzas opuestas, y ocultamente sabemos que las vibraciones magnéticas que surgen de cualquier zona neutra o espacio vacío detentan un extraordinario poder, ya que son la suma de las dos fuerzas de la polaridad cuando han llegado ambas a una zona de perfecto equilibrio. El Mago utiliza inteligentemente este poder para crear zonas neutras o de armonía en aquellos sectores orgánicos donde existen conflictos de polaridad, con la consecuente falta de salud y de vitalidad.

De acuerdo con esta idea habrá que suponer que el Mago, el Curador o Taumaturgo, ha de haber establecido dentro de sí zonas neutras lo



suficientemente amplias como para poder introducir la energía que generan, a través de su mente organizada, en aquellas partes de los vehículos de los pacientes afectados por el desequilibrio producido por “el conflicto de la polaridad”. Utiliza muy sabia y definidamente la energía neutra, suma de las polaridades.

El principio de la energía neutra puede aplicarse así tanto para curar dolencias orgánicas, como para aliviar tensiones emocionales y dificultades mentales. La única función del Mago es mantener constantemente dentro de sí zonas neutras lo suficientemente potentes que le permitan introducir energía neutra en el interior de dos zonas moleculares antagónicas en las que prevalece excesivamente una polaridad por encima de la otra creando el natural desequilibrio, un área de dificultades y tensiones que fatalmente ha de crear enfermedades físicas, complejos emocionales y falta de adaptación mental.

Una de las grandes virtudes del Mago será sin duda la de percibir clarivamente estas zonas de tensión negativas físicas, astrales o mentales para poder irradiar sobre ellas el poder de su aura eléctrica, pura y sin tensiones. IRRADIACIÓN es la palabra que justifica en todos momentos la actitud del Mago, ya que su potencial magnético surge creadoramente de los espacios neutros o vacíos de su alma, libres de toda dificultad humana, y se expande en ondas concéntricas a su alrededor, creando aquellas zonas magnéticas que curan, estabilizan y armonizan los vehículos de las almas con las que se pone en contacto.

El Taumaturgo, el Mago de Curación, ha de ser pues una persona pura, sencilla y henchida de amor a Dios y llena de caridad para el prójimo. De estos dos elementos mágicos surge la más potente de las fuerzas de la naturaleza al alcance del hombre, el sentimiento de COMPASIÓN... El verdadero Taumaturgo cura por la infinita compasión de su alma. La Compasión se oculta siempre en el misterio de los espacios vacíos, aunque siempre llenos de plenitud, de la vida del Mago. Es un resultado de la armonía entre el amor a Dios y la caridad hacia los demás seres en la vida de la naturaleza, expresándose como sensibilidad al Bien. Es un desbordamiento constante de las energías que fluyen constantemente de las zonas libres del alma del Mago, henchida de amor inmortal hacia todo lo creado. **La curación se realiza por inducción de esta tremenda fuerza, desconocida por la mayoría, cuyo poder es tan grande que puede incluso alterar beneficiosamente las propias leyes del karma, reducir por efusión de amor el volumen del mismo y producir ciertos prodigios de orden científico que el vulgo consideraría como milagros.** Pero, el verdadero milagro está en la propia vida del Mago, quien es Taumaturgo por propia condición y naturaleza y no se preocupa siquiera



del Bien que realiza, ni aún de los generosos impulsos que surgen de su aura... Al igual que la flor el mago se delata por su perfume, no existe glorificación personal alguna en su estado de armonía.

La pureza de la Intención en el Mago ha de ser tal que el Bien ha de estar presente en cada una de sus obras, sean éstas del carácter que sean, curando, beneficiando o instruyendo, pero sin preocuparse nunca del fruto de sus acciones, del bien que está derramando por doquier. Vive en inefable y permanente contacto con los grandes Devas Guardianes de la humanidad y de Ellos recibe los influjos magnéticos que al pasar por su alma se convierten en COMPASIÓN, en Magia organizada, magia de paz, magia de curación, magia de plenitud. (MAGIA ORGANIZADA PLANETARIA, 70-71, versión digital – VICENTE BELTRAN ANGLADA).

No intentamos ser redundantes o reiterativos en nuestro estudio de la Magia organizada, pero si deberemos hacer un profundo énfasis sobre el hecho de que existe una gran afinidad, de acuerdo con el principio de analogía, entre la voluntad espiritual del Mago y el ALKAHEST. **El Mago espiritual, diferenciándole intencionadamente de otros tipos de Mago, opera inteligentemente sobre la Materia para dignificarla, para redimirla y “volverla espiritual”. No pasará nunca por su mente la idea de transmutar el plomo en oro, tal como era el afán primordial de muchos de los llamados alquimistas del pasado. Su preocupación constante, antes de atreverse a penetrar en los altos secretos de la Alquimia, era descubrir la esencia pura del ALKAHEST dentro de sí, determinando en cada uno de los elementos constitutivos de su triple cuerpo de manifestación, el fenómeno de luz o de radiación exigido a todo verdadero Mago, hasta llegar a descubrir en ciertos y desconocidos repliegues de su vida espiritual el espacio neutro o vacío creador de donde se escanciaba la energía pura del ALKAHEST, llegando así al convencimiento de que éste es de la misma esencia de la Mónada espiritual, raíz de su propia vida.** Aparecerán claras entonces ante sus percepciones las realidades implícitas en las declaraciones de la gran Maga que fue Mme. BLAVATSKY en “LA DOCTRINA SECRETA”: “Espíritu y Materia son de la misma substancia. Espíritu es materia en su más elevado grado de pureza. Materia es el Espíritu descendido a su más denso grado de vibración”. Así, todo es puro en su esencia y todo se halla incluido en el infinito seno de la incompresible y misteriosa Entidad que llamamos Espacio. El Espacio es la Matriz purísima de todas las creaciones, en donde el Espíritu creador y el ALKAHEST viven en un perpetuo estado de reconciliación y equilibrio.



Harán bien los estudiantes en meditar sobre estas últimas palabras, pues encierran la explicación lógica de lo que en términos místicos llamamos “pureza virginal de la Creación” y, por derivación, una comprensión perfecta del término VIRGEN aplicado a cualquier expresión divina en la vida de la Naturaleza. **La Naturaleza será siempre esta “Virgen María”, pura e inmaculada antes y después del nacimiento del Cristo místico... Todo es Espacio, todo es Espíritu, todo es ALKAHEST. He ahí la gran verdad que deberán descubrir los verdaderos investigadores de la Magia organizada en nuestro mundo.** (MAGIA ORGANIZADA PLANETARIA, 78-79, versión digital – VICENTE BELTRAN ANGLADA).

La Civilización, el Arte y la Cultura de los pueblos de la Tierra son creaciones mágicas humanas. Todas las personas, sea cual sea su nivel evolutivo, contribuyen a la expansión de la Conciencia divina en forma de Magia... Así, de la misma manera que hemos considerado el “Eterno Ahora” de la Conciencia de Dios como una síntesis de los tres valores reconocidos del tiempo, el pasado, el presente y el futuro, podríamos dividir la evolución de la humanidad como una síntesis de realidades psicológicas en tres fases principales: Civilización, Arte y Cultura.

El Arte, visto ocultamente, aparece como el centro mágico y espiritual de toda expresión de vida humana, sea individual o social, cuando el hombre empieza a ser consciente de los valores esenciales que anidan en el trasfondo de su complicada vida psicológica. De ahí que en determinados períodos cíclicos de la humanidad la Vida y el Arte van estrechamente unidos; la Belleza resultante es la Civilización, es la Cultura moral y cívica de los pueblos. Los tres aspectos, cíclicamente unificados en algún remoto y esplendente YUGA, en una fúlgida Edad de Oro, son el objetivo primordial de la Magia Organizada en nuestro mundo.

Cada era o cada ciclo de vida tiene su propio Arte creador, su particular aspecto mágico. Tenemos, por ejemplo, la Magia de las Costumbres a la que todos los seres humanos contribuyen con su manera peculiar de ver las cosas y de enfrentar situaciones, enriqueciéndola individual o colectivamente en cada época con nuevas y más ricas aportaciones sociales, las cuales serán transferidas a las próximas generaciones bajo las formas típicas del folklore, del lenguaje, de la idiosincrasia particular y del carácter específico de las tradiciones populares.

Por la Magia de las Costumbres se escriben las páginas de la historia de un país y se imprime el sello peculiar de la cultura que corresponde desarrollar a cada pueblo de la Tierra. Elabora también las características distintivas de sus



tradiciones religiosas y creencias populares, así como su manera particular de enfrentar situaciones individuales y colectivas. El mismo “arte de hablar”, el más formidable de los poderes mágicos que posee el hombre, forma parte de la Magia de las Costumbres. Desde el ángulo esotérico, la manera de hablar de un pueblo define su grado de evolución espiritual, o sea, la más depurada expresión de su civilización, de su arte y de su cultura.

Cuando el Arte se ajusta a las necesidades de los pueblos es cuando surgen los grandes artistas, expresando o realizando los cánones secretos o arquetípicos que corresponden a la vida íntima o espiritual de tales pueblos y a la época cíclica que les ha correspondido vivir. Esta coincidencia mágica es simplemente evolución, y la manera peculiar de expresar tales arquetipos a través de la literatura, la música, la pintura, la escultura, la poesía y la propia ciencia, define al creador mágico que llamamos ARTISTA, pero ocultamente percibimos que cualquier ser humano puede considerarse un Artista cuando con espíritu de amor y de dedicación realiza cualquier tipo de trabajo, aún el más insignificante. El amor mueve a extremos indecibles la perfección de la obra, pudiéndose afirmar que si una obra o actividad humana carece de amor al ser realizada, jamás llegará a ser aquello que técnicamente definimos como “una obra de Arte”.

Estamos enfrentados –como Uds. se darán cuenta– a los dos tipos de Magia que, en Arte, constituyen una verdadera polaridad, el que viene inspirado por una corriente infinita de amor y el que viene definido por una elevada cualificación mental o técnica... Pero, la mera técnica artística, por muy depurada que sea, si carece de amor jamás llegará a producir una verdadera obra de arte, en tanto que si hay amor habrá inspiración y la técnica será sólo un mero instrumento de aquélla. Podríamos ir todavía más lejos en la línea de estos argumentos y afirmar que la verdadera inspiración espiritual, aun sin técnica, puede producir una obra de arte; así con una simple flauta de caña podría el alma rebosante de amor, reproducir la música de las esferas y expresar sublime poesía o arte creador.

La técnica es fría, la inspiración es el fuego ardiente que surge del corazón de Dios. Pero, si se alían y unifican la inspiración y la técnica, es cuando se consiguen las verdaderas obras de arte de la humanidad que –según nos explicaba en cierta ocasión Uno de nuestros venerables Adeptos– “resistirán el paso de las edades”. “Una verdadera obra de Arte –nos decía– resiste el paso del tiempo porque carece de tiempo... Ha sido creada mágicamente en un destello de luz del ‘Eterno Ahora’ de la Conciencia de la Divinidad”. Percibir el profundo valor de estas palabras es llegar a la comprensión de cómo actúan los grandes Creadores universales. Si examinamos con gran atención las enseñanzas contenidas en los diálogos de



Krishna y Arjuna, entresacados del BAGAVAD GITA, veremos que ambos interlocutores son en cierta manera y hasta cierto punto los exponentes de la inspiración espiritual y de la técnica material que estamos estudiando.

Hay algo innegable en el Arte creador y es el efecto que producen las creaciones artísticas verdaderas en el ánimo de las personas que las están contemplando. Siendo el Arte una creación mágica, estos efectos dependerán mayormente del grado de sensibilidad al arte creador desarrollado por aquéllas. Así, en la contemplación de una verdadera obra de arte, el sentimiento suscitado en las personas sensibles será siempre de admiración y respeto, ya que aquella obra irradia magnéticamente el amor con que fue creada, una radiación que se mantendrá inalterable en el transcurso de las edades, en tanto la obra persista. Sabemos ocultamente, sin embargo, que aunque esta obra fuese destruida por los hombres o por el paso del tiempo, ella permanecerá inalterable con toda su belleza e irradiación en los niveles sutiles, en aquellos espacios neutros donde en virtud de las leyes que rigen el mecanismo de la Magia en los anales akásicos, o Memoria Cósmica de la Naturaleza, persisten eternamente las obras gloriosas de los hombres, de los devas y de los Dioses.

El secreto del Arte creador es “infundir alma” a la obra que se está realizando y, en estas palabras, aparentemente tan sencillas, se halla implícito el misterio oculto de la Creación, el de la Magia Organizada.

Cuando el ser humano infunde alma en una obra, le infunde también su vida y, por insignificante que parezca, esta obra se hace inmortal. Veamos si no la actividad que destila la imaginación de un artista que expresa su alma e infunde su vida en sus obras, como es el caso de los personajes surgidos de la mente creadora de los grandes escritores. Tales personajes pueden ser “percibidos” como seres vivientes en los niveles psíquicos de la humanidad, pues a la imaginación o fuerza creadora de los escritores habrá que añadir más tarde, por adaptación o asociación, las imaginaciones peculiares de todos aquéllos, niños, jóvenes o adultos que irán leyendo sus obras literarias... Pero, ¿por qué sucede esto?, **¿por qué pueden ser percibidas estas creaciones literarias o novelescas en los niveles psíquicos de la humanidad? Simplemente porque contienen alma y vida y porque son verdaderas creaciones mágicas, recuerdos renovados en perpetuo movimiento creador.** (MAGIA ORGANIZADA PLANETARIA, 97-101, versión digital – VICENTE BELTRAN ANGLADA).

LA LUNA Y LAS ACTIVIDADES MÁGICAS PLANETARIAS



En toda obra mágica conscientemente realizada y tendiente al bienestar humano, hay que tener en cuenta la influencia psíquico-física de la Luna sobre los éteres planetarios que circundan y envuelven a la tierra. La Luna y posiblemente todos los cuerpos celestes carentes de vida, emiten unas radiaciones nocivas que afectan directamente a los astros alrededor de los cuales oscilan y gravitan.

Tales radiaciones son provocadas entre otras causas más ocultas, por el proceso de descomposición o desintegración que acompaña inexorablemente al fenómeno de la muerte, sea la de un astro en el firmamento, de un cuerpo humano o de cualquier cuerpo organizado en la vida de la Naturaleza.

Sin embargo, antes de proseguir con esta idea deberíamos preguntarnos quizás... **¿Por qué muere un astro, como la Luna, por ejemplo? Utilizando la analogía con respecto al cuerpo humano, la respuesta no podría ser otra que la de que la Vida central que infundía su aliento vital a aquel astro lo ha abandonado. Profundizando algo más en el concepto podríamos decir que el cuerpo celeste que llamamos Luna murió porque el Logos creador que lo ocupaba dejó de prestarle atención porque no respondía ya a sus necesidades kármicas. El abandono de este cuerpo y la consecuente búsqueda de otra morada planetaria más amplia e incluyente, es un fenómeno cíclico que se realiza por doquier dentro del ambiente cósmico, pero la muerte del astro –que es su inmediata consecuencia– produce una serie de reacciones químicas dentro del mismo de naturaleza muy nociva, que se extienden por irradiación a su entorno espacial.** A estas radiaciones químicas, meramente físicas habrá que añadirles también las que se producen como resultado de la desintegración de las envolturas psíquica y mental, pues no hay que olvidar que dentro del “círculo-no-se-pasa” del sistema solar, todos los Logos se manifiestan como una trinidad, utilizando substancia material procedente de los planos físico, astral y mental del sistema. De ahí la extrema nocividad de las radiaciones psíquico-físicas procedentes de la Luna, habida cuenta tal como –saben los esoteristas– que los tres cuerpos o vehículos expresivos a través de los cuales se expresa la entidad humana, el físico, el astral y el mental, son cuerpos lunares y están contruidos con substancia lunar procedente de la tercera cadena planetaria de nuestro esquema terrestre y, por tanto, se ven seria y directamente afectados por aquellas radiaciones. Esto explica muy razonablemente el hecho de que los Magos blancos elijan muy cuidadosamente los ciclos lunares más beneficiosos cuando han decidido realizar alguna obra mágica sobre los tres cuerpos inferiores del hombre, como por ejemplo, la curación de ciertas enfermedades, la solución de determinadas crisis emocionales o un proceso místico de iluminación mental. El mejor de los ciclos lunares es el del momento exacto de plenilunio, pues en el devenir del mismo la



superficie de la Luna queda totalmente iluminada por los rayos del Sol, neutralizándose entonces por completo sus radiaciones negativas sobre la Tierra y estimulando con energía solar la ingente cantidad de vidas dévicas lunares que contribuyen al proceso de desintegración del triple vehículo lunar. No es pues sin una perfecta justificación de motivos que los Miembros de la Gran Fraternidad y los discípulos mundiales, utilicen el ciclo lunar de máxima emergencia para realizar obras mágicas relacionadas con el enaltecimiento de la conciencia de la humanidad, a través de las meditaciones grupales y de los ceremoniales mágicos realizados en sus respectivos Ashrams.

Ahora bien, cuando esotéricamente hablando se le aconseja al discípulo espiritual utilizar la Ciencia del desapego con respecto a sus vehículos de expresión en los tres mundos, está siendo alertado sobre el peligro que supone estar expuesto a las influencias negativas de la Luna. El término “tentación”, tan profusamente utilizado en la tradición religiosa o mística, puede serle esgrimido como una saludable advertencia contra los peligros de vivir en forma descuidada, distraída o incorrecta cuando esté empleando su triple mecanismo de expresión, mental, astral o físico, pues es precisamente sobre estos vehículos donde mayormente se proyecta la actividad lunar y donde son apreciadas las dificultades de realización de la actividad mágica.

Podríamos afirmar, pues, con toda certeza, que el karma de la humanidad está estrechamente vinculado con el proceso de desintegración que está realizándose en el cuerpo de la Luna, pues en cierta manera la Luna es la productora de la substancia con la que fue construida la Tierra, y sus grandes Constructores, los Pitris lunares, continúan ejerciendo su poder sobre la cadena terrestre a través de los Elementales constructores y de los pequeños dioses lunares que crean todas las formas físicas, astrales y mentales en la vida de la Naturaleza. Así, el cuerpo de la Luna –considerada como Madre de la Tierra, tal como aseguran los tratados ocultos– continuará operando todavía durante largos ciclos sobre nuestro planeta condicionándola mágicamente en tanto se vaya desintegrando en el Espacio, de acuerdo con la ley solar de Restitución de la substancia material. Por este efecto mágico de expresión kármica, el cuerpo de la Luna sólo será disuelto por completo al final de la séptima ronda de esta cuarta cadena planetaria. Para entonces la tierra se habrá convertido en un planeta sagrado, o habrá alcanzado al menos un grado de sutilidad extraordinario que le permita al Logos planetario acceder a la quinta Iniciación cósmica. Hablamos naturalmente en unos términos descriptivos basados en la más pura analogía hermética y haciendo referencia al Logos creador que ocupa la forma planetaria de la Tierra y no a esta forma en sí como cuerpo organizado, que nada sería sin el fuego del Espíritu que la anima, o sea, el FOHAT cósmico que vivifica con sus increíbles e



indescriptibles radiaciones el KUNDALINI planetario y le imprime su peculiar movimiento de rotación, que es el símbolo de la vida en todo cuerpo celeste.

Otra de las razones esotéricas de carácter eminentemente práctico a tener en cuenta en nuestras investigaciones esotéricas sobre la Magia, es reconocer que la aplicación inteligente de la ciencia del desapego en los tres mundos del esfuerzo humano, ha de acompañar constantemente a la actividad mágica y es el factor trascendental que ha de acelerar el proceso de desintegración del astro lunar y debilitar gradualmente así las nocivas radiaciones que surgen del mismo.

El proceso de desintegración de un astro muerto está regido por las mismas leyes cíclicas que regulan la descomposición del cuerpo humano desprovisto de su esencia vital, pero por encima de estas leyes cíclicas que están relacionadas con el lento proceso de destrucción de las formas, hay las leyes superiores del Espíritu que pueden acelerar a extremos “inauditos” el proceso de descomposición material de los cuerpos carentes de vida. Para el cuerpo físico, el sistema de “cremación” es el más rápido y adecuado, pero para acelerar el proceso de desintegración del cuerpo de la Luna, se precisa otra clase de fuego, el de la DETERMINACIÓN espiritual, o sea, el de la utilización del fuego de la voluntad espiritual a escala planetaria... Pero, ese tipo de fuego está solamente al alcance de los grandes Iniciados de la Jerarquía espiritual del planeta y a un grado menor por los discípulos espirituales del mundo, colaborando todos ellos en las intenciones del Logos planetario. Quien, por razones obvias, está directamente implicado en el proceso de desintegración de la Luna, la cual forma parte inseparable de Su equipo kármico en virtud de la estrecha vinculación existente entre la tercera cadena, lunar, y la cuarta cadena terrestre.

Con la desintegración de nuestro satélite, con la eliminación de este molesto acompañante en la ruta de los Cielos, se abriría una nueva era de grandes e inexplicables conquistas espaciales y técnicas. Al igual que sucede con los grandes cuerpos celestes, la desintegración de la masa molecular de la Luna podría ser acelerada si todos los hombres de la Tierra optasen por la Ley del desapego, lo cual debilitaría la fuerza gravitatoria de la Luna a extremos realmente insospechados. Grandes y fecundos resultados podrían obtenerse también si los aspirantes y los discípulos espirituales del mundo trabajasen ardua e inteligentemente para mantener sus cuerpos lunares bajo la supervisión solar y acelerasen el proceso espiritual de sus vidas que lleva a la Iniciación. La iniciación produce una actividad ígnea que consume “las escorias lunares”, unos resultados que vienen siendo observados en el planeta a partir de la era Atlante cuando, en virtud de ciertas disposiciones solares, se le abrió al reino humano la posibilidad de



“acelerar” su desarrollo espiritual, mediante aquellas técnicas de fuego que ocultamente llamamos proceso iniciático. (MAGIA ORGANIZADA PLANETARIA, 126-128, versión digital – VICENTE BELTRAN ANGLADA).

Es un hecho para el investigador esotérico que a los devas, o moradores del Espacio, a través de los cuales se realiza la obra mágica de creación y estructuración de todo tipo de formas, hay que invocárseles mediante sonidos, palabras o mántrams, ya que el proceso mágico gracias al cual evolucionan depende del grado de “expectación” que hayan logrado desarrollar en el supremo arte dévico de “escuchar los sonidos” que se elevan de todos los niveles en la vida de la Naturaleza, desde el humilde canto o voz de un insecto hasta el potente e incomprensible Mántram emitido por el más glorioso Adepto espiritual.

De ahí que en los Ashrams de la Jerarquía se les enseña a los discípulos el arte supremo de emitir voces o sonidos mágicos, correctos y apropiados para “invocar” a los devas de los niveles físico, astral y mental a los cuales su evolución individual les permite acceder y recibir las adecuadas respuestas y enseñanzas.

Como vimos oportunamente, los vehículos inferiores del ser humano, es decir, la mente concreta, el vehículo emocional y el cuerpo físico, son unos compuestos moleculares de energía provenientes de los diversos subplanos de los tres planos inferiores del sistema solar. Nuestro trabajo mágico debe iniciarse aquí, pues todas estas energías son agrupaciones dévicas de distinta vibración que se sienten atraídas al centro de conciencia corporal correspondiente por ley de atracción magnética o de afinidad química, pues no hay que olvidar que todos los vehículos, sea cual sea su sutilidad, son moleculares y que extraen sus componentes atómicos del gran océano de energías surgidas de las infinitas e indescriptibles profundidades del Espacio.

No podríamos ir muy lejos en nuestro estudio de la Magia Organizada, ya se realice a través del hombre, de un planeta o de un sistema solar, sin tener en cuenta a la realidad Espacio, como contenedor de todos los elementos necesarios para cualquier tipo de creación, desde la más sutil a la más densa. La densidad o la sutilidad de los elementos segregados por las entidades dévicas que intervienen en el noble ejercicio de la Magia, dependerán lógicamente de la calidad invocativa del Mago y de los fines que persigue en sus invocaciones.

En los Ashrams de la Jerarquía se enseña en forma práctica el arte o la ciencia de la Magia, primeramente mostrándoles a los discípulos –a través de un eventual desarrollo de la clarividencia– los distintos tipos de devas que constituyen el



infinito Centro de Luz, llamado ocultamente Akasa y es el Manto que recubre la indescriptible pureza del Espacio. Utilizando esta sutil visión en los mundos ocultos, aprende el discípulo a diferenciar perfectamente a los devas inferiores o lunares de los devas superiores o solares. Los reconoce e identifica por el color característico de sus auras magnéticas, el cual suele dar una noción segura e incontrovertible del nivel del cual proceden y de la calidad del éter que utilizan en sus actividades. Los colores resplandecientes, sutiles y de indecible belleza, y transparencia, informan inmediatamente sobre los devas habitantes de los subplanos superiores de cada plano; por el contrario la visión de los devas cuyos colores identificables sean densos, opacos u oscuros, indican claramente que aquellos devas proceden de los niveles inferiores. **Cada una de estas agrupaciones dévicas, subdivididas en varias jerarquías, poseen lógicamente una sensibilidad apropiada a los mántrams o voces invocativas que se elevan consciente o inconscientemente del mundo de los hombres, de la singular esfera de “los aprendices de Mago”. Los mántrams mediante los cuales son invocados los Devas superiores han de ser muy distintos de los que atraen la atención de los devas inferiores. La sutilidad, el orden musical, la pureza de intención y la carencia de móviles egoístas constituyen la esencia de los mántrams superiores... El sonido musical se eleva raudamente al Espacio y crea a su alrededor un núcleo dévico que responde a las intenciones del Mago y las secunda dócilmente realizando el trabajo que aquel Mántram le sugiere o le ordena.** Lo mismo puede decirse con respecto a los mántrams utilizados por aquellos otros Magos, cuyas intenciones e ideas son diametralmente distintas y cuyo poder invocativo atrae fuerzas dévicas opuestas al desarrollo evolutivo de la creación. Estos mántrams, o sonidos invocativos, son broncos, ásperos y rudos, ya que han de atraer la atención de devas poco evolucionados y de naturaleza muy primaria, que secundan ciegamente los móviles y las intenciones de los Magos negros, egoístas y carentes de principios éticos o morales.

Nos referimos aquí, naturalmente, a seres humanos que realizan la Magia invocativa de manera consciente, sean cuales sean sus móviles ocultos, egoístas o altruistas, en el sentido del bien o en el sentido del mal. Los seres humanos corrientes, que frecuentemente no tienen ni la más remota idea de lo que es la Magia, utilizan sin embargo la Magia en todas y cada una de sus expresiones psicológicas, cuando piensan, cuando sienten, cuando hablan... Afortunadamente y para el bien del conjunto de la Raza, sus expresiones mentales son muy débiles y no tienen poder suficiente para invocar a los devas ígneos del plano mental, los cuales exigen un pensamiento claro y potentemente organizado para sentirse impelidos a secundar las decisiones mentales del Pensador, del Mago. Por el contrario, los deseos humanos son por



lo general tan intensos, densos y apremiantes que los niveles astrales correspondientes, están prácticamente rebosantes de aquellas legiones dévicas que, en su totalidad, constituyen el deseo en todas sus expresiones. Cuando este deseo es muy intenso en el hombre y el cuerpo físico posee un doble etérico potentemente organizado, tenemos ante nosotros a aquella expresión mágica técnicamente descrita como Magia Sexual. Esta Magia suele ser de carácter inconsciente en la mayoría de los casos, pero, a veces, la utiliza el Mago negro para dominar a sus víctimas, a las cuales lleva fácilmente por sendas de abyección, de envilecimiento y de negación completa de las facultades superiores del Espíritu.

Examinado el ser humano a través de la facultad clarividente, se le ve sujeto a las limitaciones propias de su estado evolutivo, las cuales determinan por irradiación magnética las acumulaciones de entidades dévicas que forman sus ambientes individuales, familiares y sociales. Se relaciona mayormente con dos agrupaciones dévicas, las etérico-físicas y las astrales, subdivididas ambas en varias jerarquías o grados de evolución... Los devas etéricos más en contacto con el ser humano, pertenecen a la jerarquía de los AGNISCHAITAS, denominados esotéricamente “Devas del Séptimo Orden”. Los hay de numerosas clases y especies. Los más esplendentes y más sutilmente cualificados construyen los vehículos etéricos de los Adeptos e Iniciados en encarnación física, así como el del propio SANAT KUMARA, el Señor del Mundo, Quien se expresa físicamente por medio de una Forma indescriptiblemente radiante construida con substancia etérica de la más acrisolada sutilidad. (MAGIA ORGANIZADA PLANETARIA, 147-149, versión digital – VICENTE BELTRAN ANGLADA).

. . . El orden de seres llamados devas –cuya variedad es tan grande que su descripción no puede intentarse aquí– se da en algunos tratados ocultos. Hay devas superiores e inferiores, elementales superiores y muy inferiores al hombre y aun a los animales. Pero todos éstos han sido o serán hombres, y los primeros volverán a nacer en planetas superiores y en otros Manvantaras. Una cosa puede, sin embargo, mencionarse. Los Pitris, o nuestros antecesores lunares y la comunicación de los mortales con ellos, han sido varias veces mencionados por los espiritistas como un argumento de que los indos creen efectivamente en espíritus, y que hasta los adoran. Esto es un gran error. No son los Pitris individualmente los que hayan podido ser consultados, sino su Sabiduría en conjunto; mostrándose esta Sabiduría, mística y alegóricamente, en el lado luminoso de la luna.



Lo que los brahmanes invocan, no son los espíritus de los antecesores difuntos; puede encontrarse el completo significado de este nombre en el vol. II de la Doctrina Secreta, en donde se da la génesis del hombre. Los espíritus humanos más desarrollados y elevados declararán siempre al dejar su vivienda de barro: *nacha purarâvarti*, “no volveremos”; y de este modo se colocan fuera del alcance de ningún hombre vivo. Pero para comprender completamente la naturaleza de los antecesores lunares y su relación con la luna, se necesitaría la revelación de los secretos ocultos que no están destinados para el conocimiento del público. Por tanto, no se dará más que las pocas insinuaciones siguientes: Uno de los nombres de la luna en sánscrito es Soma, que es también el nombre, como es bien sabido, de la bebida mística de los brahmanes, y demuestra la relación entre las dos. Un bebedor de Soma alcanza el poder de ponerse en relación directa con el lado brillante de la luna, tomando así inspiración de la energía intelectual concentrada de los benditos antecesores. Esta concentración, y el ser la luna un depósito de esta energía, es el secreto cuyo significado no puede ser revelado más allá del mero hecho de mencionar el continuo derrame sobre la tierra de cierta influencia desde el lado brillante de la esfera.

Esto que parece una corriente (al ignorante) es de naturaleza doble: una que da vida y sabiduría, y la otra que es letal. Aquel que puede separar la primera de la segunda, como Kâlahansa separó la leche del agua que estaba mezclada con ella, demostrará así gran sabiduría y tendrá su recompensa. La palabra Pitri significa, sin duda alguna, el antecesor; pero lo que se invoca es la sabiduría lunar, esotéricamente, y no al antecesor lunar. Esta sabiduría era la que invocaba Qutamy, el caldeo, en el Nabathean Agriculture, quien escribió “las revelaciones de la Luna”. Pero existe el otro lado de esto.

Así como la mayoría de las ceremonias religiosas brahmánicas están relacionadas con la luna llena, de la misma manera las siniestras ceremonias de los hechiceros tienen lugar en la luna nueva y en su último cuarto. Del mismo modo, cuando el ser humano perdido, o hechicero, llega a la consumación de su carrera depravada, todo el mal Karma, y la mala inspiración cae sobre él, como un negro incubo de iniquidad, desde “el lado oscuro de la luna”. El hechicero, el *dugpa*, que ejecuta siempre sus ritos infernales en el día de la luna nueva, cuando la influencia benévola de los Pitris está en su más bajo nivel, cristaliza parte de la energía satánica de sus predecesores en el mal, para sus propios viles fines, mientras que el brahmán, por otro lado, persigue un fin benévolo correspondiente con la energía que le otorgan sus Pitris... Por tanto, éste es el verdadero espiritismo, cuyo corazón y alma han sido tan erróneamente comprendidos por los modernos espiritistas. Cuando llegue el día de la revelación completa, se verá que las llamadas supersticiones del brahmanismo y de los antiguos paganos en



general, eran simplemente ciencias naturales y físicas, veladas a los Ojos profanos de las multitudes ignorantes, por temor a la profanación y al abuso, por medio de disfraces alegóricos y simbólicos que la ciencia moderna no ha podido descubrir.

Afirmamos pues que ningún teósofo ha creído jamás en supersticiones degradantes ni ha contribuido a propagarlas más que lo que ha podido hacerlo cualquier sociedad filosófica o científica. La única diferencia entre los espíritus de otras sociedades, sectas o instituciones y los nuestros, consiste en sus nombres y en los asertos dogmáticos con respecto a su naturaleza. En aquellos a quienes los millones de espiritistas llaman los espíritus de los muertos, y en quienes la Iglesia romana ve los demonios de Satanás, no vemos nosotros ni lo uno ni lo otro. Los llamamos Dhyân Chohans, devas, Pitris, elementales superiores e inferiores, y los conocemos como los dioses de los gentiles, a veces imperfectos, nunca santos. Cada orden tiene su nombre, su sitio, sus funciones, que la Naturaleza le ha asignado; y cada hueste es el complemento y la coronación de su propia esfera particular, lo mismo que el hombre es el complemento y la coronación de su globo; de aquí que sean una necesidad natural y lógica en el Kosmos. (COLLECTED WRITINGS 8 –versión digital- “Pensamientos sobre los elementales” – H.P. BLAVATSKY).

MAGIA AFRICANA

De: TAU -TRIADELTA (Helena Blavatsky)

Antes de que entremos en el tema del arte de lo oculto, tal como es practicado en la costa occidental del África, sería bueno, primero, aclarar el terreno analizando, por un momento, qué queremos significar con el muy abusado término de "magia".

Existen muchas definiciones para esta palabra, y, en tiempos pretéritos, simplemente se la empleó para designar cualquier cosa que “no fuese comprendida por el vulgo”. Para nuestro propósito, será suficiente definirla como el conocimiento de determinadas leyes naturales que son no solamente desconocidas sino, también, absolutamente insospechadas para los científicos de Europa y América.

Es un hecho reconocido que ninguna ley de la naturaleza puede ser abrogada, ni siquiera por un breve momento. Así, pues, cuando lo tal nos parece ser el caso -por ejemplo, cuando una ley universalmente conocida,



como lo es la de la atracción gravitacional, pareciera que puede ser aniquilad-, deberíamos reconocer el hecho de que podría haber otras leyes, hasta ahora desconocidas por la ciencia occidental, que tienen el poder de sobrepasar y detener, durante el tiempo que sea, la acción de la citada ley.

El conocimiento de estas leyes desconocidas es lo que entendemos con el término de ciencia oculta o magia. Y no hay ni ha habido en ningún período de la historia del mundo otra magia sino esta. Todos los así llamados "milagros" de los tiempos antiguos pueden ser y son reproducidos en nuestros días por los magos, cuando la ocasión lo requiere. Un acto de magia es un hecho puramente científico y no se lo debe confundir con ninguna clase de prestidigitación o fraude.

Hay muchas escuelas de magia, todas operando y conduciéndose por caminos completamente diferentes. Las principales de estas – en cuyas filosofías se han fundado todas las demás – son la hindú, la tibetana, la egipcia (incluyendo la árabe) y la obiyana⁽¹⁾ o vuduísta. Esta última es total y fundamentalmente opuesta a las otras tres por tener sus raíces y basamentos en la nigromancia o “magia negra”, en tanto que aquellas operan ya sea por medios conocidos por los expertos como “magia blanca” o, en otros casos, por la “manipulación psicológica” del espectador. Es decir, un nutrido grupo de ellos puede ser inducido para ver y sentir, todo el tiempo que sea, cualquier cosa hecha de acuerdo con la voluntad del operador que está en total posesión de sus facultades ordinarias. De este modo, es posible que una pareja de fakires ambulantes realicen su presentación en tu propia villa o en el jardín de tu bungalú, erigiendo un pequeño pabellón y pidiéndote que escojas cualquier animal que desees ver emergiendo desde ese lugar. Muchos animales diferentes son nombrados en ronda por los observadores y, en cada caso, el cuadrúpedo deseado, sea este un tigre o un terrier, sale de entre los telones y marcha lentamente hasta desaparecer por los inmediaciones de un rincón adyacente. Bien, esto se hace simplemente por “inducción psicológica”, tal como se hacen todos los otros grandes actos notables de la India: “el truco del canasto”, “el árbol de mango”, el lanzamiento de una cuerda al aire y la ascensión por ella, llevándosela para desaparecer en el lugar, y mil y un otros actos similares que son “familiares como las conversaciones hogareñas” para casi todos los anglo-indios.

La diferencia entre estas escuelas y la de Obeah⁽²⁾ o vuduísta es muy grande, porque en aquellas lo que hay es un engaño o un deseo de realidad en la representación. El espectador realmente no ve lo que su imaginación ve: Su mente es simplemente impresionada por el operador y el efecto queda realizado. Pero en la magia africana, por el contrario, no habrá impresión: de hecho, el observador realmente ve lo que se está llevando a



cabo. La fuerza empleada por los nigrománticos africanos no es la de la acción psicológica sino la de la demonosofía.

Los magos blancos han dominado y empleado, con frecuencia, a los espíritus inferiores, así como han invocado el auxilio de lo poderoso y benéfico para que cumplan sus propósitos. Esto, empero, es un asunto diferente por completo: Los espíritus que son por naturaleza maléficos, se convierten en esclavos del mago, quien los controla y los obliga a realizar sus planes benéficos. El nigromántico o devoto de la magia negra es, por su parte, esclavo del espíritu del mal al cual se ha entregado.

Mientras la filosofía del mago le demanda una vida de la más grande pureza y la práctica de toda virtud, mientras está obligado a someter por completo y tener perfecto control de todos sus deseos y apetitos mentales y físicos, y debe llegar a ser la inteligencia personificada, liberada absolutamente de toda pusilanimidad y debilidad humanas, el nigromántico está obligado a ultrajar y degradar la naturaleza humana en todas las maneras concebibles. El más pequeño de los crímenes a perpetrar, necesario para que él (o ella) obtenga el poder procurado, será la del mismo asesinato de la víctima humana, esencial para el sacrificio, de la que se haya provisto. La mente humana difícilmente puede darse cuenta de o imaginar, siquiera, la décima parte de los horrores y atrocidades que, de hecho, son realizados por las mujeres de Obeah⁽³⁾.

Sin embargo, aunque el precio es espantoso, horripilante, innombrable, el poder es real. No hay posibilidad de engaño en torno a esto. En la costa occidental africana, cada uno de los reyezuelos tiene su "hacedor de lluvia". Está de moda entre los viajeros, y en los negocios de los misioneros, ridiculizar y negar los poderes de estas gentes. Pero los tienen y, en verdad, utilizan el poder para causar tormentas lluviosas, vientos y rayerías. Cuando uno considera que, independiente de lo ignorantes y salvajes que puedan ser, tienen, con todo, una ingente cantidad de inteligencia natural - y su gran ignorancia no les permite creer en nada que no pueda ser demostrado -, ningún "hacedor de lluvias" podría vivir un año a menos que dé reiteradas muestras de sus poderes cuando les son requeridos por el rey. El fracaso significaría, simplemente, la muerte. Y la hipótesis de que ellos únicamente realizan sus conjuraciones cuando el tiempo está a punto de cambiar, es sólo una invención de los misioneros. Los jefes nativos son capaces, como todos los salvajes, de detectar la cercanía de un cambio del tiempo muchas horas antes de que ocurra. ¿Será absolutamente cierto que ellos harían venir al "hacedor de lluvias" para darle, durante doce meses, el ganado que necesiten, además de las esposas y otros lujos, si hubiere el más leve indicio de una lluvia que está por caer?



Recuerdo bien mi primera experiencia con estos hechiceros. Durante semanas y semanas no había caído lluvia aunque era la temporada de los aguaceros. El millo fenecía por falta de agua, el ganado era sacrificado en todas partes; niños y mujeres habían muerto por montones, y entre los guerreros empezaba a suceder lo mismo, al estar convertidos en poco menos que esqueletos. Día tras día, el sol, a semejanza de un globo de brillante cobre, resplandecía intensamente - sin que interviniese ni una nube - sobre la reseca tierra, y toda la naturaleza iba languideciendo en aquel espantoso horno. Súbitamente, el rey ordenó que se batiesen los grandes tambores de guerra y todos los guerreros se reunieron rápidamente. Él les anunció la llegada de dos connotados hacedores de lluvia, quienes de inmediato deberían proceder con el fin de aliviar el sufrimiento prevaleciente. El más anciano de los dos era un desmirriado hombrecito patizambo de espesos rizos cortos que habrían sido blancos de no haber estado mezclados con grasa, mugre y plumas. El segundo no era sino un hermoso espécimen de la raza susu (4), pero de expresión muy siniestra. Un gran círculo de pequeños negros, que habían llegado - por no se sabía cuál razón - armados hasta los dientes, estando el rey en el centro y los hacedores de lluvia ante él, iniciaron sus encantamientos. El cenit y el horizonte eran ansiosamente examinados de vez en cuando, pero no había aparecido ningún vestigio de nubes. De repente, el hombre más anciano, convulsionado, aparentemente epiléptico, rodó por el suelo, y su compañero saltó a sus pies señalando con ambas manos el cobrizo cielo. Todos los ojos siguieron su gesto y miraron el punto hacia el cual sus manos señalaban, pero no había nada visible. Inmóvil como una pétreo estatua permaneció con la mirada pegada al cielo. En el término de un minuto, una oscura sombra era observable en el tinte cobrizo; en el siguiente minuto fue haciéndose más y más oscura, y en unos cuantos segundos más se convirtió en una nube negra que muy pronto se desplegó por los cielos. Súbitamente, se vio un vívido destello, y el diluvio que cayó desde la nube, la que ahora estaba cubriendo por completo las alturas, fue algo que no se olvidaría jamás. Durante dos días con sus noches estuvo derramándose aquel torrente y parecía que iba a arramblar todo lo que hubiese en tierra.

Luego de que el rey se despidiese de los hacedores de lluvia y que ellos pusiesen en resguardo el ganado y los regalos, entré a la choza donde estaban alojados y pasé la noche con ellos analizando el arte mágico. La choza era de aproximadamente catorce pies de diámetro, estaba fuertemente construida con postes clavados con firmeza en el suelo y tenía por techo una robusta cubierta cónica de paja. Finalmente, los persuadí de que me diesen uno o dos ejemplos de su conocimiento. Ellos empezaron a cantar o, mejor dicho, a murmurar una larga invocación. Después de unos cuantos minutos, el hombre más joven pareció elevarse por el aire a unos tres pies de la tierra, permaneciendo allí suspendido,



más o menos flotando. En la choza había una luz brillante que salía del fogón que estaba en el centro, de modo que el más pequeño detalle podía observarse con claridad. Me levanté y fui a examinar al hombre que estaba en el aire y no cupo duda acerca de su levitación. Entonces él flotó acercándose a la pared y la atravesó para salir afuera. Eché a correr hacia la puerta de entrada que estaba al otro lado de la choza y lo busqué por el contorno. Vi una figura luminosa que semejaba a un hombre embadurnado con aceite fosforescente, y jubiloso busqué, de inmediato, refugio de los torrentes de lluvia. Cuando retorné a la choza, sólo se encontraba presente el anciano. Examiné con cuidado los maderos, pero no había ninguna abertura. El anciano continuó con su canto y al siguiente momento reapareció su compañero flotando en el aire. Él se sentó en el suelo y observé su negra piel reluciente por la lluvia. Los escasos andrajos que vestía estaban tan húmedos como si se hubiesen empapado en un río.

La siguiente proeza fue realizada por el anciano y consistió en muchas desapariciones y reapariciones instantáneas. El punto curioso en cuanto a esto es que las ropas del anciano llegaron a gotear por la humedad.

De seguido hubo una exhibición muy interesante. Por órdenes del anciano nos distribuimos alrededor del fuego en los tres puntos de un triángulo imaginario. Con ritmo y con sus cantos, los hombres movían las manos sobre el fuego cuando docenas de tic-polongas, la serpiente más mortífera del África, reptando con lentitud, comenzaron a salir desde las quemantes ascuas y se entrelazaron, alrededor del fuego, rodando en una loca danza sobre sus colas mientras siseaban sin cesar. A la orden de ellos todas saltaron hacia el fuego y desaparecieron. El hombre joven vino hacia mis inmediaciones y, arrodillándose, abrió su boca, desde la cual, rápidamente, salió la cabeza de una tic-polonga. Con prontitud la agarró y, desde la garganta, sacó una serpiente de unos tres pies de largo que, igualmente, fue lanzada hacia el fuego. En forma veloz y sucesiva retiró de su garganta siete serpientes y les dio a todas el mismo quemante fin.

Pero yo deseaba conocer lo que ellos podían realizar en la senda de la evocación de los espíritus. En esta ocasión, el encantamiento había demorado cerca de veinte minutos cuando, surgiendo lentamente del fuego, apareció una figura humana, un hombre de mucha edad, un hombre muy blanco, pero totalmente desnudo. Le hice muchas preguntas, pero se obstinó en no responder. Me levanté y caminé alrededor del fuego y observé, especialmente, una lívida cicatriz en su espalda. Yo no podría dar una explicación satisfactoria de quién era, pero ellos parecieron muy asustados por su causa, y es que, en verdad – por los comentarios que se intercambiaron –, habían esperado ver a un hombre negro.

Tras la aparición de este hombre blanco, yo no podría persuadirlos de que esa



noche intentasen alguna cosa más, aunque en la siguiente noche no tuve ninguna dificultad con ellos. Una proeza bastante impresionante que realizaron en la siguiente ocasión fue la antigua costumbre de los sacerdotes de Baal. Iniciando un lúgubre canto, ellos empezaron a circular lentamente alrededor del fuego (que, se ha dicho, es una parte esencial del procedimiento), manteniendo cierta cantidad de ritmo en sus movimientos y cadencias. De pronto, el movimiento se hizo más y más rápido hasta que se pusieron a girar alrededor como en los derviches danzantes. Hubo dos tipos diferentes de movimientos: Durante todo el tiempo que estuvieron girando alrededor del círculo, iban rotando velozmente sobre sus propios ejes. Con la rapidez de sus evoluciones, sus voces se iban elevando más y más alto hasta que el griterío fue terrorífico. Entonces, con un movimiento simultáneo, cada quien empezó a hacerse cortaduras en su cuerpo desnudo, sobre sus brazos, pecho y muslos, hasta convertirse en un río de sangre cubierto con heridas profundas. Luego, el anciano detuvo su errático curso, y sentándose en el suelo se quedó fijamente mirando, con aparente ansiedad, al más joven, quien continuó el frenético ejercicio hasta que su naturaleza quedó exhausta y no aguantó más, cayendo al suelo jadeante e impotente. El anciano tomó los cuchillos y untó las hojas con un poco de una maligna grasa maloliente de calabaza y de inmediato pasó por todo el cuerpo de aquél la hoja del cuchillo con la que se había hecho las heridas, y con las palmas de las manos embarradas de ungüento, concluyó la operación frotándole vigorosamente el cuerpo.

En unos cuantos minutos, el hombre joven se puso de pie, sin que en su piel de ébano hubiese ni la más leve señal de herida o cicatriz. Después, él habría de hacer los mismos oficios y con el mismo resultado en el anciano. Diez minutos más tarde, ambos estaban acostados en sus esteras en un dulce y apacible sueño. En esta representación hubo muchas invocaciones, gestos, el fuego circular y otras cosas que me satisficieron en alguna medida, en todos los eventos, de los procesos mágicos del África occidental que han sido manejados desde los tiempos cuando Baal era el dios verdadero y poderoso en la tierra.

Notas del traductor

(1) Se refiere al culto del dios serpiente **Obeah**, ampliamente extendido en las antiguas colonias del Imperio Británico en las Indias Occidentales. La verdad es que hay algunas diferencias de fondo y forma entre las prácticas vuduístas y el culto a Obeah.

(2) **Obeeyah**, en el original.

(3) Ídem a (2).

(4) En el original. La escritura en inglés mejor admitida es **susu**, que se puede transcribir igual en castellano, para no confundirla con **soosoo**, nombre dado a un delfín del



Ganges. Además, entre una y otra hay una ligera diferencia de pronunciación. Los susu son una etnia de poco menos de un millón de personas que vive, principalmente, entre Guinea, Sierra Leona y Sudán.

(COLLECTED WRITINGS 9 –versión digital- “Magia africana” – H.P. BLAVATSKY).